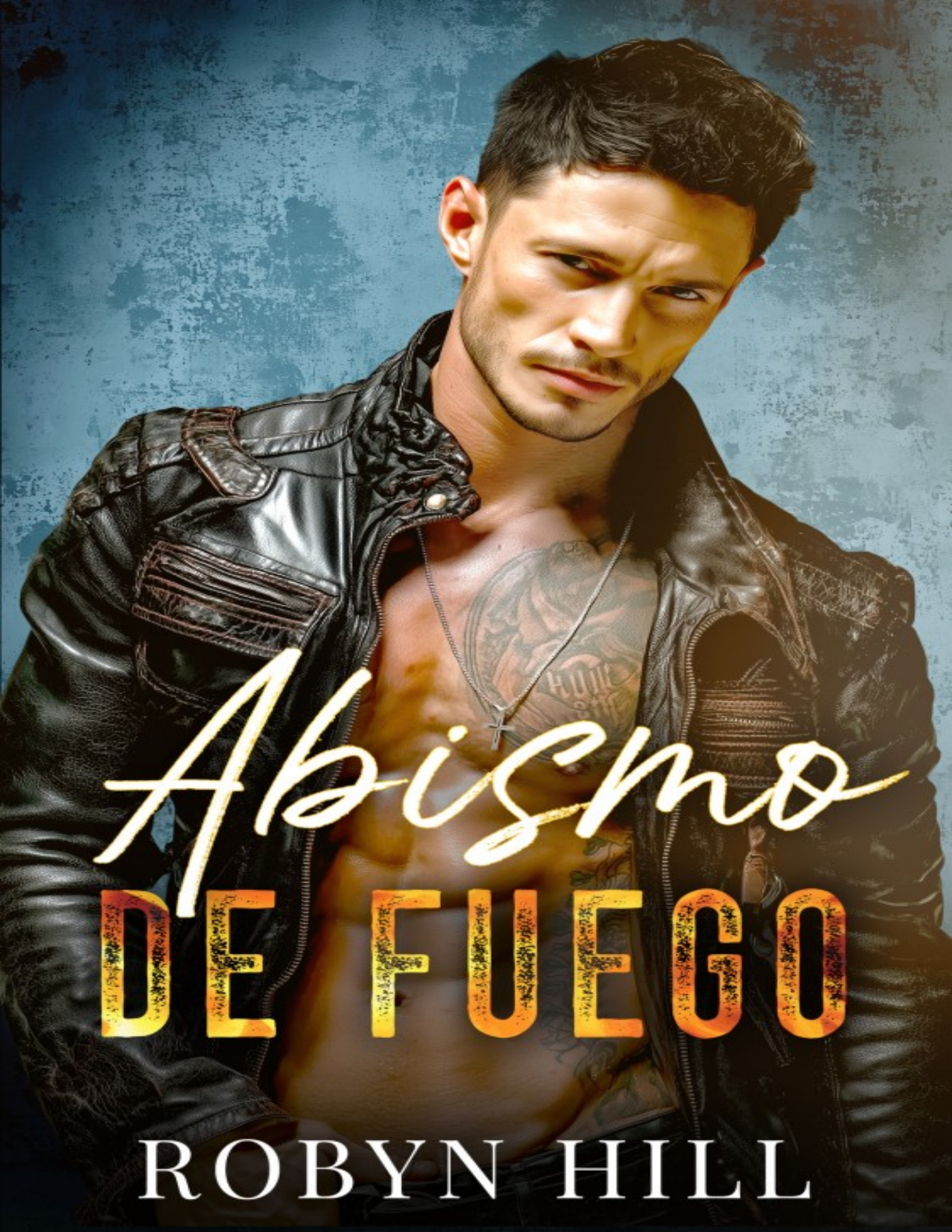

Abismo
DE FUEGO
ROBYN HILL

ABISMO DE FUEGO

LOS GALLAGHER

LIBRO 1

ROBYN HILL

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

1

BRID

Mi madre deja su copa de vino sobre la mesa, y me mira con una cálida sonrisa.

—¿Qué tal tus clases, cariño? —pregunta—. ¿Has hablado con la Sra. O'Malley sobre el examen de historia?

Pincho un trozo de salmón con mi tenedor, y siento cómo se deshace con suavidad en la boca.

—Bien —respondo sin levantar la vista.

Mi padre no ha pronunciado palabra desde que nos sentamos, pero su presencia domina la mesa. Lleva su traje gris impecable. Sus manos grandes y callosas contrastan con la delicadeza de la vajilla, mientras corta su entrecot.

—Nuestra Brid es tan lista… —continúa mamá, dirigiéndose a él con un brillo en los ojos—. Deberías ver sus notas, Fergus. La profesora de Matemáticas dice que tiene un talento natural.

Papá mastica sin prisa. Sus ojos azules, del color del hielo, se alzan hacia mí.

—Mejor para ella —dice con seriedad—. Sacar buenas notas es su obligación.

Mamá se aclara la garganta y bebe otro sorbo. Sus dedos tamborilean nerviosos sobre el mantel de lino. Lleva su cabello rubio recogido en un moño francés, y su vestido de seda la hace parecer más joven de lo que es.

—El cordero está delicioso —dice—. Deirdre se ha superado a sí misma esta noche en la cocina.

Dejo el tenedor sobre el borde del plato con fuerza. El ruido hace que mis padres me miren. Es hora de contarle mis planes para esta noche e intuyo que se avecina una tormenta.

—Esta noche he quedado con Aoife —les digo—. Queríamos ir a...

—No —interrumpe papá—, ni lo sueñes.

Siento el calor de la rabia en las mejillas.

—Ni siquiera sabes a dónde voy —protesto—. Es un pub tranquilo en Temple Bar, solo para beber algo y...

—He dicho que no —repite sin mirarme—. No vas a salir porque es peligroso.

Mamá se remueve incómoda en su silla.

—Fergus, por favor —interviene casi suplicante—. Solo es una noche con sus amigas. Brid necesita...

La mirada que le dirige a mamá la hace callar. Es una mirada que he visto mil veces.

—Tú no te metas en esto, Fiona.

Mamá baja la vista a su plato, derrotada.

—¿Por qué? —grito—. ¡Nunca me dejas hacer nada! ¡Vivo en una cárcel!

La furia que ha estado ardiendo en mi pecho durante las últimas semanas, explota. Me levanto bruscamente, con la silla rechinando contra el suelo y la servilleta cae al suelo.

Papá deja el cuchillo y el tenedor sobre el plato. Se limpia los labios con su servilleta, dobla la tela con cuidado y solo entonces me mira. Su calma es más aterradora que cualquier grito.

—Esta «cárcel»te mantiene con vida, Bridget —dice usando mi nombre completo, algo que solo hace cuando está molesto—. No entiendes cómo funciona el mundo fuera de estos muros. Hay gente que nos haría daño.

—¡Tengo dieciocho años! —grito—. ¡No soy una niña!

Se levanta despacio. Mide casi dos metros, y cuando se pone en pie, toda su presencia llena el comedor. Puedo ver la tensión en la línea de su mandíbula.

—Pues actúas como una —responde con frialdad—. La discusión ha terminado. Ve a tu habitación.

—¡Te odio!

Por un momento, algo pasa por sus ojos. ¿Dolor? ¿Sorpresa? Pero desaparece tan rápido que creo que me lo he imaginado.

—Te he dicho que te vayas, Bridget.

Salgo corriendo del comedor. Las lágrimas nublan mi visión mientras subo las escaleras de dos en dos, agarrándome a la barandilla.

Llego y cierro de un portazo que resuena por toda la casa. Me dejo caer sobre la cama, jadeando. Las lágrimas no paran, siguen como un torrente.

Mi habitación, con sus techos con vigas de madera y sus muebles antiguos, parece una celda de lujo. Los visillos de seda de la ventana tapan la vista al jardín.

Me seco las lágrimas con el dorso de la mano y camino hasta mi tocador. En el espejo: ojos brillantes de rebeldía, mejillas sonrojadas, cabello pelirrojo revuelto. Parezco una niña que ha tenido una rabieta, y eso me cabrea aún más.

Pero algo cambia en mi interior de repente. La tristeza se transforma en determinación. Sonrío.

—Perfecto —murmuro—. Si quiere jugar a las reglas, juguemos.

Cojo mi móvil y me pongo a teclear un SMS.

Plan A cancelado. Mi padre no me deja salir. Iniciamos Plan B. Mismo sitio de siempre en una hora. No me esperéis si tardo.

La respuesta de Aoife llega casi inmediato, como si hubiera estado esperando.

OK. Ten cuidado al salir. Te cubrimos.

Siento la adrenalina corriendo ya por mis venas. Voy al armario y saco la ropa que tengo escondida detrás de mis vestidos: vaqueros ajustados, una blusa escotada que papá no aprobaría, y mis botas de cuero que compré en secreto con el dinero que ahorré de mi paga semanal.

Mientras me cambio, escucho los pasos de papá subiendo las escaleras. ¿Para qué viene? Se detiene frente a mi puerta por un momento, y contengo la respiración.

Puedo imaginarlo ahí parado, con su mano grande sobre el picaporte, debatiendo si entrar o no. Pero después de un rato oigo sus pasos alejándose hacia su despacho.

Tres golpes en la puerta. Conozco ese estilo: es mi madre.

—¿Qué quieres? —murmuro, frustrada.

—Abre la puerta, Bridget.

Mi madre entra y cierra detrás de ella. Su cara está impasible, los ojos fríos y analíticos, como cuando revisa las cuentas de la casa y encuentra un error de cinco céntimos.

—Lo que has hecho ahí abajo ha sido una rabieta —dice.

La miro con incredulidad. ¿Ahora viene a regañarme ella también?

—Él me trata como a una prisionera. ¿Y tú dejas que lo haga?

—Tu padre te mantiene viva. Nuestro trabajo es asegurarnos de que sigas así si los muros fallan. Y con esa actitud, no sobrevivirías ni un día.

Hay algo en su forma de hablar que me hace callar. No es miedo, es conocimiento, como si hubiera visto qué pasa cuando esos muros caen.

—Has estado distraída, y eso te vuelve vulnerable. Repite el protocolo.

Pongo los ojos en blanco. Por el amor de Dios, es lo último que quiero hacer ahora, cuando pienso en la ruta de escape por el jardín.

—Mamá, por favor, sé cuál es.

—Repítelo.

Suspiro. Es más fácil decirlo que discutir, como un catecismo aburrido que me han hecho memorizar desde que tengo uso de razón.

—Si no puedo contactar contigo ni con papá. Contacto: Eamon Duggan. Número de teléfono memorizado, 1 496 1782. Destruir cualquier registro.

—¿Y después?

Qué pesada.

—Acceder a la cuenta de respaldo. Código 8-1-Alfa-Charlie-9.

—¿Y la regla de oro?

—No confiar en nadie que no use el código de respuesta —recito con hartazgo.

Mi madre asiente, satisfecha. Su tensión se relaja un milímetro. Se sienta en el borde de mi cama.

—Tu padre te protege de las amenazas externas —dice, alisando una arruga invisible en mi edredón—. Pero la mayor amenaza es un enemigo interno. O una hija idiota que no sabe cuándo callarse.

La miro fijamente. Hay algo más en sus palabras, algo que no está diciendo.

—¿Qué amenazas, mamá? ¿De qué tiene tanto miedo papá?

Se levanta y camina hacia la puerta.

—Algún día lo entenderás, Bridget. Espero que cuando ese día llegue, seas lo suficientemente lista para sobrevivir.

Sale, cerrando la puerta con suavidad. Me acerco a la ventana y corro el visillo. El jardín se extiende bajo la luz de la luna, y más allá, los muros de piedra que rodean nuestra casa.

Esta no será la primera vez que me escape, y probablemente no será la última, pero los puñeteros nervios siempre están ahí.

Cojo mi chaqueta de cuero del respaldo de la silla y me la pongo. En el bolsillo interior guardo dinero, suficiente para la noche y para un taxi de vuelta si las cosas se complican.

Antes de salir, me miro una última vez en el espejo. Sí, esta chica tiene fuego en los ojos.

—Que empiece la noche —susurro, y apago la luz de mi habitación.

Abro la ventana, salgo a la terraza y salto al jardín. Voy a ser libre, aunque sea solo por unas horas.

2

BRENDAN

El pasillo apesta a tabaco rubio. Llevo esperando aquí diez minutos, mirando la puerta del despacho de mi jefe, Mac Meanman. Llegan murmullos, pero no distingo ni una sola palabra. No importa, no es asunto mío.

Jimmy O'Reilly sale del despacho, evita mirarme y se larga sin decir ni pío. Típico de Jimmy. Siempre ha sido un cabrón que va a su rollo.

La puerta se abre otra vez y aparece Tony Mulligan, uno de los hombres de confianza de Mac. Me hace un gesto con la cabeza.

—Pasa.

Mac Meanman está inclinado sobre unos papeles esparcidos en su escritorio. No levanta la vista. Es su manera de recordarte quién manda aquí. Me quedo de pie, esperando. El reloj de pared marca las 11:47 AM con su tic-tac constante.

—Cierra la puerta —ordena Mac.

Me doy la vuelta, cierro la puerta y echo el pestillo. Vuelvo a mi posición y espero.

Mac deja los papeles a un lado con lentitud y por fin me mira. Sus ojos son penetrantes. No me ofrece asiento. Nunca lo hace cuando se trata de trabajo.

Se levanta de la silla, y camina hacia una mesa auxiliar donde hay una botella de Jameson y dos vasos de cristal. Se sirve y se

echa un trago.

—Los O'Sullivan están demasiado tranquilos. Y la tranquilidad en este negocio significa que algo se está moviendo por debajo —continúa, fijando ahora su mirada en mí—. Quiero saber qué es.

—Vale.

—De "vale", nada. A la orden, jefe.

Trago saliva.

—A la orden, jefe.

Mac se separa de la mesa y vuelve a su escritorio. Se sienta y abre el cajón superior derecho. Saca una carpeta de cartón y la deja encima.

—He montado un equipo de vigilancia —dice—. Pequeño, dos hombres. Tú estarás al mando.

Siento una punzada de orgullo, aunque no muevo ni un músculo de la cara. Esta es mi oportunidad de demostrar que puedo liderar.

—El objetivo es la mansión de Fergus O'Sullivan en Foxrock —continúa Mac—. Vigilancia veinticuatro horas. Discreta. No quiero que ni los pájaros sepan que estáis ahí.

Se levanta otra vez y camina hacia la ventana que da al patio trasero del edificio. Desde aquí puedo ver su perfil, la cicatriz que le cruza la mejilla izquierda, recuerdo de sus días de juventud en las calles.

—Colm formará parte de tu equipo —dice sin mirarme—. Es bueno.

—Sí, jefe.

—¿A qué esperas? Cógela.

Doy un paso adelante y cojo la carpeta. La abro consciente de que Mac me examina todo el rato.

Dentro hay mapas de la zona de Foxrock con puntos marcados en rojo. Veo horarios de patrulla de la policía local, anotaciones a mano sobre rutas de escape, incluso el horario de recogida de basura. Alguien ha hecho los deberes para Mac.

Paso página: fotografías. Fergus O'Sullivan en la puerta de su casa, fuerte, con barba canosa. Su mujer saliendo de un coche, elegante, demasiado arreglada para las diez de la mañana. Un par

de sus hombres conocidos: Michael Donnelly y James Walsh, veteranos del clan.

Siguiente fotografía: Una joven pelirroja sale de una tienda con una bolsa de compras en la mano. Lleva vaqueros y una camiseta, pero hay algo en su sonrisa dirigida a alguien fuera del encuadre, que me hace mirarla unos segundos más de lo necesario.

—Esa es la familia —dice Mac, y me doy cuenta de que ha notado dónde se ha detenido mi mirada—. Fergus, su mujer y la hija, Bridget.

Paso a la siguiente foto, pero la imagen de la chica se queda grabada en mi memoria. Bridget O'Sullivan. Debe tener unos dieciocho o diecinueve años. Pelo rojo, piel pálida, labios finos y cuerpo increíble. No parece formar parte del mundo en el que vive su padre.

—Quiero saber cada vehículo que entre y sale —continúa Mac—. Matrículas, horas, descripción de los ocupantes. Quiero saber si Fergus recibe visitas que no debería. Incluso si le pone los cuernos a su mujer.

Cierro la carpeta y la sujeto bajo el brazo.

—Esto es una prueba, Brendan —dice con desafío—. Tu primera misión al mando. No quiero ni un solo error. Quiero que seáis como fantasmas.

—No habrá errores.

Mac se reclina en su silla y junta las yemas de los dedos.

—Me informarás a mí al final de cada día —dice—. Solo a mí. Ni a Tommy, ni a Kevin, ni a nadie más. Esto se queda entre nosotros hasta que yo decida lo que hay que hacer.

—De acuerdo, jefe.

Mac hace un gesto de despido con la mano.

—Bien, ya puedes irte.

Camino hacia la puerta manteniendo el paso firme. Giro el tirador y salgo al pasillo. Me quedo quieto, sintiendo el peso simbólico de mi primera misión importante.

Otros compañeros pasan, pero ninguno me mira. Todos saben que quien sale del despacho de Mac tiene trabajo que hacer, y en este negocio es mejor no hacer preguntas innecesarias.

Bajo las escaleras, donde sé que encontraré a Colm jugando al póker con un par de idiotas en la sala trasera. Tengo que empezar la vigilancia mañana mismo.

Mientras camino, no puedo evitar pensar en la chica pelirroja. Bridget O'Sullivan. Hija del enemigo. ¿Un objetivo más?

Por alguna razón, esa foto se ha quedado grabada en mi mente.

3

BRENDAN

Llevamos en el coche desde las ocho de la tarde. Son las once y veintitrés, y me duele la espalda y el culo por estar sentado en la misma posición durante más de tres horas. Pero no nos movemos de aquí, las órdenes de Mac son lo primero.

Ajusto los prismáticos y enfoco la ventana del comedor de la mansión O'Sullivan. La luz enciende las ventanas y proyecta sombras sobre el césped. Veo a Fergus y Fiona O'Sullivan, comiendo en una larga mesa. ¿De qué hablarán?

—23:23. Cena en curso —digo y Colm anota en la libreta.

Fergus se inclina hacia adelante. Su mujer sonríe. Según los informes, llevan casados casi veinte años. Tantos años follando con la misma mujer. No sé, me cuesta entenderlo.

Colm suspira y baja la ventanilla para que entre aire fresco. La luz de su móvil le ilumina la cara mientras juega al Snake en su Nokia.

—¿Algo más o la misma función de cada noche? —pregunta sin levantar la vista de la pantalla.

—La misma función. Los O'Sullivan siguen en la mesa.

Colm se estira como si estuviera en el salón de su casa.

—Perfecto. Otra noche aburrida de cojones. Con suerte, se irán a la cama pronto y podremos irnos a casa.

Vuelvo a enfocar. Fergus se levanta de la mesa, dice algo a su mujer y desaparece de mi campo de visión. Fiona permanece sentada unos minutos más, bebe vino tinto. Lleva el pelo recogido en un moño.

Una luz se enciende en el segundo piso. Ese es el dormitorio de Bridget. Vamos a ver qué pasa arriba. Redirijo los prismáticos. La ventana está en el extremo izquierdo de la fachada. Las cortinas están abiertas.

Ah, la bella Bridget O'Sullivan.

Ajusto el enfoque. La imagen se vuelve más cercana. Bridget lleva una blusa escotada. Coge cosas de una cómoda y las mete en un bolsa. No se está preparando para dormir. ¿Va a salir?

Se acerca a la ventana y echa una ojeada al exterior. Me quedo quieto, sé que es imposible que me vea. Sí, este es mi momento favorito de la vigilancia.

Abre la ventana y la brisa mueve las cortinas.

—Joder.

En el balcón mira hacia abajo, después hacia los lados. Se sube a la barandilla y pasa al otro lado. Después se sienta en el tejadillo de tejas que cubre la entrada principal. Vaya, se mueve con agilidad la tía.

—¿Qué pasa? —pregunta Colm.

Bridget calcula la distancia, salta y aterriza en cuclillas. ¿Qué pretende? Esto se pone interesante… Se incorpora, se sacude la tierra de las manos y corre a través del jardín hacia el muro.

Va con la cabeza agachada, llega a unos arbustos. Se gira hacia la casa, seguramente para ver si alguien la ha visto.

El muro es alto, tres metros, pero encuentra apoyo en los resquicios de las piedras. En la calle, hay un coche detenido. Un Opel rojo. Motor al ralentí, sin luces. Alguien la espera.

—Anota esta matrícula: 07-D-05467 —le digo a Colm.

—¿Qué está pasando?

Bridget se encarama al muro, llega hasta arriba y salta. ¡Se mueve como una gata! Corre hacia el coche, abre la puerta trasera y entra. Enseguida el coche arranca y se marcha.

Bajo los prismáticos y me giro hacia Colm.

—La chica acaba de abandonar la casa y se ha largado en un coche.

—¿Qué?

Giro la llave y el motor de nuestro coche se enciende.

—¿Qué coño haces? ¡Apaga eso! —dice Colm, mirando nervioso hacia la mansión.

—Vamos a seguirla.

—¿Estás loco? Las órdenes de Mac son claras: vigilancia de la casa. Discreción. No abandonar el puesto. ¡No seguimos a la chica!

—Las órdenes de Mac son saber cada movimiento. Ella es de la familia. Tengo que saber a dónde va y con quién se reúne. Es parte del informe.

Meto primera y piso el acelerador. El coche se pone en movimiento en mitad del silencio de la calle. No pueden haber ido muy lejos.

—Es una puta adolescente escapándose —insiste el pesado de Colm—. No es un peligroso, es una rabieta. Van a descubrirnos y Mac nos colgará a los dos.

Me incorporo a la autovía. A lo lejos, veo las luces traseras del Opel.

—Yo me responsabilizo. Apunta la hora.

Colm resopla como un jabalí cabreado.

—Brendan, esto es una locura. Vamos a joder la misión por una chica que quiere ir de fiesta.

—Te he dicho que apuntes la hora.

Colm coge la libreta de mala gana y escribe.

—Opel Corsa rojo. 23:34 horas. ¿Ya estás contento?

Acelero para acortar la distancia, aunque mantengo dos coches entre nosotros para que no sospechen. El tráfico ayuda. Hay suficientes vehículos para pasar desapercibido, aunque no tantos como para perder de vista al Corsa.

De vez en cuando veo la silueta de Bridget. Habla con sus acompañantes, gesticula. Parece animada.

—¿A dónde coño irán? —refunfuña Colm.

El coche coge la salida hacia el centro de Dublín. Dirección Temple Bar. Un lugar de fiesta.

—Parece que van a emborracharse —digo sonriendo.

—Cojonudo. Vamos a pasar la noche vigilando a una adolescente borracha.

Sigo al Corsa por las calles del centro. Conocen la zona, cogen atajos que evita el tráfico.

—Anota las calles —le ordeno a Colm.

—Wicklow Street, Crown Alley... joder, Brendan, esto es una idea de mierda.

—Igual que tu actitud.

El coche aminora la velocidad al entrar en la zona peatonal de Temple Bar. Se detiene frente a un pub llamado «The Brazen Head». Salen tres chicas. Bridget es inconfundible con su pelo rojizo.

Aparco en una zona de carga a unos cincuenta metros, con la entrada del local a la vista. Las tres entran en el pub entre risas. Bridget lleva vaqueros oscuros y una chaqueta de cuero. ¿Se ha cambiado en el coche?

—¿Y ahora qué? —pregunta Colm—. ¿Nos quedamos aquí toda la noche?

Consulto el reloj del salpicadero. 23:47.

—Esperamos. Y si no pasa nada, la seguimos de vuelta a casa.

Colm se recuesta en el asiento con un suspiro.

—Mac va a matarnos.

—Siempre tan optimista.

4

BRID

EMPUJO la puerta del pub y enseguida me rodea el olor a cerveza. La música suena alta. Suena Oasis. O'Neill's está abarrotado para ser un martes, pero así es Temple Bar: lleno de turistas y dublineses que buscan olvidar sus problemas en el fondo de una pinta.

—¡Por fin llegamos! —grita Aoife, haciéndose paso entre la gente.

Niamh me coge del brazo y sonríe con complicidad.

—¿Estás nerviosa? —pregunta—. Tu padre va a castigarte si se entera.

Me encojo de hombros.

—Se cree que estoy en mi habitación leyendo. Estará en su despacho trabajando hasta tarde.

Conseguimos una mesa cerca de la ventana y de los baños. Qué suerte. Aoife levanta la mano para llamar la atención del camarero, un chico de nuestra edad con el pelo teñido de verde.

—¡Tres pintas de Guinness! —le grita.

El camarero asiente y empieza a servirlas en la barra. Observo encantada cómo la espuma se forma sobre la cerveza. Me fascina el ritual.

—Salud —digo cuando llegan nuestras pintas y las cogemos—. Por la libertad, aunque sea por unas horas.

—Salud —responden mis amigas a la vez.

El primer trago es amargo y me gusta, pero Niamh hace una mueca.

—Dios, esto sabe fatal, a medicina.

—Solo tienes que acostumbrarte —le digo, y doy otro sorbo.

La música cambia y las parejas se mueven en la pista del fondo. Y pensar que me iba a perder esto. Quedarse en casa no era una opción. Ya soy adulta, deberían darme más libertad.

—¿Sabes qué? —digo, mareada por la cerveza y la libertad—. Creo que me voy emancipar de mis padres. ¿Por qué no nos vamos a vivir a un piso las tres juntas?

Aoife se ríe y levanta su pinta.

—¡Me encanta la idea!

Reímos y dos hombres se acercan a nuestra mesa. Son mayores que nosotras, de unos cuarenta años. Uno es alto y delgado, con el cabello castaño y una sonrisa que no me gusta. El otro es más bajo y corpulento, con brazos tatuados y una mirada que también me incomoda.

—Buenas noches, chicas —dice el alto, tocando un brazo de Niamh con demasiada familiaridad—. ¿Qué hacen unas chicas tan guapas, solas?

Niamh y Aoife intercambian miradas. Bebo otro sorbo de cerveza para parecer tranquila.

—La verdad es que estamos bien así —respondo inclinando la cabeza.

—Vamos, no seáis tímidas —insiste el alto—. Solo queremos charlar. ¿Cómo os llamáis?

El corpulento no dice nada. Sus ojos recorren mi cuerpo con lujuria y siento el impulso de cubrirme con la chaqueta. Mantengo la barbilla alta, como me enseñó mi madre.

—Me llamo Bridget —digo a regañadientes.

—Bonito nombre —comenta el alto—. Soy Michael, y este es Pete. ¿De dónde sois?

—Del sur de Dublín —responde Aoife.

Michael intercambia una mirada con su amigo.

—Pijas, ¿eh? Lo imaginaba por vuestro acento. ¿Vuestros papás saben que estáis aquí?

Siento el calor en las mejillas. ¿Cuándo se marcharán estos pesados?

—No somos pijas, y podemos estar donde queramos.

—Claro que podéis —dice Michael. Arrastra una silla y se sienta a mi lado sin permiso—. Solo era curiosidad, encanto.

Su proximidad me pone nerviosa. Huele a colonia barata. Pete sigue de pie, pero se acerca y bloquea nuestro acceso a la barra.

—¿Qué tal si pedimos otra ronda? —sugiere Michael—. Yo invito.

—No, gracias —interviene Niamh—. Nosotras ya nos vamos.

—¿Tan pronto? —Michael pone una sucia mano en mi brazo—. La noche acaba de empezar.

Intento retirar el brazo, pero no me deja.

—Por favor, suéltame —digo manteniendo la calma.

—Relájate —dice y se acerca más—. Solo queremos divertirnos.

Pete se inclina sobre la mesa. Huelo su apestoso aliento a alcohol.

—No seas tímida. Un poco de diversión no le hace daño a nadie.

—Ha dicho que la sueltes —dice Niamh nerviosa.

Michael la ignora. Su mano se desliza de mi brazo a mi muñeca y aprieta con más fuerza.

—Vamos fuera. Conozco un rincón más tranquilo para conocernos mejor. ¿Eres virgen?

Mi corazón late tan fuerte que siento que va a desbocarse.

—No quiero ir a ningún sitio contigo. Suéltame ahora mismo.

—No te hagas la estrecha —dice él, mientras se levanta y tira de mí—. Sabes que viniste buscando esto.

—¡Que me sueltes! —grito, pero el alboroto del pub ahoga mis palabras.

Nadie parece darse cuenta. Aoife intenta ayudarme, pero Pete la retiene.

—Tranquila, preciosa —me susurra Michael al oído—. No va a doler. Venga, vamos a mi casa. Está muy cerca.

Una mano fuerte aparece y agarra la muñeca de Michael. Es grande, con nudillos marcados y gruesas venas.

—Suéltala —ordena el dueño de la mano.

Un joven está de pie junto a nuestra mesa. Es alto, de hombros anchos, con cabello negro y ojos verdes increíbles. Es atractivo y con pinta de saber lo que hace.

—¿Cómo dices niñato? —dice Michael.

—He dicho que la sueltes —repite el desconocido.

—No es asunto tuyo, amigo. La chica y yo tenemos una conversación privada.

El atractivo desconocido aprieta su muñeca. Oigo un chasquido seco. Michael me suelta de inmediato con un grito de dolor.

—¡Hijo de puta! ¡Me has roto la muñeca!

Pete reacciona y lanza un puñetazo. En un movimiento tan rápido que apenas lo veo, el desconocido lo esquiva, lo coge por la garganta y lo estrella contra la pared. Después se desliza hacia el suelo, jadeando.

No puedo creer lo que está pasando. El desconocido se gira hacia mí y me coge del brazo con fuerza. Al sentir su piel en la mía, siento un estremecimiento.

—Vamos fuera —dice.

Aturdida, lo sigo a través de la gente, que apenas se ha percatado del incidente. Salimos del pub. No hay nadie por la calle. El ruido del bar queda atrás.

El desconocido me suelta. Por primera vez lo veo con claridad. Es guapo, muy guapo. Sus ojos verdes me estudian con una intensidad que me atraviesan.

—¿Quién eres? —pregunto, recuperando el aliento.

—Eso no tiene importancia.

Su voz es muy, muy varonil.

—Gracias por ayudarme —digo.

Hace una pausa, como si midiera sus palabras.

—La próxima vez ten cuidado.

Nos miramos varios segundos. Hay algo en sus ojos que me atrae y me asusta a la vez. Percibo misterio y peligro, pero también algo más. ¿Soledad? ¿Dolor?

—¡Brid!

Niamh y Aoife salen del pub.

—¿Estás bien? —pregunta Aoife—. Esos cabrones…

—Estoy bien —aseguro, sin apartar los ojos del desconocido.

Él da un paso atrás, listo para irse.

—Iros a casa —ordena.

Esa orden final me irrita. Toda mi vida me han dicho qué hacer, a dónde ir y con quién hablar. Ahora este desconocido, por muy bueno que esté, pretende hacer lo mismo.

—La noche aún no ha terminado —replico.

La comisura de sus labios se eleva en una media sonrisa casi imperceptible. Dios mío, eso lo hace aún más atractivo.

—Entonces tendré que volver a salvarte.

Antes de que pueda contestar, se da la vuelta y se aleja calle abajo. Desaparece por Temple Bar como si nunca hubiera estado allí. Siento una mezcla de adrenalina, excitación y ¿un impulso erótico?

—¡Dios mío, Brid! —exclama Aoife—. ¿Viste lo que les hizo a esos tipos? ¡Fue increíble!

—Y estaba trendno —añade Niamh—. ¿Quién era?

—No lo sé —digo, con la vista fija en el punto donde desapareció.

Y esa es la verdad más perturbadora. No sé quién es, de dónde vino o por qué me ayudó. Solo sé que me atrae pero ¿quién es?

5

BRENDAN

Llueve en Dublín por segundo día consecutivo. El limpiaparabrisas se mueve sin parar de un lado a otro. Colm ha bajado unos centímetros la ventanilla para que no se empañen los cristales, y el aire húmedo del asfalto se cuela en el coche.

Son las ocho y media de la tarde. Llevamos aquí desde las seis. Los informes de los últimos días han sido idénticos: cena en familia, televisión en el salón principal, luces que se apagan una a una hasta que solo queda la del dormitorio de los padres.

Anoche no vi a Brid. Ajusto de nuevo los prismáticos. Enfoco su dormitorio y veo que las persianas están cerradas.

—¿Algún movimiento? —pregunta Colm.

—Nada nuevo. Los padres siguen en el comedor.

—¿Y la chica?

—No la he visto.

Colm se encoge de hombros y vuelve al móvil. Para él, Bridget O'Sullivan es solo un elemento más del informe. No entiende que llevo días esperando que vuelva a escaparse. Que una parte de mí desea que aparezca en esa ventana, que salte al tejado, que me dé una excusa para seguirla.

No debería pensar en ella. No debería recordar cómo mueve sus caderas cuando caminaba, pero lo hago. Y eso me convierte en un cabrón nada profesional.

Menos mal que Colm está demasiado ocupado con la serpiente del móvil como para darse cuenta. No sospecha nada, y es mejor que siga así. Si supiera que solo quiero volver a verla y a la mierda la misión.

La lluvia arrecia. Las gotas suenan sobre el capó del coche. Siento la tensión de los días de vigilancia. Colm suspira, cierra los ojos y se recuesta en el asiento. Se está quedando dormido.

Vuelvo a enfocar la mansión. A través de la lluvia veo las siluetas de Fergus y Fiona O'Sullivan en el comedor. Él se levanta, dice algo a su mujer y desaparece hacia el interior. Por la rutina, sé que en cinco minutos se encenderá la tele del salón.

La luz del porche se enciende. Nunca he visto esa luz encendida después de las siete. Los O'Sullivan usan la entrada lateral que da al garaje. La puerta principal solo se abre para visitas, y nunca tan tarde.

—Colm —digo dándole un codazo.

—¿Mmm? —murmura.

—Despierta, algo pasa.

La puerta se abre despacio. Para mi sorpresa, Bridget O'Sullivan aparece en el umbral.

—¡Joder! —Colm se endereza de golpe con sus prismáticos—. ¿Qué es esto? Es la chica.

Lleva vaqueros oscuros, botas de cuero y una chaqueta de ante que no le había visto. Sostiene un paraguas, pero no lo abre.

—Prepárate.

—¿Prepararnos para qué? ¿Va a dar un paseo bajo la lluvia?

Bridget cierra la puerta. Camina por el sendero de grava sin prisa. Sale por la verja, que está abierta. Se detiene en la acera. Abre el paraguas y se queda allí, de pie.

Esto no es como la otra noche. Aquella vez saltó por la ventana, trepó el muro, corrió hacia un coche que la esperaba. Fue caótico, improvisado.

—¿Qué coño está haciendo? —pregunta Colm.

Mantengo los prismáticos fijos en ella. Veo su cara con claridad. Está tranquila. Mira el móvil y se lo guarda en el bolsillo de la

chaqueta. Después levanta la vista y observa la calle de un lado a otro.

Por un segundo, su mirada se detiene en nuestra dirección. No puede vernos, estamos lejos y la lluvia lo difumina todo, pero juraría que me mira. Será una ilusión mía.

Sale un coche por el garaje. Reconozco a sus guardaespaldas, que se detienen donde Bridget espera. Ella cierra el paraguas, abre la puerta trasera y sube. El vehículo arranca. Mi mano ya está en la llave de contacto.

—Brendan, ¿otra vez?

—Tenemos que saber adónde va.

Pongo primera y salimos detrás del coche, que está a cincuenta metros. Acelero, pero mantengo dos coches entre nosotros.

—No me jodas —dice Colm, al ver la dirección que toma el coche —. Va al mismo sitio. Esto es una locura.

Tiene razón. Se dirige al centro, por la misma ruta que el coche de las amigas de Bridget.

—Anota la matrícula del coche, y la hora.

—¿En serio? —protesta Colm, pero coge la libreta—. No veo la matrícula con esta lluvia.

—Esfuérzate, cabrón.

El tráfico es denso. Sigo al coche por Henry Street, después por O'Connell Street. Nos acercamos a Temple Bar.

—091-D-4521 —dice Colm, y consulta su reloj de pulsera—. Son las… ocho cincuenta y dos.

El coche gira por Dame Street. Ya no hay duda. Bridget va al mismo lugar donde la vi por primera vez. Al pub donde tuve que intervenir para sacarla de un problema.

¿Por qué vuelve? ¿Coincidencia? ¿O hay algo más?

Los limpiaparabrisas siguen apartando el agua. Dichosa lluvia. Colm ha dejado de protestar y mira por la ventanilla, resignado.

—Esto va a acabar mal —murmura.

Sé que tiene razón, pero algo me impulsa a seguir, a estar cerca de Bridget O’Sullivan aunque signifique romper todas las reglas.

El taxi se detiene frente al pub O'Neill's. Sí, es el mismo lugar. El letrero de neón verde parpadea. La gente sale protegiéndose de la

lluvia como puede. Bridget se baja. El coche se queda aparcado en doble fila.

Aparco yo también en doble fila en la acera de enfrente, a unos cincuenta metros. Apago el motor y los faros. Desde aquí tengo una vista perfecta del pub.

Bridget se queda de pie bajo el letrero, a salvo de la lluvia por un pequeño alero del edificio. El paraguas cuelga cerrado de su muñeca. Saca el móvil, lo mira y se lo guarda. Después levanta la vista y observa la calle.

Busca algo o a alguien.

Cuando sus ojos se detienen en la dirección de nuestro coche, siento un vuelco en el estómago. No puede vernos, pero hay algo en su postura, que me hace pensar que sabe que estoy aquí. O eso es lo que quiero creer.

—¿Qué coño hace ahí plantada? —pregunta Colm.

Se mueve de un lado a otro. Está nerviosa. ¿La tensión de quien espera algo importante?

Después de lo que parecen unos tres o cuatro minutos, Bridget va hacia la entrada del pub. Se detiene con la mano en la manija de la puerta y mira una vez más hacia la calle.

Otra vez, juraría que me mira a mí. No, Brendan, no seas estúpido.

Entra. La puerta se cierra.

Me quedo quieto un minuto, con la vista fija en la puerta. Estoy a punto de cruzar una línea que no debería. Pero otra parte de mí ya se ha decidido.

Colm dice algo, aunque no le escucho y me quito el cinturón.

—¿Qué haces? —pregunta.

Abro la puerta del coche y salgo. Cruzo la calle, esquivando un taxi que toca el claxon. La lluvia me humedece el pelo

Pienso en cómo me miró Bridget la primera noche que la saqué del pub. La mezcla de miedo y fascinación en sus ojos. Lo que me preguntó mientras se recuperaba del susto: «¿Quién eres?».

Llego a la puerta del O'Neill's. A través del cristal veo clientes que beben, ríen o consultan el móvil. Empujo la puerta y entro. Suena música de fondo. Recorro el lugar con la mirada hasta encontrarla.

Está sentada en la misma mesa donde la vi por primera vez, cerca de la ventana. Sola. Tiene las manos entrelazadas sobre la madera y los ojos fijos en la puerta.

Me está esperando.

6

BRID

En el pub, el ruido de voces y el televisor me rodea. El camarero aún no me ha visto en la barra. Miro de reojo por la ventana. La lluvia resbala sobre el cristal en pequeños ríos que distorsionan la calle.

Justo ahí, en esa mesa, fue cuando apareció él para librarme de ese baboso. Tengo su imagen grabada a fuego en mi memoria. Fue como de película. El héroe guapo y misterioso al rescate de la dama en apuros.

Apareció de la nada y se fue tal cual, sin decir ni siquiera su nombre. Espero que mi estrategia funcione y aparezca por la puerta. Creo que estaba ahí para protegerme, pero no era uno de los empleados de papá. Al menos que yo sepa.

A mi espalda, oigo que se abre la puerta. Siento que me llega una corriente cálida que me envuelve el pecho. No me giro, pero creo que es él. Pasos que se acercan. Dios mío, qué nervios.

—¿Qué haces sola? —me pregunta una voz varonil.

—Esperándote.

—Sabías que vendría. Eres muy lista.

Me giro y veo unos ojazos verdes e inmensos. Sonrío de oreja a oreja. Es más guapo que la otra noche. Puedo fijarme en más detalles, sus pómulos, sus labios carnosos…

—Lo sé —replico.

Se sacude con elegancia las gotas de lluvia de la chaqueta de cuero. ¿Qué edad tendrá? Veintipocos, creo. Permanece de pie junto a la barra, acodado como si el pub fuera suyo. No me quita la vista de encima. El camarero se acerca.

—Una cerveza —le digo

—Jameson, solo —dice él.

—¿Con hielo? —pregunta el camarero.

—No.

El camarero asiente y se aleja.

—Quiero la verdad —le digo, entregada a su mirada.

Algo cambia en su expresión. Una sombra de admiración cruza sus ojos.

—¿Sobre qué?

—Sobre la otra noche. No me creo que aparecieras de la nada.

El camarero regresa con las bebidas. Le da las gracias.

—¿Estabas aquí por casualidad? —insisto, inclinándome hacia adelante y tocándole fugazmente el brazo.

—¿Tú que crees?

—No creo en las casualidades.

—Pues deberías, así la vida tiene más sentido. Si intentamos entenderlo todo, buscarle la lógica, acabaremos locos.

Al menos el chico tiene conversación. Bebo un sorbo de la cerveza, que me ayuda a refrescar la garganta y las ideas.

—No quiero entender el mundo, si no solo lo que pasó la otra noche. ¿Cómo te llamas?

—Brendan.

Vale, intento retenerlo en mi mente. Será fácil. Empieza por B, igual que mi nombre.

—¿En qué trabajas?

—Seguridad —responde sin vacilar.

—¿Eres mi guardaespaldas? ¿Te ha contratado mi padre?

Se encoge de hombros y bebe un trago. Su poderosa nuez sube y baja.

—No pareces el típico guardaespaldas.

—No he dicho que lo sea.

—Tampoco lo has negado.

Una sonrisa casi imperceptible aparece en la comisura de sus bonitos labios. Siento que entre nosotros hay algo más que un intercambio de palabras. ¿Una tensión?

—Además, sabes mi nombre —digo.

—Lo dijeron tus amigas.

—O ya lo sabías de antes.

Vuelve a sonreír y eso hace que un latido de mi corazón suene más fuerte. Es la sonrisa más varonil e irresistible que he visto en mi vida.

—Veo que has pensado en mí —dice con arrogancia.

—En absoluto —Miento con descaro, tocándome el pelo.

—Mientes fatal.

—Te equivocas. Digo la verdad, no he pensado en ti.

Brendan saca un billete de veinte euros del bolsillo de su chaqueta y lo deja sobre la barra. Al hacerlo, roza mi mano y siento un estremecimiento por todo el sistema nervioso.

El gesto de dejar el dinero es claro: se va. Tengo un pánico repentino. No puede irse, no ahora.

—¿Volveremos a vernos? —pregunto.

—Espero que sí —responde.

—Yo también —susurro.

Nuestros ojos se encuentran durante un segundo que se hace eterno.

—Cuídate, Bridget —dice con una voz profunda y seductora.

No sé por qué, pero me quedo callada mientras bebo otro sorbo de cerveza. Serán los nervios… Camina hacia la puerta y sale.

¿Volveremos a vernos? Ha dicho «espero que sí».

Me quedo mirando la puerta por donde acaba de marcharse, como si fuera a cambiar de opinión y volver, pero no lo hace. El pub vuelve a ser lo que era antes: un lugar ordinario lleno de gente ordinaria. Sin él, todo parece aburrido.

El billete de veinte euros sigue sobre la barra, y el camarero se acerca para recogerlo.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Más o menos.

Me siento como si acabara de despertar de un sueño y no supiera muy bien dónde estoy. La conversación ha sido demasiado corta. Hay tantas cosas que no me ha dicho...

«Cuídate, Bridget». La forma en que pronunció mi nombre como si fuera algo precioso, algo que valiera la pena proteger. Dios mío, estoy enganchadísima. Cojo el móvil del bolso y llamo a Aoife.

—¿Brid? —responde al segundo tono—. ¿Qué tal con tu cita misteriosa?

—Ha venido.

—¡Lo sabía! ¿Dónde estás ahora?

—Sigo en el pub. Se acaba de ir.

—¿Cómo que se acaba de ir? ¿Ya? Brid, apenas llevas ahí un rato. Cuéntamelo todo. ¿Cómo es? ¿Te ha dicho su nombre? ¿Qué ha pasado?

Bebo un sorbo de cerveza tratando de ordenar mis pensamientos.

—Se llama Brendan. Y es... Dios, Aoife, es aún más guapo de lo que recordaba.

—¿Brendan qué?

—No lo sé, no me dijo su apellido.

Miro alrededor del pub, asegurándome de que nadie me escucha.

—Había química —susurro—. Mucha química. La forma en que me miraba, como si pudiera ver dentro de mí.

—¿Y qué más te dijo?

—Que trabaja en seguridad. Y cuando le pregunté si era mi guardaespaldas, no lo negó.

—¿En serio? ¿Crees que tu padre lo contrató?

—No lo sé, pero si fuera así, ¿por qué no me lo dijo directamente?

—Tal vez porque no debería estar hablando contigo —responde Aoife—. Si tu padre lo contrató para protegerte, flirtear contigo no estaría exactamente en su descripción del trabajo.

Sonrío.

—Creo que flirteó conmigo, pero no estoy segura.

—Brid, apareció en el mismo pub. No creo en las casualidades y tú tampoco.

—Eso mismo le dije yo.

—¿Y qué respondió?

—Que debería creer en ellas, que así la vida tiene más sentido.

—Mmm, interesante. ¿Filosófico y misterioso?

—Y sexy, muy sexy, Aoife. Tiene estos ojos verdes que...

—Vale, vale, me hago una idea —se ríe—. Pero dime, ¿por qué se fue tan pronto?

Esa es la pregunta que me está matando.

—No lo sé. Dejó dinero en la barra y dijo que esperaba que volviéramos a vernos.

—¿Esperaba?

—No fue una promesa. Solo una esperanza.

—Brid... —Su voz se vuelve más seria—. Ten cuidado, ¿vale? Los hombres misteriosos pueden ser muy atractivos, pero también muy peligrosos.

—Ya lo sé.

—Especialmente con el *trabajo* de tu padre. Hay mucha gente peligrosa por ahí.

—Brendan no parece peligroso —protesto, aunque una parte de mí sabe que no es del todo cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conmigo fue protector.

—Los hombres peligrosos también pueden ser amables, Brid. Es lo que los hace aún más peligrosos.

Después de colgar, me quedo sentada en el taburete, terminando mi cerveza y pensando en las palabras de mi amiga. Peligroso. Sí, Brendan lo parece. Pero por primera vez en mi vida, el peligro me atrae más que el hecho de asustarme.

7

BRID

MÚSICA, conversaciones, ambiente de noche en O'Neill's. Aoife me cuenta algo sobre su padre pero mi mente está en otra parte. Recorro el pub con la mirada una vez más, buscando a Brendan.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Aoife. Sigue mi vista hasta la barra.

—Claro que sí —Doy un sorbo a mi cerveza.

—Claro que no, buscas a tu salvador misterioso.

Niamh suelta una carcajada.

—¿Sigues obsesionada con ese tipo?

—No estoy obsesionada —protesto, aunque no sé si mis palabras suenan a verdad.

—Por supuesto que no —dice Aoife con sarcasmo—. Por eso has venido aquí dos veces esta semana, esperando verle.

Suspiro y apoyo la barbilla en la mano. Tienen razón. Desde que lo conocí, no he dejado de pensar en él. En su mirada, en su sonrisa de película, en la forma en que dice mi nombre.

—No lo entiendo —digo, mientras vuelvo a mirar por ahí—. ¿Dónde estará?

—Es un adulto con una vida propia, supongo —sugiere Niamh, y apaga el cigarrillo en el cenicero—. No puede estar cerca cada vez que se te ocurra salir.

—O a lo mejor —añade Aoife con una sonrisa traviesa—, está jugando contigo. Los hombres misteriosos saben que la intriga funciona.

—No está jugando conmigo —replico, aunque una parte de mí se pregunta si tendrá razón.

Miro por la ventana. Fuera, la noche de Dublín se extiende húmeda y brillante bajo las farolas. ¿Y si está esperándome fuera?

—Voy a tomar el aire —digo, y me levanto del taburete.

—¿Ahora? —Niamh frunce el ceño—. Acaba de empezar a lloviznar.

—Solo un momento.

—Brid —me detiene Aoife con una mano en mi brazo—. No hagas nada estúpido.

Le sonrío para tranquilizarla.

—¿Como qué?

—Irte con el primer extraño que te diga algo bonito.

—No soy idiota.

—No, pero eres demasiado confiada —dice Niamh—. Y ese tipo, por muy guapo que sea, apareció de la nada. Eso no es normal.

—Vuelvo enseguida —digo, y cojo mi chaqueta y el bolso del asiento.

El aire frío de la noche me da la bienvenida. Camino por la acera sin un rumbo fijo. Paso junto a una pareja que se resguarda bajo un paraguas. Se ríen de algo, parecen enamorados. Siento una punzada de envidia. ¿Por qué yo no tengo algo así?

Sigo andando, me alejo del pub. No sé qué busco, pero algo me impulsa a continuar. Una figura se separa de las sombras de un edificio más adelante. Se me acelera el pulso. ¿Será Brendan?

Viene hacia mí. Se detiene a unos metros, bajo una farola. La luz le ilumina parte de la cara y crea sombras en sus pómulos y mandíbula.

Es él. Brendan. No puedo evitar sonreír.

—Te estás convirtiendo en una costumbre peligrosa, Bridget.

—¿Dónde estabas?

Las gotas de lluvia han humedecido su media melena. Está guapísimo.

—Trabajando en evitar problemas.

—Mi único problema ahora mismo eres tú —replico—. No eres mi guardaespaldas. Mi padre no te ha contratado. Lo he investigado.

Brendan da un paso hacia mí.

—Eso no significa que no deba protegerte.

—¿Protegerme de qué? —insisto.

—Es mejor que no lo sepas.

—¿Por qué? ¿Porque soy demasiado joven? ¿Demasiado ingenua?

—Porque es peligroso.

La palabra queda suspendida entre nosotros. Oigo el murmullo distante del tráfico y el goteo de la lluvia, que empieza a arreciar.

—¿Y tú? ¿Eres peligroso? —pregunto, y doy un paso hacia él.

No dice nada, pero sostiene la mirada.

—Más de lo que imaginas.

En segundos, la llovizna se convierte en un aguacero. La lluvia me empapa el cabello al instante.

Brendan me coge del brazo y, antes de que pueda reaccionar, me arrastra hacia el portal de un edificio. Es pequeño y oscuro. Estamos tan cerca que siento el calor de su cuerpo sobre el mío. Qué maravilla, huele a perfume caro.

—Estás temblando —me dice.

—Debe de ser el frío.

—Sí, claro el frío.

Levanta la mano hacia mi cara y aparta un mechón. Después, acaricia mi mejilla. Ay, me cuesta respirar.

—No sé nada de ti —susurro, y levanto la barbilla para mirarlo a los ojos.

Su otra mano la pone encima de la cintura.

—Debería alejarme de ti ahora mismo —dice.

—¿Por qué?

Nuestras bocas están a milímetros. Mi pecho sube y baja a un ritmo acelerado.

Se inclina hacia mí, muy despacio. Su mirada baja de mis ojos a mis labios. No quiero que se detenga. Cierro los ojos, inclino la

cabeza y espero el suave contacto de sus hermosos labios. Siento su aliento en mi boca. El beso ya está a punto.

Pero se detiene en seco. Suspira y da un paso atrás.

—Esto no puede pasar.

Un nudo se forma en mi estómago. Abro los ojos, desorientada.

—¿Por qué?

Se gira hacia la calle y da un paso hacia adelante.

—Vuelve a casa —dice por encima del hombro—. Te protegeré en la distancia.

Y se va. Se adentra en la lluvia y desaparece en la penumbra.

Me quedo sola en el portal. Todavía siento el calor de sus manos sobre mi piel. La lluvia continúa. Permanezco quieta, intentando procesar lo que acaba de suceder y, más doloroso aún, lo que no ha pasado.

8

BRID

En la biblioteca, estoy sentada a la mesa del final del pasillo principal. Rodeada de libros: *Estrategia Empresarial Avanzada*, *Principios de Finanzas Corporativas*, *Análisis de Mercados*. Mi cuaderno, al lado, con apuntes de las clases.

Releo el mismo párrafo sobre fusiones y adquisiciones por tercera vez. Brid, concéntrate. Cierro los ojos, suspiro y me recojo el cabello con una goma. Hace días que tengo un poco de ansiedad.

Desde aquella noche, desde que Brendan se alejó diciéndome que me protegería en la distancia. Sus manos en mi cintura, su boca cerca de la mía…

Apoyo los codos sobre la mesa y me froto las sienes. El café a mi lado se ha enfriado hace una hora. Cojo el bolígrafo e intento escribir una nota sobre «valoración de activos», pero solo escribo líneas sin sentido.

—Venga, a empezar otra vez —murmullo.

De repente, noto una presencia a mi espalda. Me giro y veo la entrepierna de unos vaqueros. Trago saliva y alzo la vista hasta toparme con los ojos verdes más bonitos del mundo. Y el dueño de esos ojazos es Brendan, claro.

Me sonríe. De reojo, veo que algunas chicas le miran y susurran, hacen gestos de asombro de lo guapo que es.

Lleva una camisa blanca de algodón con las mangas remangadas hasta los codos, que dejan ver sus antebrazos. Se inclina y apoya una mano sobre la mesa esparciendo sobre mí su aroma a macho alfa.

Mi corazón se acelera, no solo por verle, sino por cómo ha aparecido.

—Recoge tus cosas, Brid —ordena, mirándome—. Nos vamos.

—¿A dónde?

—Ya lo verás. Venga, date prisa.

Antes de que pueda responder, da un paso hacia atrás y se marcha. ¿Da por hecho que le seguiré?

Me quedo paralizada en la silla, viendo cómo se aleja por el pasillo. Su espalda es recta, sus hombros, anchos, y su culo, una maravilla. Camina como alguien que nunca duda que sus órdenes serán obedecidas.

Miro mis libros sin saber qué hacer. Mi mente dice ¿estás loca? Te quedas estudiando, pero mi corazón dice ¿a qué esperas, boba?

Empiezo a guardar todo en la mochila. Espero que el corazón sea más sabio que la mente. Ay, se me cae el estuche, hace ruido y la gente me mira con desaprobación.

Me cuelgo la mochila al hombro, me levanto y sigo a ese culo estupendo. Acelero el paso y poco después salimos de la biblioteca.

Pasan estudiantes, ríen, hablan de exámenes y planes de fin de semana. Vida normal del campus.

—Vamos a mi coche —dice sin mirarme.

Me guía por una calle lateral, lejos de la entrada del Trinity College. Hace un bonito sol de otoño. Se detiene junto a un coche negro. No sé de modelos, pero por logo de los círculos metálicos, parece un Audi.

Abre la puerta del acompañante y se queda parado, esperando que entre. Es mi última oportunidad de volver a la biblioteca y hacer como si nada hubiera pasado. Volver a los exámenes, a la rutina. La verdad es que la elección es muy fácil.

Subo al coche y alucino con los acabados, brillan como diamantes. Brendan cierra la puerta. Le veo rodear el coche y después subirse.

—¿Se puede saber adónde vamos? —insisto.

—Te he dicho que ya lo verás —responde, concentrado en el tráfico.

Pasan varios minutos. Observo por la ventanilla cómo los edificios del centro de Dublín quedan atrás.

—¿Esto lo haces siempre? —pregunto—. ¿Sacar a chicas de bibliotecas?

Una media sonrisa aparece en su boca. No dice nada.

—¿Lo sabes todo de mí? —le pregunto.

—Sí —responde con calma, y coge un desvío hacia una calle secundaria.

—Estoy un poco nerviosa —admito.

Por primera vez, Brendan gira la cabeza hacia mí. Es solo un segundo, pero sus ojos se suavizan.

—Tranquila —dice, y vuelve la vista al tráfico—. Conmigo estás segura, ya lo sabes.

A pesar del misterio y la incertidumbre, es verdad, con él me siento segura.

Cogemos otro desvío. Ahora estamos en una calle estrecha, flanqueada por edificios de oficinas. Es un callejón discreto, entramos en un aparcamiento privado. Brendan reduce la velocidad y se detiene en el medio. Apaga el motor. El silencio es total. Ya no hay rumor de tráfico, solo nuestra respiración.

—¿Y bien? —digo, intentando que mi voz no tiemble—. ¿Me has traído aquí para admirar un callejón?

Se inclina invadiendo mi espacio.

—Ven aquí —susurra.

Obedeciendo un impulso, le hago caso, me quito el cinturón y me acerco. Una de sus manos se apoya en mi nuca, y al tocarme siento un hormigueo electrizante.

Sus ojos brillan de deseo, me besa, me come la boca con ansia como si fuera su derecho. Mi mente se vacía de las clases, de los libros, de las preguntas sobre quién es él. Solo existe este momento. Sus labios sobre los míos, su mano en mi pelo y la sensación de cumplir una fantasía.

—Tenía muchas ganas de besarte —dice—. Eres preciosa.

—Gracias —digo sin saber qué decir.

—Me voy a sentar detrás de ti —dice ya moviéndose.

—¿Detrás?

—Inclínate hacia delante.

Estira una pierna y se sienta justo a mi espalda. ¿Qué quiere hacer? Le oigo hacer un ruido con el asiento. Al girarme, veo que lo está haciendo para atrás. Miro hacia afuera y compruebo que no hay nadie. Algunos coches aparcados y poco más.

—Échate hacia mí —dice.

Me abraza y me dejo arrastrar hacia atrás, atrapada entre sus músculos. Inspira el olor de mi cuello y eso me parece muy sexy.

—Nunca he deseado a una mujer tanto como a ti —susurra.

Sus eróticas palabras hacen que mis pezones se pongan duros. Mientras que con una mano me mantiene abrazada, la otra baja hasta mis piernas. Suelto una risita nerviosa. Me estoy poniendo cachonda.

—Por eso no te besé la otra noche, Brid, porque sabía que si empezaba iba a follarte ahí mismo, en la calle. Y eso podría ser un problema.

Cierro los ojos, trago saliva, no puedo hablar, las palabras no me salen, mi cuerpo quiere tomar el control.

—Brendan… —digo notando detrás su cuerpo duro como una roca.

Pongo una mano sobre la suya y aprieto para sentir su piel atravesando la mía. Él me mordisquea el cuello y quiero morir. Dios mío, estoy sin aliento y acabamos de empezar.

Su mano sigue bajo mi falda y se desliza hacia la zona caliente.

—Abre las piernas —dice con su voz grave y sexy.

Siento las rodillas débiles y apoyo la cabeza en su hombro. Estoy bajo su control y eso me pone. Por fin un hombre que sabe lo que hace. Pone la mano sobre el tanga y aprieta con suavidad.

—¿De qué color es el tanga?

—Blanco.

—Mi color favorito —dice sonriendo.

Enseguida mete la mano bajo el tanga y me estremezco al sentir su palma sobre el vello púbico. Lo ha cogido como si fuera suyo, de

su propiedad y nadie más. Suyo para siempre.

Empieza a girar la palma de la mano lentamente, rozando el clítoris. ¿Me follará también? Dejo escapar un largo gemido.

—Te deseo, Brid —dice con la respiración entrecortada.

—Y yo a ti, Brendan.

—B&B. No podíamos acabar de otra forma.

—La verdad es que no.

Por atrás, con una sola mano me va desabrochando el vestido mientras que con la otra no para de rozarme el clítoris. Las rodillas me flaquean y estoy en una nube de placer cada vez más intenso. Me bajo los tirantes del sujetador y él lo desabrocha. Se me encoge el corazón al saber que va a manosearme las tetas.

Siento sus dedos en uno de mis pechos, acaricia con ansia y después me aprieta el pezón. Dios mío, qué placer, que no pare nunca. Me mete un dedo y empieza a doblarlo con cuidado. Ay, sí, me gusta… Nadie me lo había hecho antes así, nadie. Brendan es el primero.

Ahora me mordisquea el cuello y siento un cosquilleo húmedo, duro pero agradable que baja por mis pechos, que están calientes. Este hombre lo quiere todo de mí.

—Levántate un momento —me ordena, y me agarro al asidero de la ventanilla con una mano y con la otra me apoyo en el techo.

Oigo el tintineo de la hebilla del cinturón, la cremallera que baja y el roce de los pantalones con el asiento. Me la quiere meter, espero que hasta el fondo. Con una mano intento bajarme el tanga, pero me cuesta.

—Ayúdame —le suplico.

De un tirón, me las baja hasta las rodillas. Ahora me sentaré sobre él y le sentiré dentro de mí. La espera se me está haciendo eterna. Noto una sola mano en la cadera tirando hacia abajo, con la otra fantaseo que se está cogiendo la polla bien empalmada.

—Ya —dice.

Me voy sentando muy lentamente, sacando el culo un poco y empiezo a notarla dentro, grande y gruesa. Ay, me muero de placer. Este hombre está bien dotado, sí.

—Brid… —dice, encantado de estar dentro de mí.

Con sus dos manos sobre mi cadera, empieza a girarla con suavidad para que yo también lo haga.

—Así, más, más —susurra, ahora apretándome las nalgas.

Agarrándome al asidero, me muevo para darle placer. El coche es bonito pero el espacio es estrecho y debo tener cuidado con la cabeza. Me doy cuenta de lo ridículo de la situación y me entran ganas de reír, pero me contengo. Brid, no es momento para la risa.

—Espera, así no voy a correrme —dice, y echa el asiento más para atrás hasta quedar casi tumbado—. Date la vuelta.

Al girarme, veo su polla bien gruesa y empinada, y me quedo asustada. Con las dos manos, me rompe el tanga con un sonoro «ras» para que pueda ponerme encima de él. Lo hago doblando las rodillas, mientras él me dirige con el culo y yo con la mano me la meto dentro. Al cogerla, la siento cálida y húmeda.

Otra vez me coge de la cadera con sus fuertes manos y empieza el frenesí del arriba-abajo, arriba-abajo, arriba-abajo. Ahora él cierra sus golosos ojos verdes y contrae la boca en un gesto de placer, que YO le estoy dando. Me vuelve loca eso.

Gimo con todas mis ganas, incapaz de contener la explosión de sensaciones que recorre mi cuerpo. El orgasmo me sacude con una intensidad que me deja sin fuerzas, completamente rendida a él.

Al segundo, noto llenándome entera, derramándose como ningún hombre lo ha hecho. Gruñe mientras deja su semen en mí. Brendan, mi hombre.

9

BRENDAN

Veinte minutos esperando a que Mac me reciba para darle el informe de seguimiento a los O'Sullivan. Cruzo las piernas y me recuesto sobre la pared.

Mi mente viaja a la noche anterior. La llamada al móvil de Brid a las once. Su susurro para que sus padres no la oyeran. Dijo que había estado pensando en mí, que no podía concentrarse en los estudios. Yo le dije lo mismo.

—¿Cuándo vamos a vernos otra vez? —preguntó.

—Pronto —respondí—. Tengo que ser cuidadoso.

—¿Cuidadoso con qué?

No podía explicarle que cada vez que la tocaba, traicionaba la lealtad por la que Mac me había puesto en esa vigilancia.

—Brendan, ¿estás ahí?

—Estoy aquí.

—Me gusta cómo suena mi nombre cuando lo dices.

Estaba sentado en mi coche, a cincuenta metros de su casa, hablando con ella mientras sus padres dormían.

—Tengo que colgar —le dije.

—¿Por qué siempre tienes que colgar?

—Porque si no, voy a decirte cosas que no debería.

—Dímelas.

—Que te necesito. Que desde que te conocí no puedo pensar en nada más. Que me estás matando y no quiero que pares.

Se quedó callada.

—Yo también.

Me despedí y colgué.

¿Vale la pena todo el riesgo? Sí, escuchar incluso solo sus palabras susurradas compensa el riesgo de perderlo todo. Eso significa lo que llevo días intentando no pensar, que he fallado a Mac.

La puerta del despacho se abre. Tommy Keegan me hace un gesto con la cabeza.

—Entra, te está esperando.

Me levanto, me ajusto la chaqueta y voy hacia la puerta. Mac está sentado con un vaso de whisky en la mano y un periódico abierto. No levanta la vista cuando entro.

Me quedo de pie frente a él. Mac sigue leyendo el periódico.

—Siéntate —dice después de un instante.

Cojo la silla y obedezco. Me noto tenso, así que tomo aire y lo suelto con discreción.

—Ponme al día —dice—. ¿Qué ha hecho ese cabrón esta última semana?

—Fergus mantiene una rutina estricta. Sale de la propiedad a las ocho y treinta. Su conductor lo lleva por la misma ruta hasta su oficina en Grafton Street. Llega a las nueve.

Mac asiente.

—Permanece en la oficina hasta las seis. El martes salió a comer a un restaurante en Dawson Street con Michael Donnelly. La conversación duró una hora y diez minutos. El jueves por la mañana recibió en la oficina a un contable llamado Liam Dempsey. Estuvo allí casi tres horas.

—¿Dempsey? —Mac se inclina hacia adelante.

—Cuarenta y tantos, delgado, gafas. Llegó con un maletín y salió con él.

—Consigue todo sobre él. Cuentas, clientes, dónde vive, con quién se acuesta. Todo.

—Entendido.

—¿Reuniones fuera de la oficina?

—Ninguna. Mantiene un perfil bajo. Los fines de semana apenas sale de la propiedad.

—¿La seguridad de la casa?

—Dos hombres en la verja principal, rotan cada doce horas. Uno en la entrada lateral. Cámaras en el perímetro. Sigue habiendo dos puntos ciegos: el muro este por los árboles y la zona del jardín junto a la piscina.

—¿Visitantes en la casa?

—Su hermano Kevin el sábado por la tarde. Una hora. La mujer de Fergus, Fiona, recibe a una amiga los miércoles.

Mac se levanta y va hacia la ventana. Desde allí ve el puerto de Dublín.

—¿Algo más sobre Fergus? —pregunta sin darse la vuelta.

—Nada destacable. No se desvía del patrón.

Mac se queda en silencio. Vuelve a su escritorio, pero no se sienta. Coge el vaso de whisky y bebe un trago. Su postura se relaja un poco.

—El resto de la familia mantiene el perfil bajo, supongo. La mujer con sus compras y sus amigas.

—Sin cambios.

—Y la hija —hace una pausa—. Bridget. ¿Sigue siendo la estudiante modelo del Trinity?

La pregunta suena casual, pero a lo mejor no lo es. ¿Sabrá algo de lo mío con ella?

—Sí. De casa a la universidad, a la biblioteca y de vuelta. No hay nada destacable. Una vida de estudiante, rutina predecible.

—¿Ningún novio? ¿Amigos que merezca la pena vigilar?

Me vienen a la mente las imágenes de ella y yo follando como animales en el coche y en mi piso. Después, cenando entre risas comida china en casa. Ella durmiéndose en mi hombro mientras vemos una peli. De repente, joder, la echo de menos.

—Un par de amigas de la universidad. Ningún interés para nosotros. No tiene pareja conocida, una estudiante modelo. Como le digo, jefe, una vida aburrida.

Mac mira el fondo de su copa. Se toma su tiempo y levanta la vista.

—Una vida aburrida… —repite.

Una media sonrisa aparece en su cara.

—Bien, las cosas aburridas son predecibles.

Se levanta.

—El informe sobre Fergus es bueno. Sigue así, quiero saber cada detalle. Él es el objetivo, recuerda.

—Entendido, jefe.

—Puedes retirarte.

Voy hacia la puerta. Siento un alivio repentino.

—Y Brendan…

Antes de llegar a la puerta, me doy la vuelta.

—Sigue manteniéndome informado de todo lo importante.

Hay un énfasis sutil en la palabra «importante».

—Por supuesto, jefe.

Salgo del despacho y cierro la puerta. En el pasillo, voy despacio hacia la salida. La luz fluorescente sigue zumbando. Cuando salgo a la calle, respiro por fin con total libertad.

¿Cuánto sabe Mac? ¿Y cuánto tiempo más podré mantener esta mentira?

10

BRID

El olor a cebolla caramelizada empieza a invadir el piso de Brendan. Ya me muevo por su cocina con soltura. Sé dónde guarda las sartenes, dónde esconde el aceite de oliva que compré la semana pasada, y que el tercer cajón se atasca si no lo abres con cuidado.

Echo un vistazo al frigorífico. Cerveza, más cerveza, un cartón de leche que probablemente esté caducado, y los huevos que traje ayer. Ay, Brendan de mi corazón.

—¿Cómo puede un hombre adulto vivir así? —murmuro.

Encuentro pan en la encimera, por lo menos no está demasiado duro. Será suficiente para hacer tostadas francesas, algo sencillo y rico. Mientras bato los huevos, mi mente divaga hacia la primera vez que vine aquí. Entonces me sentía una invitada, ahora me siento como en casa.

El sonido de la llave en la cerradura me saca de mis pensamientos. Me giro cuando Brendan entra. Tiene el pelo revuelto, los hombros tensos, y con sombras oscuras bajo los ojos. Su camisa tiene una pequeña mancha de sangre en el puño, que intenta ocultar metiéndose las manos en los bolsillos.

—Huele de maravilla —dice.

—No puedes vivir solo de whisky —digo, volviendo mi atención a la sartén—. Aunque por lo que he visto en el frigo, parece que lo intentas.

El calor de su cuerpo me envuelve cuando sus brazos me rodean por la cintura. Apoya la barbilla en mi hombro.

—¿Día duro? —pregunto.

—Como siempre —dice con resignación.

Permanecemos así un momento, yo cocinando, él detrás.

—Siéntate —le digo—. Esto está casi listo.

—¿Cuánto tiempo tienes esta noche?

—Puedo quedarme a dormir. Aoife me cubre.

Lo observo mientras sirvo la cena. Se ha quitado la chaqueta y arremangado la camisa. Veo moratones frescos en sus antebrazos que no estaban ahí hace unos días.

Él devora la comida, lo cual probablemente significa que no ha comido en todo el día. Cuando alarga la mano para coger su vaso de agua, noto una cicatriz nueva en sus nudillos.

Sin pensarlo, extiendo la mano y la rozo con la punta del dedo. Él se sorprende, pero no aparta la mano.

—Nunca me hablas de esto —digo—, de tu trabajo.

Sus bonitos ojos claros se encuentran con los míos.

—No hay mucho que contar. No es una historia para una chica como tú.

—Soy la chica que está aquí contigo ahora —insisto, manteniendo mi mano sobre la suya—. Quiero conocerte, Brendan. Quiero saberlo todo de ti, no solo una parte. Ya sé que no eres un oficinista y que te dedicas a algo oscuro. No soy estúpida.

Su mandíbula se tensa. Da la vuelta su mano para entrelazar nuestros dedos.

—Otro día, ¿vale?

—Siempre dices lo mismo.

Niego con la cabeza.

—Cuando tenía ocho años, mi padre me llevó a ver una pelea callejera —dice—. Dos hombres destrozándose por dinero mientras la gente apostaba. Yo estaba aterrorizado, quería irme. Mi padre me agarró del cuello y me obligó a mirar —Hace una pausa—. Me dijo que en este mundo solo hay dos tipos de personas: los que pegan y los que reciben. Que tenía que decidir de qué lado quería estar.

—Brendan.

—Decidí esa noche —continúa—. Nunca más sería el que recibe. Nunca más tendría miedo, pero contigo tengo miedo todo el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque eres la única cosa en este mundo que no quiero perder.

Sonrío, me levanto para sentarme en su regazo, acunando su cara entre mis manos.

—Qué bonito —digo y le planto un beso en la mejilla.

—Lo sé, amor —Sonríe—. Ah, no quiero que se me olvide una cosa que tengo para ti. Espera aquí.

Se levanta y va hacia su habitación. Escucho el sonido de un cajón abriéndose. Cuando regresa, tiene una pequeña caja de terciopelo negro en la mano.

—La compré hace unos días. Quiero que la lleves.

Dentro de la caja hay una bellísima cruz celta de plata, colgando de una cadenita. Dios mío, cómo brilla.

—Es preciosa —susurro, sacándola de la caja.

—El círculo representa la eternidad, sin principio ni fin, como… —se detiene.

—¿Como qué? —pregunto, aunque mi corazón ya sabe la respuesta.

—Nada.

Creo que quería decir algo más. Me doy la vuelta para que pueda ponérmela. Sus dedos rozan la nuca mientras lo hace. Cuando me giro de nuevo, sus ojos verdes emiten destellos.

Nos besamos. No es la pasión desesperada de nuestros encuentros en el coche, ni la urgencia hambrienta de otras noches. Es lento, profundo y me gusta mucho.

Me levanta en sus brazos sin romper el beso y me lleva a su habitación. Caemos en la cama.

—Brendan… —susurro cuando sus labios conquistan mi cuello.

—Déjate hacer, amor —me ordena.

Dejo caer mis brazos en forma de cruz y cierro los ojos, mientras él me va quitando la ropa con ansia. Oigo su fuerte respiración según me baja los vaqueros y las bragas. ¿Qué me va a hacer? Sea lo que sea, me llevará a las nubes, al cielo de Dublín, seguro.

Abro un ojo y le veo desnudarse. Su cuerpo de gimnasio, con pectorales de cine y abdomen de piedra me pone a mil. Su polla ya está en modo faro legendario y, ay, cómo me pone. No me canso de verle, si es que está muy bien dotado.

Me coge de los tobillos y me riega de besos calenturientos, por la pantorrilla, por el muslo, por todas partes, dejando un rastro de saliva como si marcara su territorio.

—Ponte de rodillas —me ordena.

Hago lo que me dice. Arqueo la espalda y echo el culo hacia atrás como me enseñó. Me da un par de cachetes que resuenan en el dormitorio, y enseguida me come por atrás. Esa lengua es venenosa, conoce los pliegues y los lugares donde acariciar, succionar y lamer.

Gimo una y mil veces.

Agacho la cabeza porque las fuerzas amenazan con abandonarme. ¿Me va a meter un dedo ahora? No, me aprieta las nalgas con las manos, como si quisiera dejar sus huellas. Sé que le encanta la visión de verme con el culo abierto para él.

Por fin, me la mete por detrás de un tirón, muy adentro. Suelta un gruñido y me coge bien para meterla y sacarla, primero lentamente, disfrutando de ser él quien controle mi cuerpo, quien sacie su placer gracias a mí.

Después empieza con más fuerza, embistiéndome una y otra vez, una y otra vez. Noto la cruz celta golpeando mi pecho. Es un animal que busca solo su placer, ojalá que no pare nunca de darme por atrás. Me agarro al edredón mientras el sonido de los muelles es cada vez más ruidoso.

Suelto un grito escandaloso, pero no puedo evitarlo.

Brendan se detiene, está a punto de correrse. Sí, ahora siento a Brendan derramándose en mí. El dormitorio se llena de respiraciones agitadas. Aún dentro de mí, con las manos en los hombros me incorpora, me quita el jersey y el sujetador en décimas de segundos, y me coge las tetas con una desesperación que me encanta. Le encantan mis tetas.

—Brid…. —dice entre jadeos—. Me vuelves loco.

Me gustaría responderle, pero las palabras no me salen, aun no he recuperado el aire en los pulmones. Caemos los dos de perfil sobre la cama y nos quedamos abrazados. Me estruja con los brazos un poco más, y me besa el cuello como un cariñoso punto final.

Más tarde, no sé cuántas horas después, me giro y me apoyo en un codo para observarlo mejor.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —pregunto.

—No lo sé, pero ¿sabes? podría mirarte toda la vida —responde acariciando mi cara con un dedo.

—¿Crees en el destino?

Brendan me mira durante un largo momento.

—Antes no, ahora tengo que creer.

—¿Por qué?

—Porque si no fue el destino que hizo que nos encontráramos, significa que es solo suerte —Su mano se engancha a la mía.

—No digas eso —protesto, pero él me silencia con un beso.

—Tienes razón —dice—. No importa si fue destino o suerte. Lo que importa es esto, ahora.

Brendan se sienta en el borde de la cama con la espalda hacia mí. Veo las cicatrices que la cruzan, cada una contando una historia que probablemente nunca conoceré.

—¿Tienes que irte? —me pregunta.

—Ya sabes que sí. Si no, me descubrirán.

Me levanto, me visto y guardo el colgante en el bolsillo del pantalón. No quiero que en casa me pregunten por él.

—Prométeme algo —digo cuando estamos en la puerta del piso.

—Lo que quieras.

—Prométeme que pase lo que pase, esto que tenemos será para siempre.

Me coge la cara entre las manos y me besa con pasión, incluyendo todo lo que no puede decir con palabras en ese beso lleno de intensidad y amor.

—Te prometo que nada ni nadie nos va a separar —dice con los ojos brillantes.

Cuando nos separamos, tengo que obligarme a soltarlo porque si no echaríamos otro polvo.

—Te veo mañana —dice.

—Aquí estaré —prometo.

Salgo del edificio y camino hacia la parada del autobús. Algo me hace girarme cuando llego a la esquina. Brendan está en la ventana de su piso, observándome. Levanta la mano y me lanza un beso. Sonrío y le devuelvo el gesto. Qué feliz me siento.

11

BRENDAN

La radio está puesta de fondo mientras conduzco por las calles del barrio industrial. El turno de noche ha terminado, solo quedan las luces de las farolas sobre las húmedas aceras. He completado el encargo de Mac: entregar un sobre a un contacto en los muelles. Pan comido.

El locutor de la emisora de noticias habla de política, de presupuestos, de cosas que no me interesan. Subo el aire acondicionado. Hace humedad para ser abril.

Cambio de marcha y acelero hacia el centro. Mañana por la mañana veré a Brid. Hemos quedado para desayunar en el café cerca de Trinity. Me ha dicho que quiere contarme algo importante. ¿Qué será?

—...interrumpimos la programación regular para informar de una explosión que ha tenido lugar en una residencia del área de Foxrock…

Me incorporo en el asiento. Foxrock. Joder, el barrio donde viven los O'Sullivan.

—…Las primeras informaciones apuntan a la detonación de un artefacto explosivo. La propiedad, una mansión de estilo victoriano, pertenece al empresario Fergus O'Sullivan…

Piso el freno tan fuerte que el coche chirría. Un camión que viene detrás toca el claxon. No me importa. Estoy paralizado, con las manos aferradas al volante. Subo el volumen de la radio.

—Los equipos de bomberos continúan trabajando para sofocar el incendio. Los cuerpos de Fergus O'Sullivan y su esposa, Moira O'Sullivan, han sido identificados entre los escombros…

¡Brid! ¡No!

—…Los equipos de emergencia continúan trabajando en la escena. Se teme que pueda haber más víctimas mortales…

Tengo que saber qué ha pasado. Pongo primera, giro el volante y piso el acelerador. El coche da un bandazo, las ruedas se quejan en el asfalto. Un semáforo en rojo, pero no freno. Un taxi me esquiva por centímetros y el conductor me grita algo.

Conduzco como un loco por las calles de Dublín. Me salto semáforos y casi atropello a un peatón. En mi cabeza se repiten las palabras del locutor: explosión, Fergus O'Sullivan, muertos, más víctimas.

¿Dónde estaría Brid? ¿En casa? ¿Estudiando en su habitación como siempre hace los martes por la noche?

Freno delante del edificio donde Mac tiene su despacho. Aparco en doble fila, dejo las llaves puestas. Subo los escalones de tres en tres. El portero nocturno me ve llegar y abre la puerta sin decir nada. Me conoce.

Golpeo el botón una y otra vez del ascensor, como si eso fuera a hacerlo llegar más rápido. Cuando se abren las puertas, me meto dentro antes de que terminen de abrirse del todo.

Cuarta planta. Paso de largo al empleado que está ordenando unos archivos. No me dice nada, sabe que trabajo para Mac.

Llego al despacho y empujo la puerta con tanta fuerza que toca la pared. Mac está detrás de su escritorio, tranquilo, sirviéndose un whisky de una botella cara. Ni siquiera levanta la vista cuando entro.

—¿La bomba? —le digo sin aliento—. ¿En casa de O'Sullivan? ¿Hemos sido nosotros?

Mac deja la botella sobre el escritorio con cuidado. Se lleva el vaso a los labios, bebe un sorbo, lo saborea. Cómo odio su maldita calma.

—Cálmate, Brendan —dice por fin—. Fergus se pasó de la raya. Había que enviarle un mensaje.

—¿Un mensaje? —Doy un paso hacia el escritorio—. ¿Has volado su casa?

—El negocio requiere disciplina —Mac se reclina en su sillón de cuero—. Fergus llevaba meses interfiriendo en nuestras operaciones. Robándonos clientes, cortando nuestras rutas de distribución. No se puede permitir.

—Pero su familia...

Mac levanta la vista. Sus ojos son como dos piedras frías.

—El mensaje debía ser definitivo. Para él y para cualquiera que piense en seguir sus pasos.

Mi respiración se acelera. Siento como si tuviera un puñal clavado en el pecho.

—Su hija... —digo, pero enseguida trago saliva—. Bridget. La radio ha dicho que podría haber más víctimas. ¿Estaba ella en la casa?

Mac me mira fijamente. Se toma su tiempo, como si estuviera sopesando cada palabra. Levanta el vaso otra vez, bebe despacio. Lo deja sobre el escritorio.

—El objetivo era que la familia estuviera reunida —dice—. Una cena familiar. El mensaje era para todos.

Niego con la cabeza.

—No me jodas, Mac. Dime que la chica no estaba dentro.

—Sí, Brendan. Estaba dentro.

Retrocedo como si Mac me hubiera empujado físicamente. El aire se me escapa de los pulmones.

—No —susurro.

—Era necesario —Mac se encoge de hombros—. No había otra manera.

Con los puños apretados, me doy la vuelta sin decir nada más. Camino hacia la puerta como un robot. La abro y salgo, cerrándola de un portazo que hace temblar las paredes.

En el pasillo, me apoyo contra la pared. Las piernas me flaquean. Cierro los ojos soportando un fuerte dolor de cabeza. En mi memoria, veo la sonrisa de Brid. Sus manos entre las mías en el

café. Su cabello rojizo cayéndole sobre la cara cuando se inclina para besarme.

Muerta. ¡No!

Camino hacia el ascensor. Tengo que estar seguro. Hay que comprobar el informe oficial.

Unos minutos después, estoy en la comisaría de Pearse Street, donde bulle de actividad incluso a estas horas. Agentes de uniforme van de un lado a otro con carpetas y tazas de café. El teléfono suena sin parar en la recepción.

Localizo a Donovan junto a la máquina de café. Es uno de los nuestros desde hace tres años. Mac le paga bien por información y por mirar hacia otro lado cuando es necesario.

—Donovan.

Se da la vuelta, me ve y mira nervioso a su alrededor.

—Brendan, no esperaba verte por aquí esta noche.

—La explosión en casa de los O'Sullivan —Me interpongo antes de que pueda alejarse—. Necesito ver la lista de víctimas.

—No sé si... Es un caso muy mediático. Hay mucha presión desde arriba.

Lo cojo del brazo. Lo suficiente para que entienda que no me voy a ir sin la información que busco.

—Donovan, no te estoy preguntando si es buen momento. Necesito la lista oficial de fallecidos confirmados. Ahora.

Se muerde el labio inferior. Mira hacia la puerta del despacho del inspector, después hacia la entrada principal.

—Está bien, pero rápido.

Me guía por un pasillo hasta una oficina pequeña llena de archivadores. Enciende un ordenador que tarda una eternidad en arrancar. Teclea su contraseña, navega por varios menús. De los nervios, muevo el pie sin parar.

—Aquí está —dice con voz baja—. El informe preliminar. Todavía no es definitivo, pero...

Se coloca entre la pantalla y el resto de la oficina para que nadie pueda ver lo que estamos haciendo. En la pantalla aparece una lista con nombres y la causa de la muerte.

Señala con el dedo una línea.

O'SULLIVAN, Fergus. Causa de la muerte: traumatismo múltiple por explosión.

O'SULLIVAN, MOIRA. Causa de la muerte: traumatismo múltiple por explosión.

Y debajo:

O'SULLIVAN, BRIDGET. Causa de la muerte: traumatismo múltiple por explosión.

Me quedo mirando el nombre. Las letras se difuminan un momento, después vuelven a enfocarse. Bridget.

Los teléfonos, las conversaciones, los pasos en el pasillo. Todo el ruido de la comisaría desaparece de repente.

Me doy la vuelta y salgo sin decir nada. Donovan se queda. Camino por el pasillo de la comisaría, y cruzo la puerta principal. En la calle, la noche de Dublín recibe mi profundo dolor en silencio.

Brid está muerta.

12

Cinco años después…

BRID

Puerto Banús en agosto está repleto de turistas, yates y coches deportivos que circulan despacio para ser admirados.

—Vamos, Aine, que nos van a dar las tres —me dice Carmen, abanicándose con un folleto de propiedades.

Junto a Miguel y Rocío entramos en Marea, uno de esos restaurantes de segunda línea con precios más asequibles para los que no somos millonarios. El camarero nos reconoce y nos saluda con esa sonrisa que reserva para los clientes habituales.

—Vuestra mesa de siempre está ocupada, pero tengo una alternativa en la terraza.

—Prefiero dentro, si no te importa —digo, y señalando una mesa junto a la pared del fondo—. Aquella está perfecta.

El camarero arquea una ceja pero asiente. Carmen me mira extrañada mientras nos dirigimos a la mesa.

—¿Desde cuándo no te gusta la terraza? Si siempre dices que necesitas el sol para no volverte loca.

—Hoy me duele la cabeza —miento, mientras me siento en la silla que me da visión completa del restaurante y la entrada.

Miguel se deja caer en su asiento con un suspiro teatral, y se afloja la corbata.

—Joder, qué calor. En días como este echo de menos Bilbao.

—Pues yo no echo de menos nada del norte —dice Rocío, estudiando el menú—. Lluvia, frío. Aquí en Marbella se vive de maravilla.

El camarero llega y pedimos. Carmen y yo, gazpacho. Miguel, un entrecot que le subirá el colesterol. Rocío, una ensalada César que picoteará mientras se queja de que está a dieta.

—Bueno, chicas —empieza Miguel cuando llegan las bebidas—. Tengo noticias frescas. El ruso del ático por fin ha firmado. Transferencia limpia, sin hipoteca. La comisión va a ser espectacular.

—¿Cuánto? —pregunta Carmen, inclinándose hacia adelante.

—Suficiente para que me vaya de crucero —dice Miguel, levantando su copa de vino.

Rocío suelta una risita y choca su copa con la de Miguel.

—Hablando de propiedades espectaculares —dice—, he oído que los dueños de la villa en La Zagaleta se divorcian. Esa propiedad va a salir al mercado y será una guerra. Doce millones de euros mínimo.

—¿Los Pemberton? —pregunta Carmen—. Pero si parecían la pareja perfecta.

—Las apariencias engañan —dice Rocío—. Mi prima trabaja en el bufete que lleva el divorcio. Por lo visto, él tenía una amante en cada puerto y ella lo sabía desde hace años.

Miguel se ríe con una carcajada estruendosa que hace que varias cabezas se giren.

—Los ricos siempre tienen los mismos problemas, pero multiplicados por millones.

Más tarde, el camarero trae los primeros platos. El gazpacho está frío y espeso, perfecto para combatir el calor. Cojo una cucharada mientras Miguel continúa su monólogo sobre las ventajas de trabajar con clientes rusos.

—No regatean, no piden descuentos absurdos, y pagan al contado. Son los clientes perfectos, os lo digo yo.

Siento un cosquilleo en la nuca. La sensación de ser observada. Otra vez.

Paseo la mirada por las mesas. Una pareja mayor discutiendo sobre la cuenta. Un grupo de mujeres rubias tomando selfies con sus cócteles. Dos hombres de negocios con trajes demasiado oscuros para este calor.

Nada fuera de lugar, pero la sensación persiste. Mis ojos se deslizan hacia la ventana que da a la terraza del restaurante de al lado.

Veo a un hombre sentado en una mesa, mirando hacia nuestro restaurante. No puedo distinguir sus rasgos desde aquí, solo la silueta. Complexión media, hombros anchos, pelo oscuro. Ahora deja de mirar y habla con su acompañante, una mujer.

A lo mejor, no tiene importancia. Pero el instinto que desarrollé durante años de supervivencia me dice que algo no está bien.

—Y entonces le dije que si quería la casa tendría que pagar el precio completo, nada de descuentos de última hora —continúa Miguel.

Carmen me mira.

—Cariño, estás muy callada. ¿Va todo bien? Apenas has probado la comida.

—Sí, todo perfecto, Carmen —Sonrío—. Solo pensaba en el papeleo de la venta del local.

—Pues piensa en la comisión, eso anima a cualquiera —dice Miguel, dándome una palmadita en el hombro.

El hombre de la terraza no se ha ido. ¿Cuánto tiempo llevará ahí? ¿Estaba cuando llegamos?

Rocío se inclina hacia mí.

—Oye, Aine, el sábado por la noche vamos a salir por el casco antiguo. Hay un bar nuevo de copas que está genial. ¿Por qué no te vienes? Siempre dices que no cuando te invitamos.

—Es verdad —añade Carmen—. Llevas dos años aquí y nunca sales con nosotros. Todo trabajo y nada de diversión no es bueno, guapa.

El hombre se mueve. Solo un poco, gira la cabeza. El ángulo es perfecto para observar nuestra mesa sin ser descarado. Mi corazón se acelera. Necesito salir de aquí. Ahora.

—Gracias, Rocío, pero no creo que pueda. Ya veré —digo mientras mi mano busca el bolso.

—Venga ya, no seas sosa —insiste Rocío—. Te hace falta un poco de marcha. Un par de copas, bailar un poco, quizás conocer a algún tío bueno.

Me levanto de repente. Los tres me miran sorprendidos.

—Se me ha olvidado —digo, cogiendo mi bolso—. Tengo que volver, hay mucho papeleo que revisar en la oficina antes de mi próxima salida.

Carmen frunce el ceño, preocupada.

—Pero, mujer, si aún no has terminado de comer.

—Hablamos luego.

Me doy la vuelta y camino hacia la salida con paso rápido. El camarero me dice algo cuando paso junto a él, pero no me detengo. Empujo la puerta y salgo al calor de la tarde.

El paseo marítimo está abarrotado. Turistas con cámaras, adolescentes en bikini dirigiéndose a la playa, vendedores ambulantes ofreciendo gafas de sol. El camino directo a la oficina sería seguir por el muelle, pero eso me dejaría expuesta.

Giro a la izquierda, hacia una callejuela que conozco bien. Es más larga, da un rodeo por la parte trasera de los edificios, pero tiene múltiples salidas y donde puedo comprobar si me siguen.

Camino manteniendo un ritmo constante. Ni muy rápido ni muy lento. Paso junto a una cabina telefónica, un escaparate y me detengo aquí para usar el reflejo y mirar atrás con discreción. Una mujer con un carrito de bebé. Un repartidor cargando cajas. Nadie sospechoso.

Giro en la siguiente esquina, luego otra vez a la derecha. El callejón es estrecho. Me detengo, presiono la espalda contra la pared y espero. Cuento hasta treinta. Nadie aparece por la esquina.

Sigo caminando, salgo del callejón y me encuentro en la calle donde está la oficina. Costa del Sol Properties ocupa la planta baja de un edificio de apartamentos. Abro la puerta con mi llave. El aire acondicionado mantiene la oficina a una temperatura agradable.

Voy a mi escritorio, el del rincón, el que elegí porque me da visión de la puerta y la ventana. Me siento, enciendo el ordenador y

abro una hoja de Excel.

Pero entonces, ¿quién era el hombre de la terraza?

Nadie. Un turista. Un hombre de negocios almorzando con su esposa. Mi paranoia jugándome malas pasadas.

Han pasado cinco años. Cinco años siendo Aine O'Farrell. Cinco años sin mirar atrás.

¿Cómo empezó todo? Me vienen los recuerdos… Estoy de rodillas en el sótano de casa de Irlanda, rodeada de cajas y baúles. Huele a humedad y ropa guardada.

Entre mis manos, un jersey que solía ponerme cuando era pequeña. Tiene un agujero en el codo derecho. Tenía doce años y me caí de la bicicleta intentando impresionar a Tommy Fitzgerald. Mamá se enfadó conmigo por estropear el jersey nuevo.

Lo doblo con cuidado acariciando la lana. Arriba oigo las voces de mis padres. Papá ha organizado otra de sus cenas.

Me pongo de pie. Tengo que subir a cambiarme para la cena. Papá insiste en que esté presente. «Los lazos familiares son importantes, Bridget», decía siempre. «Algún día entenderás por qué».

Dejo el jersey doblado sobre una caja y voy hacia las escaleras.

La explosión llega sin aviso. Es un estruendo que parece partir el mundo en dos. La onda expansiva me levanta del suelo y me lanza hacia atrás. Mi cabeza impacta contra la pared de piedra.

Todo se vuelve negro. No sé por cuánto tiempo.

De repente, un rugido constante de cosas rompiéndose, cayendo, derrumbándose. Madera que cruje y se parte. Cristal haciéndose añicos.

Abro los ojos pero no veo nada. Oscuridad total. El aire está tan lleno de polvo que cada respiración es como tragar cemento. Toso, y el pecho ardiendo.

Cuando me llevo la mano a la sien, se mancha de algo caliente y pegajoso. Sangre.

—¡Ayuda! —Mi voz sale fuerte a pesar de todo—. ¡Que alguien me ayude!

Silencio.

—¡Papá! —grito con más fuerza—. ¡Mamá!

Nada. Una luz débil se filtra desde algún lugar por encima de mí. Suficiente para ver el desastre. El sótano ya no existe. Es una tumba de escombros, vigas rotas, trozos de pared, muebles destrozados. Qué horror.

Entonces oigo las sirenas. Primero lejanas, luego cada vez más cerca. Voces, gritos, órdenes.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí abajo!

La luz de una linterna me ciega.

—¡Tenemos una superviviente! —grita un hombre—. ¡Necesito ayuda!

Empiezan a apartar los escombros. Poco a poco puedo ver bomberos con cascos y chaquetas reflectantes.

—No te muevas —dice uno de ellos—. Vamos a sacarte de aquí.

Trabajan rápido pero retirando con cuidado vigas y trozos de hormigón. Cuando me liberan, dos de ellos me levantan.

—Despacio —dice uno—, tiene una herida en la cabeza.

Me sacan fuera y es como entrar en una nueva pesadilla.

Mi casa ya no existe. Donde antes estaba, ahora solo hay una montaña de ruinas humeantes. El jardín que mi madre cuidaba está cubierto de cristales rotos y cachos de pared. El roble del que me columpiaba de niña está partido por la mitad, con sus ramas aplastadas bajo los escombros.

Luces rojas y azules, coches de policía y camiones de bomberos. En la ambulancia, un sanitario empieza a examinarme mientras su compañero conduce. Pone una venda en mi cabeza, y comprueba mis pupilas con una linterna.

—¿Cómo te llamas?

—Bridget O'Sullivan.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—¿Recuerdas qué pasó?

Trago saliva.

—Una explosión.

—Has tenido mucha suerte —dice mientras me inyecta algo en el brazo—. Estar en el sótano te salvó la vida.

—¿Mi familia? —pregunto, aunque algo frío en mi estómago ya conoce la respuesta—. ¿Mis padres están bien?

El sanitario evita mi mirada. En el hospital, una enfermera joven me está limpiando los cortes de la cara.

—Son heridas superficiales —dice con acento de Cork—. Necesitarás algunos puntos en la sien, pero nada grave. Has tenido muchísima suerte, querida.

Un viejo amigo de la familia, Eamon Duggan entra, su uniforme de policía manchado de polvo. Su cara está tensa, pero al menos es una cara conocida.

—Necesito hablar con ella a solas —le dice a la enfermera.

La enfermera duda, pero algo en la expresión de Eamon la convence. Él se acerca y me coge de las manos. Están frías.

—Eamon —digo—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están mis padres?

Él me mira fijamente.

—Brid, escúchame con atención. Ha habido una explosión.

—Ya lo sé, estaba allí —digo con impaciencia—. ¿Pero están bien? ¿Están en otra habitación? ¿En otro hospital?

Eamon niega con la cabeza.

—Lo siento mucho, han muerto.

—No —digo—. No, eso no puede ser. Estaba la cena preparada y...

No puedo respirar. La habitación gira y Eamon me sujeta antes de que me caiga de la camilla. Las lágrimas salen de golpe. Eamon me abraza mientras sollozo sobre su uniforme.

—Esto no ha sido un accidente —dice—. Ha sido una bomba. Un asesinato. Iban a por tus padres.

—¿Quién?

—Aún no lo sabemos con certeza —dice Eamon—. Pero si descubren que has sobrevivido, vendrán a por ti. No pararán hasta terminar el trabajo.

—Que vengan —digo con una rabia repentina que no sé de dónde sale—. Que vengan y...

—No, Brid. Escúchame —Eamon mira hacia la puerta y después a mí—. Salvo los médicos, nadie sabe que estás aquí. Tus heridas son menores, no has necesitado cirugía.

—¿Qué estás diciendo?

—Voy a encargarme de falsificar los informes. Para el mundo, el nombre de Bridget O'Sullivan va a morir esta noche en ese sótano junto a sus padres.

Lo miro sin comprender. Como si no fuera suficiente con perder a mis padres, ahora también ¿voy a morir yo?

—Eamon, no puedes hacer eso.

—Te estoy dando una oportunidad para vivir —me interrumpe—. Una oportunidad de escapar de quien haya hecho esto.

Dos días después, estoy sentada en el sofá del amplio piso de Eamon en Rathmines. Sin duda, el sueldo extra que le ha dado mi padre le ha venido bien para comprarse una buena casa.

Llevo ropa que no es mía. Vaqueros y un jersey que Eamon compró en una tienda de segunda mano. La puerta se abre y él entra. En las manos lleva un sobre grande.

—¿Has dormido algo? —pregunta.

—No.

—Deberías intentarlo.

—Cada vez que cierro los ojos veo la explosión.

Se sienta frente a mí, dejando el sobre en la mesita del centro.

—¿Qué es?

Lo abre y saca varios documentos. Un pasaporte irlandés, un certificado de nacimiento, un carnet de conducir. En las fotos aparezco yo, pero el nombre es otro. Aine O'Farrell.

—Aine —digo—. Suena extraño.

—Nacida en Galway, no en Dublín —dice Eamon, señalando los documentos—. Apréndete cada detalle. Tu nueva fecha de nacimiento. Tu vida puede depender de ello.

—¿Y qué se supone que hago ahora? ¿Me escondo aquí para siempre?

—No, claro que no —Saca un billete de avión—. Hay un vuelo mañana por la noche desde el aeropuerto de Shannon. Destino: Marsella.

—¿Francia? —digo incrédula—. No hablo francés, Eamon. No conozco a nadie allí.

—Por eso es perfecto. Nadie te buscará allí. Es un buen lugar para desaparecer.

—No sé hablar el idioma.

—Lo aprenderás —dice—. Eres inteligente, Brid. Perdón, Aine. Te adaptarás. Encontrarás trabajo, construirás una vida nueva y segura.

—¿Y cómo vas a justificar que no haya cuerpo?

—Hay un cuerpo, una mujer sin identificar que murió esta mañana. Misma edad, misma complexión que la tuya. Con las quemaduras y los daños, nadie cuestionará la identificación.

—Esto es una locura, Eamon.

—No —Se inclina hacia delante, sus ojos clavados en los míos—. Locura sería quedarte aquí y esperar a que vengan a por ti. Quien hizo esto, quien mató a tu familia, no se detendrá hasta asegurarse de que no queda ningún O'Sullivan vivo. Esta es tu única oportunidad.

—¿Por qué haces esto por mí? Es demasiado…

Eamon suspira.

—Tu padre me salvó la vida una vez. Hace muchos años, antes de que nacieras. Esta es mi forma de pagar esa deuda —Se levanta —. Pero hay una condición para darte los documentos. Una condición absoluta.

—¿Cuál?

—No contactes con nadie de tu antigua vida. Nunca. Ni amigos, ni familia lejana, ni conocidos. Nadie. Para todos ellos, estás muerta. ¿Entendido?

Pienso en mis amigas. En Tommy Fitzgerald, con quien crecí. En la prima Catherine en Galway. En toda la gente que forma parte de mi vida. En Brendan. Dios mío, Brendan. ¿Qué pensará cuando se entere? ¿Llorará por mí? ¿Me buscará?

—Hay una persona…

—¿Quién? —pregunta con enorme curiosidad.

—Mi novio.

—También tendrás que olvidarte de él. Es lo mejor para ti.

—No, no es tan fácil. Tiene que saber que estoy viva.

—¿Cómo se llama?

—Brendan Gallagher.

—Ese nombre me suena… ¿Tienes una foto de él en el correo electrónico? —pregunta y saca su móvil para ofrecérmelo.

Pongo la dirección web del correo en el explorador, después mi usuario y contraseña. Busco en adjuntos, y se cargan las fotos de casi toda una vida… Después tendré tiempo de revisarlas. Localizo una imagen suya en su piso mirando a la cámara y sonriendo.

—Es él —le digo mostrando la foto.

Eamon cierra los ojos.

—¿Qué pasa?

—Trabaja para Mac Meanman, es uno de sus chicos para los recados, aunque con un gran futuro en la organización.

—¿Quién es Mac Meanman?

—El hombre que mandó matar a tus padres. Me lo ha dicho uno de los detectives del caso, aunque no tienen pruebas, pero es seguro. Son viejos rivales.

—Pero entonces… —digo a punto de desmayarme—. Brendan me engañó, solo quería tenerme controlada.

—Es posible. Esa gente no tiene escrúpulos. Es mejor que no lo vuelvas a ver. Mucho mejor si él cree también que estás muerta, de lo contrario se lo dirá a su jefe.

—Pero Brendan y yo nos queremos.

—Te engañó, Brid.

A punto de derrumbarme, me tapo la cara con las manos. Eamon me rodea por un hombro y me besa en la cabeza.

—No te preocupes. Lo superarás.

De vuelta al presente, mi móvil vibra. Un SMS de Carmen: «¿Estás bien? Nos has preocupado».

Tecleo la respuesta: «Sí, perdona. Día complicado. Hablamos luego».

Dejo el móvil y vuelvo a mirar la pantalla del ordenador. Los números siguen sin tener sentido. Fuera, el sol continúa brillando sobre Puerto Banús, sobre los yates y los coches de lujo, sobre los turistas y los millonarios.

La oficina está en silencio excepto por el zumbido del aire acondicionado. Me quedo sentada con las manos sobre el teclado, respirando de forma controlada.

Esperando, siempre esperando con tensión a que algo pase.

13

BRENDAN

Mi Audi A8 negro recorre las calles del puerto de Dublín. Las farolas iluminan los charcos sobre el pavimento. La ciudad duerme, pero yo no. Nunca duermo bien desde hace cinco años.

Detengo el coche frente al almacén. Apago el motor. El silencio es profundo, solo roto por el graznido de una gaviota y el tintineo de la lluvia contra el techo.

Mis zapatos italianos chapotean mientras camino hacia la entrada. La puerta corredera se abre con un chirrido metálico. Colm y Paddy me están esperando.

—Por fin… —dice Colm. Hay alivio en su manera de hablar.

—Jefe, no quiere hablar —dice Paddy, limpiándose con un trapo los nudillos de sangre.

El almacén huele a óxido y ese olor particular a miedo humano: sudor ácido mezclado con orina. Un hombre está atado a una silla en el centro. Una bombilla cuelga sobre él, creando un círculo de luz. Tiene la cara hinchada y morada, con el ojo izquierdo cerrado por la inflamación. Hay sangre seca en las comisuras de sus labios.

Camino a su alrededor. El hombre intenta seguirme con su ojo bueno, pero el esfuerzo le agota y desiste.

—¿Cuánto tiempo lleváis con esto? —pregunto.

—Casi media hora, jefe —responde Colm—. Le hemos preguntado por el soplo a los O'Malley. Dice que no sabe nada.

—Dice que trabaja solo en los muelles —añade Paddy—. Que no conoce a nadie.

El soplón es un tipo de unos cuarenta, con las manos callosas de estibador. Probablemente tiene familia. Hijos esperándolo en casa, aunque ya no me importan esas cosas.

Me quito la chaqueta del traje. Paddy se apresura a cogerla, sosteniéndola con cuidado. Es un Armani de tres mil euros. Me remango las mangas de la camisa blanca, doblando cada vuelta con precisión. El soplón me observa. Veo el momento en que comprende que la situación va a empeorar.

—Vamos a terminar con esto —digo—. Tengo otros asuntos que atender esta noche. ¿Quién te pagó para informar a los O'Malley sobre el cargamento del martes?

El hombre levanta la cabeza con esfuerzo. Un asqueroso hilo de saliva sanguinolenta cuelga de su barbilla.

—No sé de qué hablas.

Suspiro. Siempre dicen eso al principio.

—El cargamento de armas que interceptaron en Howth —continúo—. Alguien les avisó. Ese alguien fuiste tú. Solo necesito saber quién te lo ordenó.

—Vete al infierno —escupe. La saliva con sangre cae a un centímetro de mis zapatos nuevos.

Cojo su antebrazo izquierdo con las dos manos. Una en la muñeca, otra en el codo. Lo doblo sobre el reposabrazos de la silla en un ángulo que el cuerpo humano no está diseñado para soportar.

El crujido es seco. El radio y el cúbito, fracturados al mismo tiempo.

El soplón suelta un alarido. Colm y Paddy retroceden. Incluso después de años en este negocio, el sonido de un hueso rompiéndose todavía los perturba. A mí ya no.

El soplón jadea, y las lágrimas corren por su cara hinchada. Su brazo cuelga en un ángulo grotesco. Me inclino cerca de su oído. Apesta a sudor.

—Lo preguntaré una última vez. La próxima será el otro brazo. Después las piernas. Tengo toda la noche si es necesario.

—¡Espera! ¡Espera! —grita entre sollozos—. ¡Fue Doyle!

Me enderezo.

—¿Qué Doyle?

—¡Connor Doyle! —Las palabras salen atropelladas entre jadeos —. Me pagó mil euros. Dijo que solo era información sobre horarios. ¡No sabía que había armas! ¡Lo juro por mis hijos!

Miro a Colm.

—¿Connor Doyle?

—Tiene sentido, jefe —asiente Colm—. Es primo de uno de los O'Malley. Trabaja en el turno de noche del muelle.

Saco un pañuelo del bolsillo y me limpio las manos, aunque no se han ensuciado. Es un gesto más psicológico que práctico. Me pongo la chaqueta que Paddy todavía sostiene.

El soplón gime en la silla, acunando su brazo roto contra el pecho.

—Por favor —susurra—. Tengo familia, dos niñas pequeñas.

Mientras me abrocho los botones de la chaqueta, hago un gesto casual con la cabeza hacia él. No necesito mirarlo. No necesito decir las palabras. Colm y Paddy entienden.

—Encontrad a Doyle y dadle lo suyo —digo caminando hacia la puerta.

—Sí, jefe —dicen los muchachos.

El hombre en la silla empieza a rogar cuando comprende lo que le espera. Sus súplicas se vuelven más desesperadas cuando Paddy saca la pistola.

—¡No! ¡Por favor! ¡Puedo trabajar con vosotros! ¡Puedo ser útil!

Cierro la puerta del almacén con un estruendo metálico que sella el destino del soplón.

La lluvia ha parado. El aire huele limpio, a mar, a libertad. Subo al Audi. Presiono el botón de encendido y el motor ronronea. El sistema manos libres suena. La pantalla del salpicadero se ilumina: «MAC». Toco el botón de respuesta.

—¿Tenemos un nombre? —La voz de Mac llena el interior.

—Connor Doyle.

—¿El primo de Terry O'Malley?

—El mismo.

Hay una pausa. Puedo imaginar a Mac en su oficina, mirando las luces de Dublín desde su ventana, calculando las consecuencias.

—Ocúpate —dice—. Pero hazlo en plan discreto. No quiero una guerra con los O'Malley todavía.

—Entendido.

—Y Brendan, buen trabajo.

La llamada termina. Pongo el coche en marcha y acelero, dejando atrás el puerto. Las luces de la ciudad se reflejan en el capó mientras me adentro en el corazón de Dublín. Mi Dublín ahora. El reino que Mac construyó y que yo ayudo a mantener con violencia y miedo.

Cinco años desde el Castillo Fitzpatrick. Cinco años desde que me convertí en esto. El ejecutor de Mac Meanman. El hombre más temido de su organización.

Cinco años desde que Brid murió y me llevó el alma con ella.

El semáforo en rojo me detiene en O'Connell Street. Una pareja joven cruza la calle, riendo, cogidos de la mano. La chica tiene el pelo oscuro. Por un segundo, mi corazón se detiene. ¿Es Brid? Pero cuando pasa bajo la luz de la farola, veo que es solo otra desconocida.

Siempre son solo desconocidas.

El semáforo cambia a verde. Acelero hacia la oscuridad, hacia más sangre, hacia el vacío que lleno con violencia porque es lo único que me queda. Connor Doyle no verá el amanecer. Y yo seguiré sin dormir, como todas las noches desde hace cinco años.

14

BRENDAN

Mac vierte el whisky en dos copas. Su oficina en el último piso del edificio Docklands domina todo Dublín. El sol se pone y la ciudad se extiende bajo nosotros.

Mac empuja uno de los vasos hacia mí.

—Siéntate, Brendan. Relájate un poco.

Me siento frente a su escritorio. Él se recuesta en su sillón y gira para mirar por el ventanal. Las grúas del puerto se recortan contra el cielo rojizo.

—¿Sabes qué me convenció de que eras especial, Brendan? —me pregunta con un aire nostálgico.

No respondo. Mac no espera que lo haga.

—No fue que me robaras cuando no te conocía —continúa y toma un sorbo de whisky—. Muchos idiotas lo han intentado. Fue que cuando te atrapé, no intentaste mentir. Miraste a la muerte a los ojos y dijiste «fui solo yo».

Recuerdo esa noche. Diecinueve años, hambriento, desesperado. Tratando de robar un cargamento que resultó ser de Mac Meanman. Debería estar muerto. En cambio, estoy aquí, bebiendo con él whisky de mil euros la botella.

Mac se levanta y camina hacia el ventanal con el vaso en la mano.

—Llevo en este negocio treinta años, Brendan. He visto hombres brillantes caer por estupideces. ¿Sabes cuál es siempre su debilidad?

—Las mujeres —respondo.

Mac asiente.

—Las mujeres, los hijos, los secretos... Puntos débiles que los enemigos explotan. Pero tú —se vuelve hacia mí—. Tú eres diferente. Otros tienen esposas, amantes, secretos que los debilitan. Tú solo me tienes a mí y a esta organización. Nunca me has ocultado nada. Eso te hace perfecto.

Bebo un trago que me quema en la garganta.

—La lealtad, Brendan —Mac regresa a su escritorio y abre un cajón—. Es lo único que importa en esta vida. Es para siempre.

Saca una carpeta y la desliza sobre la mesa hacia mí. La abro. Hay escrituras, contratos y registros portuarios. Todo el muelle norte. Cinco almacenes, dos grúas, derechos de atraque. Una operación de un millón de euros al año.

—Es poético, ¿no? —Mac se sienta de nuevo—. El mismo muelle donde un mocoso de 19 años trató de robarme un cargamento. Ahora todo el puerto es tuyo. Tú lo diriges.

Paso las páginas y veo mi nombre en todos los documentos. Brendan Gallagher. Una tapadera legal para mover lo que necesitemos mover sin ser detectados por la policía.

—Nadie ha subido tan rápido, Brendan. Te lo has ganado.

Cierro la carpeta. Asiento una vez. No hay necesidad de palabras. Mac sabe que haré el trabajo, así que alza su vaso.

—Por el único hombre en Dublín en quien confío completamente. Por Brendan Gallagher. Por el hijo que la vida me dio en lugar de uno de sangre.

Levanto mi vaso. Nuestros ojos se encuentran. Estoy a punto de brindar cuando tres golpes rápidos suenan en la puerta. Mac frunce el ceño. Claro, odia las interrupciones.

—¿Qué coño pasa? —ladra.

La puerta se abre. Entra Declan, uno de nuestros soldados de nivel medio. Fue enviado a España la semana pasada para proteger una ruta de importación.

—Jefe, disculpe la interrupción —dice con humildad.

—Más te vale que sea importante, Declan.

—Acabo de volver de España, de Marbella.

Mac hace un gesto impaciente con la mano para que continúe.

—Es que vi a alguien. A lo mejor no es importante, pero me acordé de los O'Sullivan.

El ambiente en la habitación se carga. Mac se inclina hacia adelante. Yo permanezco con el vaso todavía en mi mano.

—Los O'Sullivan están muertos —dice Mac con seriedad—. Todos ellos.

—Lo sé, jefe, lo sé, pero… —Declan saca una fotografía y la pone sobre la mesa como si quemara—. Estaba en un restaurante en el paseo marítimo, y la vi. Sé que no puede ser, pero la he comparado con las fotos antiguas. Creo que es la hija de O'Sullivan.

Me quedo mirando a Declan como si estuviera borracho.

—No digas estupideces —le digo—. Está muerta.

Para mi sorpresa, la expresión de Mac es de total concentración en la imagen. Es una foto tomada a distancia, un poco borrosa. Una mujer sentada en la terraza del restaurante, de perfil. Pelo castaño oscuro cayendo sobre sus hombros. Un vestido blanco de verano.

—El pelo es diferente —dice Mac—. Si no recuerdo mal, la O'Sullivan era pelirroja.

—Por eso no estaba seguro, jefe. Estuve observándola durante una hora. Hay algo en ella que...

Mac levanta una mano para callarlo, y me lanza una mirada de las suyas.

—¿Tú qué piensas, Brendan?

Cojo la foto con las dos manos para estudiarla a conciencia. El pelo es castaño oscuro, más largo. Pero esos ojos… y la estructura de su cara. Joder, se parece mucho. Ya no sé qué pensar. No, es imposible que Brid esté viva.

—Se le parece —digo finalmente.

—No puedo creer que sobreviviera a la explosión —dice Mac—. Declan, ¿estaba sola?

—No, jefe. Con un grupo de gente.

—Vete, déjanos solos.

Declan se marcha. Cuando se cierra, Mac se levanta y camina de un lado a otro, algo nervioso.

—El pelo se puede teñir —dice, más para sí mismo que para mí —. ¿Y si es verdad? ¿Y si es ella?

—Entonces, ¿quién hay enterrada en su tumba?

—Buena pregunta, pero no podemos profanarla para averiguarlo. Hay límites que hay que respetar.

Su mirada es dura. Este es Mac Meanman el estratega, el hombre que sobrevivió tres décadas en los bajos fondos de Dublín.

—Si Bridget O'Sullivan está viva, alguien la ayudó —digo—. Alguien falsificó su muerte, y la ayudó a escapar.

Mac se acerca y me pone una mano en el hombro.

—Coge el primer vuelo a Marbella.

—¿Y si es ella?

—Descubre quién la ayudó a desaparecer. Quiero nombres. Quiero saber dónde ha estado, con quién ha hablado, qué sabe. Todo, Brendan.

—¿Y después?

Mac me mira a los ojos.

—Confío en ti —dice—. Siempre has hecho lo correcto para la organización.

Asiento, y voy hacia la puerta.

—Brendan.

Me detengo, y miro hacia atrás.

—Esto queda entre nosotros. Ni una palabra a nadie más hasta que sepamos la verdad.

—Entendido.

Salgo de la oficina. El pasillo está vacío, silencioso excepto por el zumbido del aire acondicionado. Camino hacia el ascensor.

Las puertas se abren. Presiono el botón del garaje. Las puertas se cierran, empiezo a descender y me llevo las manos a la cabeza.

La mujer por la que estoy en duelo durante cinco años. La mujer que amé más que a mi propia vida. Y Mac me ha ordenado encontrarla.

El ascensor llega al garaje. Las puertas se abren. La máscara vuelve a su lugar. Camino hacia mi Audi, saco el móvil y hago una

llamada.

—¿Aeropuerto de Dublín? Necesito el próximo vuelo a Málaga. Sí, primera clase. Mi nombre es Brendan Gallagher.

Mientras salgo del garaje hacia las calles de Dublín, una sola pregunta martillea en mi mente: Si Brid está viva, ¿por qué nunca me buscó? La misión ha comenzado, y no sé si podré cumplirla.

15

BRID

El ático está en la última planta de Torre Marina, uno de los edificios más exclusivos de Puerto Banús. Ascensor privado, acceso con tarjeta y vigilancia 24 horas.

Los Dubois llevan diez minutos en la terraza. Él, con polo Ralph Lauren y pantalones de lino beige. Ella con vestido de seda azul marino. Los dos rondan los cincuenta años, y supongo que están bronceados por navegar en yate por el Mediterráneo.

Me mantengo de pie con los brazos cruzados, mientras inspeccionan cada centímetro del piso.

La Sra. Dubois pasa un dedo por la barandilla de cristal. Su expresión se tuerce en una mueca de disgusto.

—El sol da directamente aquí por la tarde —dice, girándose hacia mí—. Los muebles se estropearían, y esta barandilla parece frágil.

—Es cristal de seguridad de doble laminado —digo acercándome —. Podría aguantar el impacto de un objeto pesado. Los toldos son automáticos, con sensor de luz para cuando pega el sol. La casa está diseñada para el clima de aquí.

El Sr. Dubois se acerca a la ventana que da a la terraza.

—¿Sensor de luz? —pregunta con escepticismo.

—Se despliegan cuando la intensidad del sol supera los niveles programados. También pueden controlarse desde el mando de la habitación.

La Sra. Dubois suspira y mira hacia el puerto.

—La vista es bonita, lo admito —dice—. Pero no sé si compensa los inconvenientes.

—¿Qué inconvenientes exactamente? —pregunto.

—Bueno, para empezar, el ruido de los turistas.

Estos buscan problemas donde no los hay.

—Estamos a cinco pisos de altura —Fuerzo mi sonrisa—. El triple acristalamiento garantiza aislamiento total.

—Volvamos dentro —sugiere el Sr. Dubois.

Los sigo al interior. El salón tiene techos altos, ventanales, suelos de mármol. La cocina tiene una isla de un precioso granito negro.

El Sr. Dubois se dirige a una de las paredes y golpea con los nudillos el revestimiento.

—¿Es ladrillo o un chapado?

—Ladrillo —digo con un punto de frustración.

Abre un armario superior, lo cierra. Abre otro, después examina el interior del horno y después enciende la placa de inducción. ¿Va a estar así todo el día?

—La cocina es demasiado abierta —declara—. Cuando el servicio cocine, los olores llenarán todo el salón. No es práctico.

—El sistema de extracción es de los mejores del mercado. Le aseguro que es más que suficiente.

—¿Extracción? —La Sra. Dubois arruga la nariz—. Suena ruidoso.

—Es silencioso. Tecnología alemana.

—¿Y la presión del agua? —pregunta él.

—Sistema de presión constante en todo el edificio.

—¿Qué pasa si se va la luz?

—Generador de emergencia para las zonas comunes y servicios esenciales.

La Sra. Dubois se pasea por el salón, y termina frente a uno de los ventanales.

—¿Cuántas habitaciones dijiste que tenía? —pregunta el Sr. Dubois.

—Tres suites, cada una con baño privado. El dormitorio principal tiene vestidor y acceso directo a la terraza.

—Deberíamos verlas —dice ella.

Les guío por el pasillo. La primera suite es amplia, con vistas al mar. Monsieur Dubois examina los armarios empotrados, mientras su mujer inspecciona el baño.

—El baño es pequeño —comenta ella desde dentro.

—Es el baño de invitados —explico—. El principal tiene jacuzzi y ducha de hidromasaje separada.

Regresamos al salón. Los Dubois se apartan, cuchicheando en francés. Entiendo suficiente para saber que discuten si hacer otra oferta baja o seguir buscando. Se giran hacia mí.

—No está mal, Aine —dice la señora—. Es el mejor de los cinco que hemos visto, pero aún no estamos convencidos.

El Sr. Dubois asiente.

—¿No tendría algo más? Quizás una villa independiente. Nos dijiste que no había nada en nuestro rango de precio, pero quizás hoy ha entrado algo nuevo.

Llevo dos días enseñándoles propiedades a tiempo completo. El ático en primera línea, el dúplex en la Milla de Oro, el apartamento reformado en Gray d'Albion, la casa adosada en Sierra Blanca, y ahora esto.

—No —digo—. Se acabó.

—¿Perdón? ¿Cómo que se acabó?

—Somos sus clientes —dice ella, ofendida—. Su trabajo es enseñarnos propiedades.

—Mi trabajo es encontrarles una propiedad que se ajuste a los criterios que ustedes me dieron. Hemos visitado cinco. Todas cumplen sus requisitos: ubicación, metros cuadrados, vistas al mar y tres dormitorios. Esta tiene la terraza más grande de todo el edificio. No hay más propiedades que enseñarles porque ya les he enseñado las mejores.

—Pero nosotros…

—Ustedes —los interrumpo— están perdiendo el tiempo. El suyo y el mío. Han visto propiedades maravillosas y han encontrado defectos en todas.

El Sr. Dubois se pone rojo.

—Esto es intolerable. Somos clientes serios.

—¿Serios? —Saco mi cartera del bolso, extraigo una tarjeta de visita y la coloco sobre la isla de la cocina—. Los clientes serios no hacen perder dos días a un agente para luego pedir más propiedades. Si deciden que alguna de las cinco propiedades les interesa, tienen mi número. Si no, les deseo mucha suerte con otra agencia.

Ella me mira con la boca entreabierta.

—Esto es inaceptable —dice, guardándose la tarjeta en el bolsillo —. Hablaremos con su jefe.

—Por supuesto —digo con calma—. Se llama Miguel, estará encantado de atenderles.

Se dirigen hacia la puerta. Puedo oír a Madame Dubois murmurando algo en francés. Algo sobre «española maleducada» y «servicio pésimo».

—*Au revoir* —les digo.

Cierro la puerta. Me apoyo contra la puerta un segundo, cierro los ojos. Solo se oye el zumbido del aire acondicionado. Camino de vuelta a la terraza. Me quito los tacones, dejándolos junto a la puerta corredera.

Respiro hondo. Después saco el móvil del bolso. Busco el número de Miguel en la agenda y presiono el botón de llamar. Me llevo el teléfono a la oreja mientras me masajeo las sienes con la otra mano.

—¡Aine! ¿Qué tal con los franceses? ¿Tenemos venta?

—Se acaban de marchar.

—¿Y?

—No, no ha habido suerte.

—Vaya, qué pena. Bueno, a veces pasa. ¿Cuándo los vuelves a ver?

—No los vuelvo a ver. De hecho, les he dicho que no pienso enseñarles nada más.

—¿Cómo?

—Que se acabó, Miguel. Cinco propiedades en dos días. Todas perfectas para sus criterios. Y seguían pidiendo más. Les he dado mi tarjeta y les he dicho que si quieren algo, que llamen. Si no, que busquen otra agencia.

Le oigo suspirar.

—Aine, Aine, entiendo tu frustración, de verdad. Los franceses pueden ser difíciles, pero sabes que necesitamos cerrar ventas. Llevas ¿cuánto? ¿Cuatro meses sin cerrar nada importante?

—Sí —respondo con resignación.

—No te estoy presionando, ¿eh? Solo digo que bueno, todos pasamos rachas, pero hay que aguantar a los clientes pesados. Es parte del trabajo.

—Lo sé, Miguel, pero estos no iban a comprar. Lo supe desde el primer día. Solo querían mirar, comparar, sentirse importantes haciéndome correr de un lado a otro.

—Puede ser, puede ser. Mira, no te preocupes. Si llaman a la oficina quejándose, yo me encargo.

—Si llaman, diles la verdad. Que su agente se hartó de perder el tiempo.

Miguel se ríe.

—Eres única, Aine, por eso me caes bien. Aunque a veces me compliques la vida —Le noto sonreír—. Bueno, ¿vienes a la oficina? Tengo unos ingleses que buscan algo en Nueva Andalucía. Parecen decididos.

—Estoy ahí en diez minutos.

—Vale, nos vemos.

Cuelgo el teléfono y lo guardo en el bolso.

Me quedo en la terraza. Abajo, en el puerto, la gente pasea y los turistas toman fotos de todo.

Después de unos minutos, vuelvo adentro. Es hora de volver a la oficina, a seguir interpretando el papel de Aine O'Farrell, agente inmobiliaria en Puerto Banús.

Cinco años ya, pero ¿cuántos más?

16

BRENDAN

El Mercedes Clase S se detiene frente al Gran Meliá Don Pepe. El conductor permanece al volante mientras bajo del vehículo. El calor de Marbella me dice «hola, ¿qué tal?». Treinta y dos grados a la sombra. Joder, en Dublín llovía cuando despegó mi avión esta mañana.

Me quito las gafas de sol y miro al cielo. Azul, sin una puñetera nube. Un botones se acerca.

—Buenas tardes, señor. ¿Puedo ayudarle con su equipaje?

Cojo mi maleta del maletero antes de que pueda tocarla.

—No es necesario, gracias.

El vestíbulo del hotel es todo cristal y piedra blanca. Echo un vistazo: dos salidas principales, una de emergencia junto a los ascensores, cámaras en las esquinas, personal de seguridad cerca de la entrada.

Voy al mostrador de recepción. La guapa recepcionista lleva una plaquita con su nombre: Lucía. Morena, unos veinticinco años, sonrisa amable.

—Lucía —digo—. Buenas tardes, tengo una reserva. Brendan Gallagher.

La chica consulta su ordenador mientras sonríe.

—Sr. Gallagher, bienvenido al Gran Meliá Don Pepe. Un momento, por favor —Más tecleo—. Tenemos preparada su suite ejecutiva.

Habitación 505.

—Bien.

—¿Es su primera vez en Marbella?

—Sí.

—Genial. Si necesita cualquier recomendación sobre restaurantes o actividades, no dude en consultarnos. Aquí tiene su tarjeta. Los ascensores están a su derecha —dice señalando con la mano.

Cojo la tarjeta y voy donde me indica. Me meto en el ascensor y subo. Consulto la hora de mi reloj de muñeca. Voy bien de tiempo. El día aún puede dar más de sí.

La habitación es amplia, decoración minimalista y una terraza con vistas cojonudas al Mediterráneo. Dejo la maleta, luego la abriré cuando regrese.

El minibar está junto al escritorio. Botellines de Jameson, Johnnie Walker, Grey Goose. Siento un cosquilleo en el estómago. Cojo el Jameson, desenrosco el tapón y me lo bebo de un trago. Qué dulce bienvenida.

Saco la fotografía de Brid del bolsillo interior de mi chaqueta. Me viene un recuerdo de la última vez que follamos. Su piel desnuda junto a la mía, el sudor envolviendo nuestros cuerpos, sus uñas clavándose en mi espalda.

Guardo la foto. No hay tiempo para esto, ni quiero comerme la cabeza. Si está viva, la encontraré. Si está muerta, alguien pagará por hacerme creer lo contrario.

Salgo de la suite y bajo. Lucía sigue en recepción, atendiendo a una pareja de alemanes. Espero mi turno, observando el ir y venir de huéspedes. Ejecutivos, familias adineradas, una escort del brazo de un hombre que podría ser su abuelo. El mundo es igual en todas partes.

Los alemanes se alejan, así que me acerco al mostrador.

—Sr. Gallagher —dice Lucía—. ¿Todo bien con la suite?

—Muy bien —Saco la fotografía y se la muestro—. Lucía, necesito tu ayuda. ¿Te suena este sitio?

Se inclina sobre la imagen, estudiándola.

—El restaurante en sí no lo reconozco —dice—. Podría ser cualquiera, hay cientos en la costa. Pero por la arquitectura del

edificio, el ambiente, diría que esto puede ser en Puerto Banús.

—¿Puerto Banús? No he oído ese nombre en mi vida.

—Sí, es el puerto deportivo de lujo. Está a unos diez minutos en coche de aquí —Se echa el pelo hacia atrás, coqueta—. Es famoso por sus yates de millonarios, las tiendas de grandes marcas, Versace, Dolce & Gabbana, Louis Vuitton. Y los restaurantes, claro.

—Entiendo. Pídeme un taxi para ir ahora mismo.

—Por supuesto, Sr. Gallagher —Levanta el teléfono fijo—. ¿Paco? Sí, un taxi a la entrada principal. Cliente para Puerto Banús. Gracias. —Cuelga—. Estará en la puerta en cinco minutos.

—Gracias, Lucía.

—De nada. Ah, Sr. Gallagher, un consejo. Puerto Banús puede ser abrumador la primera vez. Mucha gente, mucho ruido. Los restaurantes del paseo marítimo son los más visibles, pero hay buenos restaurantes en las calles traseras. Si me dice qué tipo de comida busca…

—No busco comida.

Mi respuesta la corta en seco.

—Por supuesto, que tenga una buena tarde.

Salgo a esperar el taxi. El calor sigue siendo brutal. Un taxi se detiene frente a mí. El conductor baja la ventanilla.

—¿A Puerto Banús?

Asiento y subo al asiento trasero. El aire acondicionado está al máximo, y eso me gusta. Se está fresquito. El taxista me mira por el retrovisor.

—¿Primera vez en Marbella?

—Sí.

—¿Vacaciones?

—Negocios.

—Ah, negocios en Puerto Banús —Se ríe—. Debe ser usted importante o rico, o las dos cosas.

Miro por la ventanilla las palmeras que bordean la autovía, las villas escalonadas en las colinas, y las grúas de las construcciones por todas partes.

—¿Sabe? —continúa el taxista—. Llevo quince años conduciendo este taxi. He visto de todo en Puerto Banús. Jeques árabes

comprando Ferraris, futbolistas despilfarrando en una noche lo que yo gano en un año, rusas de veinte años con bolsos que cuestan más que mi casa.

—¿Y la gente normal? —pregunto.

—¿Normal? —Se ríe otra vez—. En Puerto Banús nadie es normal, amigo. Hasta los camareros se creen especiales por servir champán de tres mil euros la botella. Es un teatro, ¿sabe? Todos actuando. La pregunta es: ¿quién finge mejor?

Si Brid está viva, lleva cinco años fingiendo estar muerta. Eso requiere talento para esconderse.

—¿Cómo es vivir aquí? —pregunto.

El taxista se encoge de hombros.

—Depende. Si tienes dinero, es el paraíso. Sol todo el año, playa, fiesta, mujeres guapas. Si eres un currante como yo, al menos no llueve. ¿De dónde es usted?

—Irlanda.

—¡Ah, irlandés! Hay muchos irlandeses aquí. Jubilados, la mayoría. Algunos con negocios también. Bares irlandeses sobre todo. Hubo problemas hace años con algunos, pero eso fue antes. Ahora todo es más tranquilo, de momento.

El taxi gira en una rotonda. Veo Porsches, Lamborghinis, Bentleys.

—¿Dónde quiere que lo deje? —pregunta—. Puedo acercarme más, pero habrá que dar una vuelta para encontrar sitio.

—Aquí mismo está bien.

Pago y bajo del taxi. Me pongo las gafas de sol. Camino un poco y enseguida el puerto se extiende ante mí: yates blancos, terrazas abarrotadas, música saliendo de cada local.

Un montón de personas paseando. Si Brid está aquí, en algún lugar entre esta multitud, la encontraré.

17

BRENDAN

JODER, la Marea está hasta los topes. Ejecutivos comiendo marisco de ochenta euros el plato, mujeres y hombres de mediana edad, niños gritando y corriendo.

Me he sentado en una mesa dentro, junto a la ventana, pero con visión de la entrada principal y la puerta de la cocina. Nunca te sientes de espaldas a una entrada. Primera lección que aprendes en la mafia.

El rodaballo estaba bueno, no voy a mentir. Ciento veinte euros por un pescado es una pasta aunque al menos no estaba congelado. El camarero, un tío de unos treinta años que se llama Javier, se acerca. Moreno y delgado como un fideo.

—¿Todo a su gusto, señor?

Asiento mientras recoge el plato.

—No sé cómo aguantáis trabajando con este calor.

La sonrisa de Javier es genuina. Los camareros siempre agradecen cuando los tratas como personas en vez de como muebles que te traen comida.

—Es la costumbre, señor. Aunque hoy aprieta más de la cuenta —Se seca con rapidez el sudor de la frente con un pañuelo—. ¿Es su primera vez por aquí?

—Vengo de Dublín. El cambio es brutal.

—Ya me imagino —Se ríe por lo bajo—. Allí ahora lluvia y frío, ¿no? Mi prima vive en Temple Bar, siempre me manda fotos quejándose del tiempo.

—Temple Bar —Esbozo una media sonrisa—. Los fines de semana, es un barrio complicado.

—Eso dice ella también. Borrachos por todas partes —Recoge los cubiertos, los coloca en el plato—. Bueno, ¿le apetece algo de postre para refrescar? La tarta de queso está espectacular hoy. Es casera, no como en otros sitios.

—Muy bien, confío en ti. Tráeme la tarta de queso y un café solo, por favor, Javier.

—Marchando.

Se aleja hacia la cocina. Miro por la ventana. Una pareja pasa cogidos de la mano. Ella, con un bolso de Chanel. Él, con un polo de Ralph Lauren.

De repente, me entra un recuerdo.

Años atrás… Caía una fina lluvia en el cementerio. Llevaba un ramo de lirios blancos, mientras me acercaba a la lápida familiar de los O'Sullivan.

«Fergus O'Sullivan. Esposo y Padre Devoto».

«Margaret O'Sullivan. Esposa y Madre Amada».

«Bridget O'Sullivan. Hija Querida, que los Ángeles te Guíen».

Dejé los lirios junto a la lápida de Brid. Me quedé de pie, con la lluvia cayendo sobre mi abrigo. Hacía años que no rezaba.

Me enderecé, preparándome para irme. El cementerio estaba desierto, solo estábamos los muertos y yo. Algo me llamó la atención y levanté la vista.

Y la vi.

A unos treinta metros, junto a una fila de cruces celtas. Una figura femenina, quieta bajo la lluvia. El pelo rojizo brillaba en medio de la niebla. La forma en que inclinaba la cabeza, ese gesto tan familiar.

Era Brid. Joder, era ella.

Recuerdo que mi cuerpo se tensó.

No, imposible. Para ya de pensar estupideces, gilipollas. Está muerta. Yo mismo vi el informe de la autopsia. Su nombre está en

esa puta piedra. Está muerta.

Pero la mujer seguía ahí, observándome a través de la llovizna.

Es la lluvia, es un truco. Son las horas sin dormir. Estoy jodido de la cabeza. Necesitaba una explicación o iba a perder el control ahí mismo, en medio del cementerio.

No es real. Concéntrate. Es una puta sombra. Nada más.

Parpadeé. Al abrir los ojos, la mujer había desaparecido. Solo quedaba la cruz de piedra.

Me quedé quieto un instante más. Después, sin volver a mirar la tumba, me levanté y me fui.

—Aquí le traigo la tarta de queso y el café —dice Javier.

Su voz me devuelve al presente. Javier pone el café y la tarta frente a mí. Cremosa, con mermelada de frutos rojos y su fondo de galleta.

—¿Necesita algo más?

—Estoy bien, gracias.

Se retira a atender otra mesa. La tarta está buena, hay que reconocerlo.

Estás perdiendo el tiempo, Brendan, ella no está aquí. Murió, por mucho que cueste aceptarlo.

Termino la tarta en cuatro cucherazos. Hago una señal a Javier, que se acerca enseguida. El tío es eficiente.

—La cuenta, cuando puedas.

Vuelve después con la cuenta en una carpetita de cuero. Saco dos billetes de cien del fajo que llevo en el bolsillo interior. Javier está a punto de coger el dinero cuando lo detengo con un gesto.

—Antes de irme, una pregunta rápida, si no es molestia.

—Claro, dígame —Su tono es servicial, aunque noto cierta curiosidad.

Saco la foto de Brid del bolsillo. La desdoblo con cuidado.

—Soy periodista —digo mintiendo con descaro—. Estoy trabajando en un artículo sobre irlandeses que se han establecido en la Costa del Sol. Busco a esta mujer para una entrevista. Me han dicho que se mueve por esta zona. ¿Te suena de algo?

Le tiendo la foto. Javier la coge con las dos manos, inclinándose para verla mejor bajo la luz del techo.

—Su cara no me dice nada, la verdad. Aunque siendo sincero —Hace un gesto abarcando el restaurante lleno—, por aquí pasa demasiada gente. Especialmente en temporada alta. Rusos, ingleses, irlandeses, alemanes... Es difícil recordar las caras.

—¿Tienes muchos clientes irlandeses habituales?

—Algunos —Se rasca la barbilla—. Hay un par de familias que vienen todos los veranos, y algunos jubilados que viven aquí todo el año. Pero esta mujer —Vuelve a mirar la foto antes de devolvérmela —. No, de verdad que no la reconozco. Lo siento mucho. ¿Es importante para su artículo?

—Bastante —Guardo la foto—. Es una de las historias principales. Una empresaria de éxito que dejó Dublín para empezar de nuevo aquí.

—Ah, de esas hay muchas —Javier sonríe—. Puerto Banús es un imán para la gente que quiere reinventarse. Si la veo, le puedo avisar.

—Te lo agradecería —Le tiendo los doscientos euros—. Quédate el cambio.

Sus ojos se abren por la propina que le espera.

—Señor, esto es demasiado.

—Es justo —Me levanto, ajustándome la camisa, y le entrego una tarjeta con mi número de móvil—. El servicio ha sido excelente, y si averiguas algo sobre ella, llámame. Habrá otra propina similar.

Javier asiente, guardándose el dinero con rapidez.

—Lo tendré en cuenta, señor. Gracias, de verdad, muchas gracias.

Salgo del restaurante. Me pongo las gafas de sol y echo un vistazo al paseo marítimo. Boutiques de lujo: Versace, Gucci, Louis Vuitton, Hermès

Si Brid está viva, si está aquí, tiene que comprar en algún sitio. Tiene que comer en algún sitio. Tiene que vivir en algún sitio. Alguien tiene que haberla visto.

Empiezo a caminar hacia la primera boutique, Versace. El escaparate muestra vestidos que cuestan más que un coche. La dependienta, rubia teñida de aspecto amable, me mira,

evaluándome. Sé que le gusto. Traje caro, reloj caro, actitud de quien puede permitirse estar aquí. Paso el examen.

—Buenas tardes, señor —La dependienta se acerca hasta tenerla frente a frente—. ¿En qué puedo ayudarle?

Saco la foto de Brid otra vez. La historia del periodista.

—¿La conoce?

Va a ser un día muy largo.

18

BRID

HAGO clic en el nombre de los Dubois en la base de datos de mi ordenador. El cursor parpadea sobre el menú desplegable de estado. Selecciono «Seguimiento finalizado - sin interés». Pulso la tecla *Enter*.

Mi columna de «Ventas cerradas» sigue mostrando el mismo cero de hace meses. Veo el reflejo de mi cara cansada superpuesta sobre la hoja de Excel.

—Toma, Aine —dice Carmen—. Cafeína para resucitar después de la batalla.

Aparece a mi lado con dos tazas. Deja una sobre mi mesa, al lado del teclado.

—Gracias, Carmen —Intento dibujar una sonrisa.

—No te tomes a pecho lo de los franceses, ¿eh? —Se apoya contra el borde del escritorio—. Hay gente que tiene el dinero por castigo. Mi marido siempre dice que son los que más problemas dan para gastarlo.

—¿Tu marido?

—Tiene un taller de coches de lujo en San Pedro —Carmen bebe de su taza—. El mes pasado vino un tío con un Ferrari nuevo. Se quejó durante tres horas porque el rojo no era exactamente el mismo que en las fotos del catálogo. Tres horas, Aine. Por un matiz de rojo que solo él veía.

—Tu marido debió de acabar harto.

—Por eso cuando llego a casa nos tomamos una copa de vino y nos reímos de todo —Pone una mano en mi hombro—. Oye, en serio, ¿estás bien?

—Claro, solo estoy cansada.

—El otro día te fuiste del almuerzo de repente. Te levantaste, dijiste que tenías mucho papeleo pendiente y no volviste. Hoy se te nota tensa. Llevas una temporada en tu mundo.

Dejo la taza sobre la mesa. No sé muy bien qué decir.

—Si es por la mala racha con las ventas, ni te preocupes —continúa Carmen—. Todas pasamos por eso. Yo estuve seis meses sin vender ni un garaje cuando empecé. Seis meses, Aine. Miguel casi me echa, pero aguanté. Mírame ahora, llevo aquí ocho años.

—No es eso, de verdad —Mantengo el contacto visual—. Solo cosas mías, rachas tontas. Gracias por preocuparte, Carmen.

Me mira un momento. Sabe que miento, pero es demasiado educada para insistir.

—Para quitar las tonterías de la cabeza, nada como una buena comisión —Se incorpora—. Miguel me ha dicho que te pase el contacto de unos belgas, los Vandenberghe. Dice que parecen gente maja, no como los otros.

—¿Belgas?

—Buscan algo en la zona de Guadalmina —Saca su móvil—. Te mando los datos ahora mismo por correo. A ver si hay suerte y nos invitas por fin a esas copas que nos debes.

—¿Copas que os debo?

—¡Llevas dos años aquí y sigues siendo un misterio! —Me guiña un ojo—. Nunca vienes a las cenas de empresa, siempre tienes algo cuando organizamos planes. Un día de estos te secuestramos y te llevamos de marcha por Marbella, quieras o no.

—Ya veremos —digo con una media sonrisa.

—Es lo que siempre dices —Vuelve hacia su mesa meneando la cabeza—. «Ya veremos», «otro día», «tengo planes». Eres peor que mi hija adolescente, que ya es decir.

Mi móvil personal vibra. Lo tengo boca abajo, siempre.

Echo un vistazo rápido alrededor. Carmen está de espaldas, concentrada en la pantalla. Miguel está en su despacho con la puerta cerrada.

Le doy la vuelta al móvil. En la pantalla pone: Rosa, 1 SMS nuevo. Mi pulso se acelera. Desbloqueo la pantalla y lo leo.

¿Estás en un lugar seguro?

Miro de nuevo a mi alrededor. Nadie me presta atención. Tecleo rápido, manteniendo el móvil cerca del ordenador.

Sí. En el trabajo. ¿Ha pasado algo?

No, tranquila. Solo quería saber de ti. Ha pasado mucho tiempo.

Estoy bien. Ocupada. ¿Y tú? ¿La familia?

Bien, gracias a Dios. Los nietos no paran. Ya pienso en jubilarme pronto. Dejar este mundo atrás. Me alegro de que estés bien ahí. De que hayas conseguido tener una vida o casi.

Una vida. Si supiera lo vacía que es esta vida.

Gracias a ti.

Es verdad. Sin él, estaría muerta.

Hice lo que debía a tu familia. Un consejo de alguien que lo ha visto todo en la profesión: No confíes en nadie.

Mi estómago se encoge.

¿Qué quieres decir? ¿Por qué ahora?

Es solo un presentimiento. Ten cuidado. Sigue como hasta ahora. Perfil bajo. Cuídate mucho.

Me estás asustando.

Espero un minuto, dos, nada. Sin más SMS.

—¿Los datos de los belgas?

Casi salto de la silla. Carmen está de pie junto a mi escritorio otra vez.

—¿Qué?

—Que si has recibido los datos de los Vandenberghe. Te los acabo de mandar.

—Ah, sí. Perdona —digo dejando el móvil—. Estaba mirando otra cosa.

—¿Todo bien? Te has puesto pálida.

—Sí, sí.

Carmen sonríe y se aleja de nuevo. Cojo el móvil, pero no hay mensajes nuevos. Busco en el ordenador los datos de los Vandenberghe. Matrimonio, buscan villa con piscina, presupuesto de un millón. No está mal.

«No confíes en nadie».

De vuelta al presente, Carmen me está mirando desde su escritorio con preocupación.

—¿Aine? ¿Estás bien? Te has quedado como en trance.

—Sí, perdona —Me aclaro la garganta—. Solo estaba pensando en los belgas.

—Pues ponte con ellos pronto —dice con una sonrisa—. Miguel tiene fe en ti, y yo también.

Miro el móvil. Eamon no me ha vuelto a escribir.

19

BRENDAN

Las puertas automáticas de Gómez & Molina se cierran a mi espalda. Otra joyería más, otro callejón sin salida. Son cerca de las siete de la tarde y el calor sigue siendo insoportable.

Me detengo en la acera, saco las gafas de sol del bolsillo de la camisa y me las pongo. Noto el cansancio en la planta de los pies. Todo el puto día recorriendo tiendas, enseñando la foto, repitiendo la misma historia del periodista y nada. Ni una pista, ni un reconocimiento, ni siquiera una duda en los dependientes.

Saco mi libreta de notas y tacho de la lista el nombre de la joyería. Ya está. Todas las tiendas de lujo de Puerto Banús, visitadas. Todas las dependientas preguntadas.

El móvil vibra en el bolsillo. Lo cojo y la pantalla se ilumina con un nombre que me pone tenso: Mac.

Me alejo del bullicio, esquivando a un grupo de turistas rusos que se hacen fotos con sus bolsas de Hermès. Encuentro un rincón tranquilo junto a una columna antes de apretar el botón para contestar.

—¿Novedades? —Mac suena impaciente. Oigo ruido de fondo, voces, el tintineo de vasos. Debe estar en el pub—. Llevas casi una semana. Espero que no estés de vacaciones tomando sangría en la playa.

—He recorrido Puerto Banús, las tiendas, restaurantes, joyerías… —Miro hacia los lujosos yates amarrados en el puerto—. Nadie la reconoce.

—Tiene que estar en alguna parte, Brendan. —Hay una pausa, oigo cómo bebe algo—. Quiero resultados. Cinco años es mucho tiempo para esconderse, sí, pero también para relajarse y cometer errores. ¿Necesitas más gente? Puedo mandar a Paddy y Colm en el primer vuelo de mañana.

—No —replico—. Esto es un trabajo delicado. Demasiada gente llamaría la atención. Si está aquí, la encontraré solo.

—Más te vale. No me decepciones, Brendan —Otra pausa—. Sabes que me gusta la eficiencia.

La llamada termina. Necesito pensar. Camino por las calles traseras de Puerto Banús, dejando atrás las boutiques y los restaurantes con estrellas Michelin.

Encuentro lo que busco en una calle lejos del puerto: un bar con un ventilador de techo. No recuerdo ver algo así en Dublín. Me siento en la barra y mi culo agradece sentir un taburete.

—Una cerveza bien fría —le digo al camarero, un hombre mayor con un delantal.

—Marchando —dice sin apartar la vista del televisor.

La cerveza llega en una jarra escarchada. El primer trago es gloria bajando por la garganta. Cierro los ojos un momento, dejando que el frío me restablezca el alma.

Hay una pareja joven a un par de metros. Por el acento parecen de Estados Unidos.

—¿Te acuerdas de cuando casi nos pillan? —pregunta ella, inclinándose sobre la mesa.

—Cómo olvidarlo —dice él cogiéndole la mano—. Tu padre habría llamado a la policía si nos hubiera descubierto.

Se besan. Ella le susurra algo al oído, y él se ríe echando la cabeza hacia atrás. Vaya par de tortolitos. Me entra un recuerdo con Brid. No quiero, pero no puedo evitarlo.

Día de lluvia. La pequeña cafetería en Rathmines. Es uno de esos sitios que solo los locales conocemos, con sofás desgastados y el

olor permanente a café recién hecho. Brid está sentada frente a mí, sus manos alrededor de una taza de té.

Mira la calle a través de la ventana. Recuerdo su pelo rojo cayendo sobre los hombros.

—¿Sabes? A veces sueño con escaparme. Ir a los Acantilados de Moher y ver la puesta de sol. Tiene que ser muy bonito.

La miro. Hay algo en su expresión, una especie de luz que me vuelve loco.

—Te llevaré la semana que viene.

—¿Qué? Si se entera mi padre, me mata.

—En el trabajo me pediré unos días libres —Le acaricio la mejilla —. Tú le dirás a tu padre que vas a un retiro de estudio con Aoife y Niamh. Un fin de semana largo. Nadie tiene por qué enterarse.

—¡Podríamos conducir por la costa oeste! —De repente, está superilusionada—. Parar en pueblos pequeños, alojarnos en esos Bed & Breakfast con nombres cursis. The Happy Sheep, Granny's Rest.

—Seríamos una pareja más de visita.

—Brendan, ¿lo dices en serio? ¿Vamos a ir?

Con cuidado, le aparto un mechón de pelo de la cara.

—Muy en serio —susurro.

Se lanza hacia mí y sus labios besan los míos. Sus manos se enredan en mi pelo, las mías la atraen más cerca. Cuando nos separamos, tiene las mejillas rojas y los ojos brillantes.

—Prométemelo —dice—. Prométeme que me llevarás.

—Te lo prometo —digo y lo digo en serio. Haría cualquier cosa por ella.

La risa de la pareja americana me devuelve al presente. El bar vuelve a materializarse a mi alrededor. La cerveza en mi mano está tibia. ¿Cuánto tiempo he estado perdido en el recuerdo?

Pero hay algo más. Algo en ese recuerdo... Cierro los ojos, tratando de atrapar el detalle que flota en mi memoria.

Ella no tomaba café ni té. Pidió algo diferente.

—Un helado —murmuro—, pidió un helado.

Puedo verla, riéndose mientras el camarero la miraba extrañado por pedir helado con ese tiempo. No era un helado normal.

—¡Helado de soja! —digo en voz alta, abriendo los ojos y dando un puñetazo en la barra.

Mi corazón se acelera. Un sabor muy raro. «Es difícil de encontrar, pero me chifla», había dicho ella. «Solo lo tienen en sitios especializados».

Joder.

Es un sabor que probablemente no habría podido dejar, si estuviera viva, claro. Necesita encontrar ese helado.

Saco un billete de diez euros y lo dejo sobre la barra. ¿Será suficiente? El camarero ni siquiera despega la vista del partido. Me levanto tan rápido que el taburete casi se cae.

Salgo a la noche de Marbella. El aire sigue siendo cálido, pero ahora no tan molesto.

Si estás ahí fuera, Brid, te voy a encontrar. Y cuando lo haga, no sé qué haré. No sé si te mataré o te besaré.

20

BRID

Empujo el carrito por el pasillo del supermercado. Tomates, dos. Lechuga, una bolsa pequeña. Pimientos, uno verde y uno rojo. Una mujer mayor pasa a mi lado con su carrito rebosante de comida, supongo que preparándose para alimentar a una familia. No la miro, pero la registro con el rabillo del ojo. Siempre estoy atenta.

Un niño, de unos cuatro o cinco años, viene corriendo por el pasillo. Lleva un cochecito de juguete, haciéndolo volar.

—¡Bruuum, bruuum! —dice imitando el sonido del motor.

Justo cuando pasa a mi lado, tropieza. El cochecito sale despedido y aterriza cerca de mi carrito. El niño cae de rodillas, más sorprendido que dolorido.

Me agacho y recojo el juguete. Es un Ferrari rojo gastado por el uso. El niño me mira con ojos grandes y castaños.

—Toma —digo, extendiéndole el coche con una sonrisa—. Es un coche muy bonito.

—¡Daniel! —Una mujer aparece con un carrito donde una niña más pequeña está sentada chupándose el dedo—. ¿Qué te he dicho de correr por el supermercado?

Me mira con expresión de madre agotada.

—Ay, perdona. Este no para quieto. Daniel, dale las gracias a la mujer.

—Gracias —murmura el niño. Coge su coche y se esconde detrás de las piernas de su madre.

—No te preocupes —respondo—. No es ninguna molestia. Los niños tienen que jugar.

La madre suspira y mira a la pequeña en el carrito.

—Pues espera a que esta empiece a andar. Entonces sí que con los dos no voy a tener un momento de paz —Se ríe, sacudiendo la cabeza—. ¿Tú tienes hijos?

—Me encantaría pero no.

—Eres muy joven todavía —dice la mujer con buena intención—. Ya llegará el momento. Vamos, Daniel, tenemos que terminar la compra.

—¡Quiero galletas! —exclama el niño.

—Ya veremos, si te portas bien —responde la madre, y me guiña un ojo según se alejan.

La madre empuja el carrito mientras el niño camina haciendo volar su coche de nuevo. La niña pequeña balbucea algo desde su asiento, agitando las manos. Sí, son una familia.

Continúo con la compra. Café, el de siempre. Aceite de oliva. Una botella de vino tinto, Rioja, para las noches en que el silencio del piso se vuelve demasiado aburrido.

Me encantaría tener una casa con jardín, no muy diferente a la que tenía en Foxrock. Mis hijos corriendo por el césped. Tres, a lo mejor cuatro.

Sacudo la cabeza para salir de la fantasía y voy a pagar. La cajera, una chica joven con piercings y pelo azul, pasa mis productos con aburrimiento. Pago en efectivo y salgo a la calle.

Entro en el portal y subo las escaleras hasta el segundo piso. Antes de abrir, saco el móvil y abro la aplicación de seguridad. La cámara que instalé en el vestíbulo no muestra actividad reciente. Nadie ha intentado entrar. Bien.

Dejo la bolsa en la cocina y guardo la compra. Los tomates en el cajón de las verduras. La leche en la puerta del frigorífico. El vino en la encimera, para que esté a temperatura ambiente.

Termino de guardarlo todo y voy al baño. Necesito ducharme, me vendrá de maravilla relajarme un poco. En el espejo, veo un mechón

de pelo castaño con la raíz roja. Toca un nuevo tinte. Ha pasado casi un mes desde la última vez. Qué remedio.

Suspiro y abro el armario bajo el lavabo. Saco la caja de tinte, y empiezo con el ritual. Mezclo el revelador con el colorante en el aplicador. Me pongo los guantes de plástico y empiezo a aplicar el tinte, sección por sección, asegurándome las raíces.

Brendan me acariciaba el pelo, me encantaba. Lo echo de menos. No, borra ese recuerdo, Brid. Él te traicionó.

Cuando termino, me envuelvo la cabeza con film transparente y me pongo una toalla sobre los hombros. Programo el temporizador del móvil: treinta minutos.

Para matar el tiempo, voy al dormitorio y cojo el cesto de la ropa limpia. Lo vuelco sobre la cama y empiezo a doblar. Camisetas, pantalones, bragas…

Toco jersey de cachemira que lavé a mano. Lo compré el invierno pasado en una tienda del Puerto Banús. Es increíblemente suave, como una caricia. Cinco años sin que me toquen más allá de un apretón de manos o un roce accidental. Cinco años sin ser deseada, sin ser amada. Demasiado tiempo.

Recuerdo las manos de Brendan en mis caderas, firmes, seguras, marcando el ritmo. Su aliento en mi cuello, caliente, sensual. La forma en que susurraba mi nombre, el verdadero, Brid, como si fuera un conjuro.

Aquella vez en su coche, aparcados en un callejón. La pasión con la que me besó, como si el mundo fuera a acabarse. Cómo sus manos sabían dónde acariciar, cómo hacerme perder el control. Fue la primera vez que alguien me hizo sentir así, salvaje y libre.

Después descubrí la mentira. Que mientras me susurraba palabras de amor, estaba involucrado en planear el asesinato de la muerte de mis padres. Incluso sabiendo esto tan terrible, no puedo negar la verdad: fue el único hombre que me hizo sentir viva.

¿Volveré a sentir algo parecido? ¿Alguien volverá a mirarme como él me miraba? ¿Alguien volverá a follar igual que él?

Suena el pitido del móvil. Han pasado los treinta minutos. Dejo el jersey doblado sobre la cama. En el baño, apago el temporizador y me quito el film transparente. En el espejo, mi pelo brilla con el tinte

húmedo, muy castaño, borrando el rastro de la chica pelirroja que fui.

21

BRENDAN

Entro a El Palacio del Helado. El aire acondicionado es un alivio después del infierno de la calle. El sitio es blanco y azul turquesa, con fotos de la costa italiana en las paredes. Una pareja mayor paga sus tarrinas, mientras un niño pega la nariz contra la vitrina, donde se exponen los sabores de siempre.

La dependienta, una chica joven con el pelo recogido en una cola de caballo, me sonríe desde detrás del mostrador.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—¿Tienen helado de soja?

La chica parpadea, confundida.

—¿De soja? No, lo siento. Tenemos opciones sin lactosa si es por intolerancia…

—No es por eso —la interrumpo—. Busco ese sabor específico. Helado de soja.

—Pues no, nunca lo hemos tenido. ¿Ha ido a las otras heladerías?

—Sí, nadie tiene ese sabor.

—Ah, ya ha hecho la ruta completa —dice con una sonrisa comprensiva—. Si quiere algo especial, quizás debería probar en otras heladerías. Hay una en el centro comercial La Cañada. O en los supermercados especializados en comida vegana. Hay uno nuevo en Nueva Andalucía.

—Gracias por la información.

—¿No quiere probar otro sabor? El de chocolate belga está buenísimo —dice, sonriendo con coquetería.

—Otro día.

Salgo otra vez al calor. Los españoles son listos, se esconden durante estas horas. Solo los turistas idiotas andamos bajo este sol del demonio.

Camino sin rumbo fijo, pensando. Si no puedo encontrarla por el helado, necesito otro enfoque. Estruja tu cabeza, Brandon.

Paso junto a una agencia de viajes, una tienda de maletas y una tienda de joyas. Enseguida veo: Marbella Dream Homes, una inmobiliaria con el escaparate lleno de fotos de chalets y apartamentos de lujo.

Si Brid está aquí, escondiéndose durante cinco años, necesitará un trabajo bajo un nombre falso. Si no, ante cualquier situación con la policía, verían que está oficialmente muerta y eso llamaría la atención.

Empujo la puerta. Un timbre anuncia mi entrada. El interior es elegante: suelos pulidos, sillones de cuero, una mesa de cristal con revistas. Un hombre de unos cuarenta años, trajeado a pesar del calor, se levanta de su escritorio.

—Buenas tardes, bienvenido a Marbella Dream Homes. Soy Carlos. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, Carlos —estrecho su mano—. Yo soy James Murphy. Estoy buscando propiedades en la zona. Algo discreto, con privacidad.

Los ojos de Carlos se iluminan.

—Por supuesto, Sr. Murphy. Tenemos excelentes propiedades que se ajustan a ese perfil. ¿Tiene alguna zona en mente?

—No conozco la zona. Acabo de llegar.

Carlos saca una carpeta y empieza a mostrarme fotos mientras habla de metros cuadrados y vistas al mar. Finjo interés hasta que decido hacer mi jugada.

—Por cierto —digo sin darle importancia—, un amigo me recomendó esta agencia. Dijo que había tratado con una agente

irlandesa. Me sentiría más cómodo tratando con alguien de casa, ya sabe. ¿Tienen alguna empleada irlandesa?

Carlos niega con la cabeza.

—No, lo siento. Aquí somos todos españoles, pero hablamos inglés.

—No se preocupe, solo era por preguntar.

Miro algunas propiedades más por guardar las apariencias, y me marcho con su tarjeta en el bolsillo. No volveré, claro.

La siguiente hora la paso entrando y saliendo de inmobiliarias. El patrón se repite: miro propiedades, hago la pregunta casual sobre empleadas irlandesas, recibo negativas, me marcho con otra tarjeta inútil de mierda.

El sol empieza a bajar cuando llego a Costa del Sol Properties. El escaparate muestra propiedades también lujosas. Villas y mansiones de dos o tres millones.

La oficina es más amplia que las otras, pero acogedora. Una chica que no está nada mal con blusa escotada se levanta de su mesa, y me invita a sentarme.

—Hola, soy Carmen. ¿Busca algo en particular?

Suelto mi rollo. Busco propiedad, privacidad, bla, bla, bla… Carmen asiente mientras toma notas.

—Tenemos varias opciones que podrían interesarle. ¿Cuándo le gustaría verlas?

—Pronto. Pero preferiría tratar con alguien de mi país, Irlanda. Un amigo mencionó que trabaja aquí una agente irlandesa.

Carmen levanta la vista de sus notas.

—Ah, sí. Debe referirse a Aine. Es de Irlanda, como usted por el acento, ¿no?

—¿Está disponible?

—Hoy no, lo siento. Tiene el día libre. Pero puedo concertarle una cita con ella mañana si quiere. Es muy profesional, conoce bien la zona.

—¿A qué hora?

Carmen consulta una agenda en el ordenador.

—¿Le viene bien a las once de la mañana?

—Me viene perfecto.

—¿Cómo se llama?

Tengo que darle un nombre falso, claro.

—Jack Neill.

Anota mi nombre y mi número de móvil.

—Perfecto, Sr. Neill. Aine le atenderá mañana aquí a las once, y desde aquí podrán iniciar la ronda de visitas.

Unos minutos después, salgo de la agencia calculando las horas que me quedan hasta mañana. Camino hasta mi coche de alquiler. ¿Y si es ella? ¿Y si no lo es? ¿Qué es peor?

Una vez en mi suite, me sirvo un whisky del minibar. Luego otro, pero el alcohol no ayuda a olvidar. Me tumbo en la cama, mirando el techo. Joder, estoy cansado.

No voy a dormir esta noche. La mente no para de dar vueltas. Cierro los ojos y Brid aparece. Joder, qué tortura no poder dejar de pensar en ella.

Aquí viene otro recuerdo. Es una noche de febrero, marzo, qué sé yo. Llueve en Dublín, como siempre. He quedado con Brid en el aparcamiento subterráneo de un centro comercial en Dundrum. Llego tarde. El trabajo se ha complicado. Un tipo no quería pagar sus deudas a Mac. Tuve que *persuadirlo*.

Cuando entra en mi coche, nos besamos, pero enseguida se da cuenta.

—Dios míos, Brendan, ¿qué le ha pasado a tu mano?

Los nudillos están en carne viva, ensangrentados.

—No es nada, amor.

—¿Cómo que no es nada? —Se acerca, coge mi mano con cuidado y hago una mueca de dolor—. ¿Qué ha pasado?

—Trabajo.

—¿Qué clase de trabajo de seguridad es este? —Hay una sombra de sospecha en su pregunta—. ¿Para qué empresa trabajas?

—Brid, no podemos hablar de esto ahora. Ya lo sabes.

—¿Por qué no? —Me suelta la mano con cuidado—. Llevas semanas así. Llegas con moratones, con cortes.

—Gajes del oficio.

—No soy idiota, Brendan —Se cruza de brazos—. Los accidentes no dejan marcas de nudillos en tu cara.

—Brid…

—¿Trabajas para la mafia o qué? —Lo suelta de golpe, sus ojos clavados en los míos—. ¿Es eso? ¿Eres un matón a sueldo?

El silencio se alarga entre nosotros.

—No puedo hablar de mi trabajo —digo al final—. Es por tu seguridad.

—Mi seguridad —repite con amargura—. ¿Qué hay de la tuya? ¿Qué pasará cuando aparezcas con algo más que unos nudillos rotos?

—Eso no va a pasar.

—No puedes prometerme eso.

Tiene razón. No puedo, pero lo voy a hacer de todas formas.

—Te lo prometo.

Me mira largo rato. Luego suspira, resignada.

—Hay una farmacia a dos calles. Vamos.

—Estoy bien.

—No, no lo estás.

Salimos del aparcamiento, nos incorporamos al tráfico y enseguida llegamos a la farmacia. Brid se baja y vuelve en un abrir y cerrar de ojos. Lleva una bolsita en la mano. Se me encoge el corazón cuando se preocupa por mí. Nadie lo ha hecho antes.

—Dame la mano.

—Brid, no hace falta.

—Venga, no tengo toda la noche. Tengo que volver a casa en una hora.

Saca gasas, desinfectante, vendas y una pomada. Limpia la herida con cuidado. Sus manos son suaves. Qué contraste con mis nudillos malheridos.

La miro mientras me pone las vendas. Frunce el ceño, concentrada. Se mordisquea el labio inferior. Un mechón de pelo rojo se escapa de detrás de su oreja. Joder, es preciosa.

Estoy enamorado, y eso la pone en peligro.

—¿Por qué estás conmigo? —pregunto.

—Porque te amo, idiota —No levanta la vista—. Aunque trabajes en algo horrible, aunque me mientas y me rompas el corazón.

—Nunca te haría daño.

Ahora sí me mira.

—Ya me lo estás haciendo. Cada vez que apareces así. Cada vez que no puedes decirme la verdad.

Termina de vendarme la mano.

—Algún día —dice—, vas a tener que elegir entre ese trabajo y yo.

—Si tuviera que elegir, te elegiría a ti. Siempre.

Me inclino y la beso.

Abro los ojos en mi suite. El reloj marca las 3:47 de la madrugada. Me levanto, voy al baño, me echo agua fría en la cara. Joder, malditos recuerdos. ¿Por qué no desaparecen de la puta cabeza?

Vuelvo a la cama, pero no creo que vaya a dormir.

Son las diez de la mañana, y estoy en la terraza de una cafetería con vistas a entrada de Costa del Sol Properties. He pedido un café solo y un croissant que no tiene mala pinta. La camarera me ha mirado raro cuando he insistido en sentarme en esta mesa específica, pero al final no ha dicho nada.

Observo a cada persona que pasa. Una mujer mayor con un perro. Un repartidor en bicicleta. Un grupo de turistas consultando un mapa. Otros toman fotos con una cámara réflex.

Una mujer joven aparece entre la gente.

Pelo castaño, gafas de sol, guapa. Vestido azul marino, tacones, bolso de marca. Camina con determinación. Vaya, se dirige a la agencia. Me pongo tenso.

Echa la vista atrás. Un barrido rápido, casi imperceptible.

Es el comportamiento de alguien que vive en alerta constante. Alguien que ha aprendido a mirar siempre dos veces.

Mi corazón empieza a latir con fuerza.

La mujer se detiene frente a la puerta para buscar algo en su bolso. El ángulo es perfecto. A pesar de la distancia y las gafas de

sol, veo su cara. La forma de su nariz, de su barbilla, esa manera de inclinar la cabeza.

Dios del cielo, es ella.

22

Un par de días después…

BRENDAN

Qué bueno, desde el camarote principal, tengo una vista perfecta de la inmobiliaria. Ajusto el enfoque de los prismáticos. Son las cinco de la tarde y el sol pega como siempre.

Brid está sentada en su escritorio, tecleando en el ordenador. Lleva una blusa blanca. El pelo lo tiene recogido en una coleta, que le siente muy bien, por cierto.

Se acerca un hombre. Se inclina sobre ella, señalando algo en la pantalla. Se rozan. Él le pone una mano encima, sobre los hombros. Aprieto los prismáticos con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Hijo de puta, quita tus putas manos.

Brid gira la silla para apartarse. No oigo lo que dicen, pero tiene una sonrisa forzada. El hombre se endereza, pero mientras lo hace, su mirada baja hacia el escote de la blusa. No intenta disimularlo. La madre que lo parió.

Hablan durante unos minutos más. El hombre gesticula, señala el calendario sobre la mesa. Brid niega con la cabeza, pero él insiste. Al final, ella asiente resignada. El hombre sonríe satisfecho y vuelve a su despacho.

Brid niega con la cabeza. ¿Qué le habrá dicho?

—Cabrón —gruño.

Guardo los prismáticos en su estuche y los meto en la mochila junto con el portátil. La vigilancia ha terminado por hoy. Es hora del siguiente paso.

Salgo del yate y camino por el puerto en dirección al aparcamiento, mezclándome con los turistas. Mientras ella sigue trabajando, voy a hacer una visita a su piso.

Un rato más tarde, llego a la calle donde vive. Es un bloque de tres plantas, aunque está lejos de Puerto Banús. Los pasillos son exteriores, por lo que desde la calle puedo ver las puertas de todos los pisos.

Subo las escaleras hasta el segundo piso. Apartamento 2B. Me detengo en el pasillo y saco el portátil de la mochila. Lo apoyo en mi mano y abro una aplicación que compré en el mercado negro. Miro a izquierda y derecha, no hay nadie. Aun así, tengo que hacerlo rápido.

El escáner de redes Wi-Fi se activa. En la pantalla aparecen docenas de señales de los routers de los vecinos. Ahí está: «SecCam_01».

Ejecuto el programa de interferencia. Es un ataque DDoS localizado que sobrecarga el dispositivo con peticiones hasta que se desconecta. La barra de progreso avanza: 20%, 50%, 80%…

La luz de estado de la cámara cambia de verde a rojo. Bien, ya está *offline*.

Guardo el portátil y saco el juego de ganzúas. La cerradura es una Tesa estándar, nada del otro mundo. Miro otra vez a izquierda y derecha. Bien, nadie a la vista. Inserto la ganzúa, aplico presión y trabajo con el rastrillo.

Clic, primer eslabón. Clic, el segundo. Clic, el tercero.

Vuelvo a asegurarme de que nadie me ve. Abro la puerta y entro rápido, cerrando con suavidad. El piso es pequeño, casi como un estudio. Salón-cocina americana, un dormitorio, un baño. Lo típico.

Voy directo al escritorio en la esquina del salón. Hay un portátil, pero con contraseña. El primer cajón está cerrado con llave, pero es una cerradura de mueble barato. La abro con un clip en pocos segundos.

Dentro hay una carpeta con documentación. Pasaporte irlandés a nombre de Aine O'Farrell. La foto es reciente, el pelo ya castaño. Fecha de expedición, sellos de entrada a España, Francia. Ha estado moviéndose.

Saco el móvil y lo fotografío. También hay un carnet de conducir, tarjetas de crédito, una tarjeta sanitaria. Todo a nombre de Aine O'Farrell.

En el segundo cajón encuentro extractos bancarios. Cuenta con tres mil euros. Poco dinero, la verdad. Ingresos regulares de Costa del Sol Properties. Ningún movimiento sospechoso. Fotografío todo.

Voy al cuarto de baño. El botiquín está sobre el lavabo. Lo abro. Al fondo hay un frasco de ansiolíticos. Fotografío la etiqueta. Así que tiene ansiedad. Normal, viviendo con una identidad falsa, la pobre mirando siempre por encima del hombro.

La cama está hecha. En la mesilla hay un libro en inglés, «Crepúsculo» de Stephenie Meyer. Siempre le gustó leer.

Abro el armario y veo la ropa ordenada. Al fondo, detrás de dos filas de zapatos, hay algo que no encaja: una bolsa de deporte. La saco y la abro sobre la cama.

Dinero en metálico. ¿Cuánto? Parece que unos cinco mil euros. No tengo tiempo para contarlo todo. También hay un Nokia desechable, sin tarjeta SIM. Un juego de llaves. Y un mapa de la costa de Portugal. Parece un plan de huida. Lista para desaparecer en cualquier momento.

Fotografío todo. Después lo vuelvo a dejar exactamente como estaba. Estoy a punto de cerrar el armario cuando veo algo. La almohada. Está ahí, a medio metro de mí.

Es una estupidez, una debilidad, pero no puedo evitarlo.

La cojo, cierro los ojos y aspiro. Su aroma me cosquillea el estómago. Es la esencia de ella. El olor que quedaba en mis sábanas después de que folláramos como animales. El que me volvía loco cuando la abrazaba por detrás mientras dormía.

De repente, oigo el sonido de una llave en la cerradura. Mierda. Cagando leches, dejo la almohada en su sitio y me meto en el armario, cerrando la puerta casi del todo. Dejo una rendija para ver algo.

Oigo sus pasos en el salón. El sonido de las llaves al dejarlas supongo que en la mesa. Ahora, oigo un suspiro. Estará cansada.

Cuidado, entra en el dormitorio. Se deja caer en el borde de la cama y se quita los tacones con un gesto de alivio. Se masajea los pies descalzos.

—Maldito Miguel —murmura—, maldito trabajo.

Saca el móvil del bolso, pulsa varias teclas y se lo pone en la oreja.

—Hola, ¿servicio técnico? Llamo por la cámara de seguridad. El problema es que no funciona.

Pausa. Estará hablando con el técnico.

—Sí, ya he comprobado el router. Todo lo demás funciona bien. Solo es la cámara. No, no se ha caído. Está en su sitio, pero parece que no tiene conexión.

Otra pausa. Se pasa la mano por el pelo, deshaciendo el moño. El cabello cae sobre sus hombros. Joder, qué desesperación estar tan cerca y no poder tocarla, besarla, tenerla entre mis brazos.

—¿Podéis hacer un diagnóstico remoto? Ah, ¿tenéis que venir en persona? Vale, ¿cuándo podríais? ¿Mañana por la tarde? Vale.

Se levanta y camina hacia el armario. Si abre la puerta, se acabó todo. Se asustará y querrá huir, gritará, vendrá la policía… Pero se detiene y vuelve a sentarse en la cama. Uf, menos mal.

Cuelga y deja el móvil en la mesilla. Se frota la cara con las manos. Va al cuarto de baño. La puerta se cierra. Me llega el sonido del grifo. Ahora, es mi oportunidad.

Salgo del armario con sigilo. Cruzo el dormitorio en tres zancadas. Llego a la puerta y la abro despacio. El pestillo hace un clic casi inaudible al salir del marco.

Ya en el pasillo, me alejo rápido pero sin correr. Saco el portátil y abro la aplicación. Con un toque, cancelo la interferencia. La luz de estado cambia de rojo a verde. *Online*. Vuelve a funcionar. El técnico le cobrará la visita. Lo siento, cariño.

En el coche, me permito respirar hondo. Tengo adrenalina por todo el cuerpo. Hace tiempo que no sentía esta descarga, pero no es solo la adrenalina. He estado en su espacio, he respirado su aire.

23

BRID

Cierro la puerta de mi piso. ¿Qué hora es? Las once menos cinco de la noche. Voy bien para la reunión. El bolso, cruzado sobre el pecho con lo esencial: móvil, cartera, llaves…

En el portal, echo una ojeada afuera. La calle está tranquila, solo algún vecino paseando al perro.

Salgo y giro a la izquierda, luego a la derecha en la primera esquina. El taxi está con las luces de posición encendidas. Me acerco, abro la puerta de atrás y entro.

—Al parque de la Alameda —digo al taxista, un hombre mayor con bigote que me mira por el retrovisor.

—Muy bien —contesta poniendo el taxímetro en marcha.

El coche arranca. Marbella de noche por la ventanilla: luces de farolas, terrazas de bares animadas, grupos de turistas que alargan la noche. Saco el móvil del bolso. Encuentro el contacto «Rosa» y escribo un SMS. «Voy de camino»

Aprieto el botón de enviar.El taxista pone la radio, una emisora de éxitos de los ochenta. Suena «Better Be Good to Me» de Tina Turner, con su inconfundible voz.

Miro por la ventana de atrás, controlando que nadie nos siga. Un coche rojo se mantiene dos vehículos por detrás durante tres semáforos, pero luego gira hacia la autopista. Falsa alarma.

—¿La dejo aquí? —pregunta el taxista cuando nos acercamos al parque.

—No, en la parada de autobús de enfrente, por favor.

—A la orden.

El taxi da un giro y se detiene donde le digo. Después de abonar l carrera, salgo y cierro la puerta. Hay bastante gente paseando, jóvenes sentados en los bancos. Perfecto para pasar desapercibida.

Echo a andar, mezclándome con un ruidoso grupo de chicas que van en la misma dirección. Parece una despedida de soltera. El móvil vibra en mi bolsillo. SMS de Rose: «312».

Camino durante unos minutos. Paso junto a una heladería que está abierta, una tienda de souvenirs y un bar del que sale música en directo. Todo normal.

El hotel está en una calle céntrica, en medio del bullicio turístico. Es de tres estrellas. El tipo de sitio donde se alojan los viajantes y los turistas con presupuesto ajustado.

Entro por la puerta giratoria. El recepcionista, un chico joven con acné, está absorto en su ordenador. Ni me mira, así que voy directa a los ascensores como si fuera una huésped más. Pulso varias veces el botón y, por fin, las puertas se abren.

Ya dentro, consulto la hora. Al final se me ha hecho un poco tarde, pero eso es lo que hay. Salgo y camino por el pasillo enmoquetado. Busco la habitación con ansia. Qué ganas de verle.

Me detengo frente a la 312. Respiro hondo y golpeo con los nudillos. Vuelvo a mirar a izquierda y derecha. Oigo pasos acercándose y la puerta se abre.

Eamon Duggan, encorvado con su metro ochenta de altura. El pelo gris, las arrugas profundas alrededor de unos ojos cansados. Lleva una camisa de cuadros metida por dentro de unos pantalones de pana. Parece más viejo que la última vez que nos vimos, hace un par de años.

Me abraza, fuerte pero breve, como un padre abraza a una hija después de mucho tiempo. Me hace pasar y cierra la puerta no sin antes asomarse al pasillo.

—¿Tuviste problemas? —pregunta.

—Ninguno.

—Bien.

La habitación tiene dos camas individuales y una pequeña terraza que da al paseo marítimo de la ciudad, que se ve iluminado. Eamon va al minibar y saca dos botellas de agua. Me ofrece una.

—Gracias —Desenrosco el tapón y bebo un largo sorbo.

—Te veo bien —dice, sentándose en una de las camas—. ¿Qué tal en el trabajo?

—Regular —digo.

—¿Por qué?

—No se me da bien vender.

—Es solo una mala racha —dice sonriendo.

—¿Cómo estás tú? —pregunto para cambiar de tema.

Se frota la cara con las manos.

—Sarah está bien. Trabajando en el hospital, dobles turnos desde que recortaron personal. Tommy acaba de entrar en la universidad. Trinity estudia Derecho. Y la pequeña Molly cumplió veinte el mes pasado. Se parece cada día más a su madre, gracias a Dios.

Sonrío. Siempre me ha gustado oírle hablar de su familia.

—No tenías que haber venido, Eamon. Es demasiado arriesgado.

Se inclina hacia delante.

—Tenía que hacerlo. Hay cosas que no se pueden decir por SMS, por muy seguro que sea.

—¿Qué ocurre?

—Te he traído una cosa —dice, y se levanta para ir al armario—. Te gustará.

Abre un cajón y saca algo envuelto en un pañuelo. Me lo tiende. Intrigada, lo desenvuelvo con cuidado. Es un anillo de oro, una alianza de boda.

—¿Qué es esto?

—Era de tu madre. Me lo llevé de la caja de pruebas cuando archivaron el caso. Pensé que querrías tenerlo.

—No me acordaba —digo sin dejar de mirarlo sobre la palma de mi mano.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Eamon se levanta y viene a sentarse a mi lado. Me pasa el brazo por los hombros.

—Lo siento, cariño. Sé que es duro.

Asiento en silencio.

—Es lo único que tengo de ella —digo con un nudo en el estómago.

Nos quedamos en silencio. Afuera, se oye el ruido de voces en el paseo marítimo. Se aparta un poco y me lanza una mirada triste.

—Hay algo más —dice. Hace una pausa larga, como si quisiera ordenar sus pensamientos.

—¿Qué quieres decir?

Eamon carraspea.

—Me estoy muriendo, Brid.

—¿Cómo? —digo con el corazón encogido.

—Cáncer de pulmón. Pero con suerte, aun me quedan unos cuantos meses, quizá medio año.

Lo miro, esperando que sea una broma cruel, pero su expresión es seria.

—Etapa cuatro, ya se ha extendido —dice con resignación.

Eamon es el único vínculo con mi vida anterior. La única persona en el mundo que sabe que Brid sigue viva. Sin él, estaré sola en el mundo.

—¿Cuándo te lo diagnosticaron?

—Hace dos meses. Cuando me lo dijeron, supe que tenía que verte para contarte un secreto.

Suspiro. ¿Aún hay más? Cuando venía de camino hasta aquí, pensaba que sería una reunión amistosa, tranquila, sin sobresaltos.

—No sé si quiero oírlo, Eamon.

—Tienes que saberlo, Brid.

Asiento lentamente y procuro serenarme.

—Tu padre intuyó que Mac intentaría matarlo, por eso me entregó algo semanas antes de morir.

Eamon coge aire y lo suelta lentamente, preparándose para continuar.

Salgo del hotel y me detengo en la acera. Grupos de ingleses cantan mientras caminan por la calle. La música reggaeton escapa de un bar cercano. Oigo el rumor de voces de una terraza.

El encuentro con Eamon me ha dejado echa polvo. Tantas revelaciones… Necesito un escape, olvidarme de lo que es vivir, de lo doloroso que es a veces.

Echo a andar sin rumbo fijo. Serpenteo entre parejas y grupos de despedidas de soltero. Giro en una esquina y llego a una calle más tranquila. Saco el móvil del bolso. Deslizo el dedo por la lista de contactos hasta detenerme en «Carmen». Mi compañera de trabajo, la que siempre insiste en que salga más.

Pulso el botón de llamada.

—¿Carmen? —digo cuando contesta al tercer tono.

—¡Aine! —Su voz suena alegre, con música *dance* de fondo—. ¡No me lo puedo creer! ¿Me estás llamando un viernes por la noche?

—¿Por dónde estáis?

—Estamos en Cool News, esa discoteca nueva cerca del puerto. Rocío y Miguel están aquí también. ¡Te va a encantar! Te envío la dirección ahora mismo. ¡Ven ya!

—Vale, nos vemos en un rato.

Cuelgo y al instante mi móvil vibra con el SMS. Veo un taxi y levanto la mano. El conductor, un hombre joven con acento andaluz, me pregunta el destino. Se lo digo.

—Ah, buen sitio —dice arrancando—. Mi hermana trabaja allí de camarera. Esta noche hay un DJ internacional, creo.

Miro por la ventanilla mientras pienso que esta noche necesito ser Aine. Una chica normal con una vida normal que sale con sus amigos del trabajo por la noche a pasarlo bien.

Unos diez minutos después, el taxi se detiene frente a una discoteca con neones azules en el rótulo. Pago y me bajo. La cola para entrar da la vuelta a la esquina. Me dirijo al portero.

—Estoy en la lista de Carmen Ruiz.

El portero consulta su libreta y me hace un gesto para que pase. Dentro, la música retumba en mi cabeza. Las luces convierten la discoteca en un lugar de una atmósfera futurista. Me abro paso

entre la gente hasta que veo una mano agitándose desde un reservado.

—¡Aine! —Carmen salta del sofá y me abraza—. ¡Has venido! ¡No lo puedo creer!

Rocío y Miguel se levantan también para saludarme. Miguel, con su camisa desabrochada mostrando el pecho, me ofrece una copa.

—Para la ermitaña que por fin sale de su cueva —dice con una sonrisa.

Acepto la copa y doy un trago largo.

—Oye, que no soy tan antisocial —protesto.

—Aine, cariño —Rocío se inclina hacia mí—. Nunca has salido con nosotros, ni una vez.

—Esta noche voy a compensarlo.

Carmen aplaude y pide otra ronda. Miguel empieza a contar una historia sobre un cliente ruso que entró en la tienda esa mañana, buscando un piso de medio millón de euros para su amante. Rocío se ríe cuando Miguel imita el acento del ruso.

Bebo y río. Sí, me hace falta.

—¡Vamos a bailar! —Carmen me coge del brazo después de la tercera copa—. No puedes venir y quedarte sentada toda la noche.

Me dejo arrastrar a la pista. Carmen empieza a moverse al ritmo, y yo también. La música vibra a través de nuestros cuerpos.

No estoy vigilando las salidas, no estoy evaluando amenazas. Soy solo una chica más entre cientos, perdida en el anonimato de la pista de baile. Disfruto y ya está.

Alguien me pasa otra copa. La acepto sin preguntar qué es. Bailo hasta que el sudor hace que el vestido se me pegue al cuerpo. Un chico alto y moreno se acerca.

Intenta bailar conmigo, se acerca demasiado. Cuando pone su mano en mi cintura, me tenso. Me aparto y le dedico una sonrisa de disculpa. Se encoge de hombros y se aleja.

Me abro paso hasta la barra. El camarero, un chico con pendientes en las orejas, me sirve un chupito sin que yo lo pida.

—Cortesía de aquel tipo —dice señalando a un hombre mayor en el otro extremo.

Niego con la cabeza y dejo el chupito. En su lugar, pido una botella de agua. Las horas pasan. Rocío vomita en el baño y Carmen tiene que sujetarle el pelo. Miguel liga con una turista alemana y desaparece.

De repente, las luces principales se encienden. La música baja de volumen. ¿Son ya las cuatro de la mañana? La multitud empieza a dirigirse hacia la salida.

Salimos a la calle. El cielo empieza a clarear. El aire fresco es bienvenido después del intenso ambiente del club.

—Ha sido genial que hayas venido —Carmen me abraza—. Tienes que volver a salir con nosotros.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo —insiste Rocío, apoyándose en Carmen—. Eres demasiado joven para vivir como una monja.

—Lo prometo —digo con una tímida sonrisa.

Me despido con besos en las mejillas y me alejo hacia la parada de taxis. Hay una pequeña cola esperando. Cuando llega mi turno, abro la puerta y me siento detrás.

—¿A dónde? —pregunta el taxista.

Le doy mi dirección y me recuesto en el asiento. Veo mi reflejo en el cristal. El pelo es un desastre de rizos. Por un instante, veo a la chica de diecisiete años que solía escabullirse de la mansión de Foxrock para ir a los pubs de Temple Bar.

El anillo de mi madre sigue en el bolso. Eamon se está muriendo. Y en algún lugar ahí fuera, hay gente que quiere verme muerta de verdad.

24

BRENDAN

La llovizna de Dublín cae sobre las vidrieras de la iglesia con un ritmo constante. Tres elegantes ataúdes de roble descansan frente al altar. Fergus O'Sullivan, Margaret O'Sullivan y Bridget O'Sullivan.

Me apoyo contra una columna al fondo, lejos de los familiares y amigos que ocupan los primeros bancos. El traje negro que llevo es nuevo, comprado por la mañana en una tienda de Grafton Street.

—Arrancando demasiado pronto de este mundo —dice el joven sacerdote—. Una familia unida en vida, ahora unida en el descanso eterno por una desgracia terrible...

Joder, ni siquiera sé cuál es el ataúd de Brid. Una pareja de mediana edad se levanta del primer banco. La mujer lleva un velo negro que le cubre parte de la cara. El hombre, calvo y con barba gris, la sostiene del brazo. Se acercan a los ataúdes. La mujer saca una rosa blanca de su bolso, y la deposita con una mano temblorosa sobre uno de los féretros.

El sacerdote hace la señal de la cruz.

—Que descansen en paz.

—Amén —dicen los presentes.

Un puñado de hombres con expresiones serias se ponen delante de los tres ataúdes. En orden, levantan cada uno. El órgano empieza a tocar una melodía típica de iglesia.

La comitiva comienza a moverse. Los familiares primero, después los demás. Solo cuando salen casi todos, me uno a la fila manteniendo distancia.

Afuera, se ven paraguas negros por todas partes. Yo no he traído. El agua me empapa el pelo, corre por mi cuello y se filtra bajo la camisa. No siento nada, como si me hubieran arrancado todo el sistema nervioso de mi cuerpo.

En el cementerio de Glasnevin las lápidas se extienden en todas direcciones, algunas tan viejas que los nombres ya no se leen. Las tres fosas están cavadas una al lado de la otra, agujeros oscuros en la tierra. Los sepultureros esperan apoyados en las palas.

Me detengo junto a un roble, a unos veinte metros de las tumbas. Desde aquí puedo ver todo sin llamar la atención. Los ataúdes son bajados lentamente con cuerdas.

El sacerdote abre su libro de oraciones. El viento hace que las páginas se agiten.

—Del polvo venimos y al polvo volvemos.

La pareja que vi en la iglesia se acerca al borde de las fosas. ¿Los primos de los que Brid me habló una vez? Los únicos familiares vivos que quedan.

El hombre coge un puñado de tierra mojada. Lo deja caer sobre el ataúd de Fergus. La mujer hace lo mismo con el de Margaret. Cuando llega al de Brid, se detiene y dice algo, pero no le oigo.

Después, arroja la tierra. Los demás hacen lo mismo, uno por uno. Cuando terminan, comienzan a dispersarse. Algunos se dirigen a sus coches, otros se quedan hablando en voz baja.

La lluvia sigue cayendo. Me acerco a los familiares. El hombre me mira con dolor. No me reconoce, claro.

—Mi más sentido pésame —digo, roto por dentro.

—Gracias —dice el hombre. Me estudia un momento—. ¿Era amigo de la familia?

—Conocí a Bridget en la universidad.

La mujer se seca los ojos con un pañuelo.

—Una terrible tragedia. Eran buenas personas —Hace una pausa —. Y ella, tan joven. Tenía un futuro brillante.

Asiento una vez. No digo nada más. No puedo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el hombre.

—James Murphy —miento.

—Yo soy Thomas. Esta es mi esposa, Catherine. Éramos primos de Fergus.

—Lo siento mucho por su pérdida —repito.

—Gracias por venir. Significa mucho, aunque haya tan poca gente. Después de lo que pasó, muchos tienen miedo de mostrarse.

Sé a qué se refiere. La masacre del Castillo Fitzpatrick ha dejado a todo Dublín nervioso. Nadie quiere ser visto asociándose con las víctimas, por si acaso.

—Brid era especial —digo.

—Sí que lo era —dice Catherine—. ¿La conocías bien?

—Nos veíamos de vez en cuando en la biblioteca.

Thomas asiente.

—Siempre fue estudiosa. Fergus estaba muy orgulloso de ella.

Mi móvil vibra en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Disculpen —digo—. Tengo que contestar.

Me alejo unos pasos. Saco el móvil y contesto.

—Te quiero en el almacén cuatro del puerto —dice Mac—. Tenemos un problema.

—¿Ahora?

—No, la semana que viene —dice con sarcasmo—. Claro que ahora, joder. Un contenedor de los rusos ha aparecido vacío. Necesito que averigües qué ha pasado.

—Voy para allá.

—Date prisa.

Guardo el móvil. Los primos siguen ahí, bajo su paraguas negro, recibiendo el pésame de los que quedan.

—Tengo que irme —les digo.

Thomas asiente.

—Gracias otra vez por venir.

Me alejo sin mirar atrás. Al llegar a la verja del cementerio, me detengo. Miro hacia las tres tumbas que empiezan a desaparecer en la bruma.

—Adiós, Brid —murmuro con un dolor infinito.

Me giro y echo a andar.

El recuerdo del entierro de Brid se desvanece. Abro los ojos. Ahora estoy en el presente, en la Iglesia de la Encarnación de Marbella, de rodillas en el banco de madera.

Jesucristo crucificado me observa. Bajo el techo abovedado, las vidrieras proyectan luces de color: rojos, azules, dorados. Hay una estatua de bronce de la Virgen María. La pintura que cubre el manto se ha desconchado por varios lugares. Eso es muy conveniente para mí.

Una puerta lateral se abre. Entra un hombre. Lleva pantalones, una camisa blanca y el alzacuellos que lo identifica como sacerdote. Me pongo de pie y me acerco por el pasillo central.

—Disculpe, Padre.

El sacerdote se gira hacia mí. Su mano va al pecho, sobresaltado.

—¿Sí, hijo? —Su acento es andaluz—. ¿Puedo ayudarle?

—¿Habla inglés?

—Un poco.

—Soy un hombre de negocios que desea hacer una donación a su iglesia —Señalo con la cabeza hacia la estatua deteriorada—. He notado que necesita algunas restauraciones.

Meto la mano en el bolsillo de mi pantalón, saco un sobre abultado y se lo extiendo.

—Por favor, acéptelo como muestra de mi devoción.

El sacerdote mira el sobre, luego a mí. Lo coge con ambas manos, notando el peso y lo abre.

—Dios Santo —Sus ojos se abren al ver el dinero—, pero esto es demasiado.

—Son cincuenta mil euros. Suficiente para reparar la estatua, pintar la iglesia entera y lo que sobre para el fondo de caridad.

—¿Por qué? —me pregunta, sin apartar la vista del dinero—. ¿Por qué tanto?

—A cambio solo necesito un pequeño favor.

—¿Qué clase de favor? —pregunta con suspicacia.

—Necesito que oficie una boda. Una ceremonia privada, solo para los novios —Hago una pausa—. Tiene que ser urgente, cuando yo se lo diga.

—Lo siento, pero eso es imposible —Me tiende el sobre, que no cojo—. El matrimonio es un sacramento, no un servicio que se pueda comprar. Hay normas, un procedimiento que seguir. Cursillos prematrimoniales, documentación, etc.

—Entiendo sus normas, Padre —Sonrío—. Pero a veces las circunstancias exigen flexibilidad.

—Las normas de la Iglesia no son negociables.

—¿No? Marbella es una ciudad segura, en general. Las iglesias están abiertas, la gente viene a rezar sin miedo. Sería una lástima que este lugar dejara de serlo.

El sacerdote da un paso atrás.

—¿Me está amenazando?

—Solo le estoy exponiendo una realidad.

Le muestro con discreción la culata de mi pistola que llevo bajo la camisa, entre el pantalón. Veo el momento exacto en que comprende que le estoy amenazando de muerte.

—¿Quién es usted?

—Un hombre que quiere casarse ante Dios.

El sacerdote se queda callado.

—Piense en todo el bien que podría hacer con el dinero —insisto —. Los pobres que podría alimentar. Las reparaciones que necesita su iglesia…

—El fin no justifica los medios.

—¿No es eso exactamente lo que hizo Cristo? ¿Romper las normas para ayudar a los necesitados?

—Lo está malinterpretando.

Nos miramos en silencio. Puedo oír su respiración agitada.

—¿Cuándo sería? —pregunta.

—Deme su número de móvil. Le avisaré con una hora de antelación, así que tenga todo preparado.

—Pero necesitaré nombres, certificados…

—Todo a su tiempo, Padre —Me giro para marcharme, pero me detengo—. Ah, y Padre, esto queda entre nosotros. Si alguien se entera, si la policía aparece, si algo sale mal ya sabe lo que le pasará.

—Que Dios me perdone —murmura.

—Que nos perdone a todos —digo.

Camino hacia la salida, mientras oigo rezar al sacerdote. No sé si reza por mi alma, la suya o la de los dos. Antes de salir, miro hacia atrás una última vez. El sacerdote sigue de pie junto al altar con el sobre en las manos.

25

BRID

Se me escapa un suspiro cuando llego a casa. Qué cansancio y además con un calor que no veas. Voy a la cocina y me bebo un vaso de agua fresca. ¿Qué hora es? Las nueve. Estoy muerta.

Abro la nevera. Hay un tupper con pasta de ayer. Lo meto en el microondas, dos minutos. Mientras gira el plato, me quito los zapatos.

El microondas pita. Saco el tupper, pongo la pasta en un plato y voy al salón. Está un poco seca pero no importa.

Unos minutos después, termino de comer y dejo el tupper en el fregadero junto al vaso. Ya lo lavaré mañana. Abro el grifo de la ducha y espero a que el agua se caliente. Me quito el vestido, la ropa interior, todo va al cesto de la ropa sucia. Me quedo bajo el chorro de agua durante un rato, relajándome, sintiéndome nueva.

Ya vestida, me siento en el borde de la cama. Abro el bolso y cojo el anillo de bodas de mi madre que me entregó Eamon. Cómo brilla el oro. Tiene una inscripción, no me había fijado. *Por siempre Fiona y Sean, 1975*.

Tengo que esconder el anillo en un sitio seguro, pero ¿dónde?

Podría esconderlo entre las páginas del libro que estoy leyendo. No, demasiado obvio. Si alguien registra el piso, es el primer sitio donde mirarían.

Miro el armario. En el suelo, detrás de unos zapatos, está mi bolsa de viaje. Mi kit de emergencia. Pasaporte, dinero en efectivo, ropa para tres días. Todo lo necesario para desaparecer en menos de cinco minutos.

Podría guardarlo ahí, pero es como poner muchos huevos en una misma cesta. En el estante superior, entre vestidos de verano y blusas de trabajo, hay un abrigo. Grueso, de lana gris, con botones grandes y bolsillos profundos. Lo compré en una tienda de segunda mano hace meses y fue un error. En Marbella nunca hace tanto frío como para necesitarlo.

Lo descuelgo y lo pongo sobre la cama. El forro interior es de seda sintética color burdeos. Paso la mano por la tela, buscando el mejor sitio para un escondite.

Del cajón de la mesita de noche, saco un costurero que compré en el chino de la esquina. Tijeras pequeñas, agujas de diferentes tamaños, carretes de hilo. Busco uno hasta encontrar uno que coincida más o menos con el color del forro.

Con mucho cuidado, localizo una costura interior a la altura del pecho, donde el forro se une con la lana. Introduzco la punta de las tijeras y empiezo a cortar los hilos, uno por uno. No puedo rasgar la tela, tiene que ser un corte limpio que pueda volver a coser sin dejar rastro.

Me viene un recuerdo. Halloween en casa de mis padres. Mamá insistiendo en que me disfrazara, aunque ya tenía dieciséis años y me parecía una tontería.

—Solo un poco más de verde en la cara, Brid —puedo oír su voz ahora—. Se supone que eres una bruja, no una lechuga triste.

—Mamá, todo el mundo se va a reír de mí —protesté, mirándome en el espejo del recibidor.

—Que se rían —dijo ella, añadiendo más pintura verde a mi mejilla—. La vida es demasiado corta para no ser ridícula de vez en cuando, mi amor.

He abierto un hueco de unos tres centímetros en la costura. Bien, más que suficiente.

Cojo el anillo y lo introduzco con cuidado en el hueco que he creado, empujándolo hacia dentro hasta que queda oculto entre el

forro y la lana. Mamá me enseñó a coser cuando era pequeña. «Una mujer debe saber arreglarse sola», decía.

Empiezo a cerrar con puntadas pequeñas. Cada puntada debe ser idéntica a las originales, invisible a simple vista. Tardo casi veinte minutos en cerrar los tres centímetros, pero cuando termino es imposible detectar dónde he abierto la costura.

Aliso la tela con la palma de la mano. Perfecto. Presiono donde sé que está el anillo. Se nota un pequeño bulto si sabes dónde buscar, pero para cualquier otra persona sería imperceptible.

Me levanto y dejo el abrigo en su sitio, entre un vestido negro y una chaqueta vaquera. El timbre de la puerta suena. Me quedo de piedra. ¿Quién podrá ser a estas horas?

No me muevo. El timbre no vuelve a sonar, pero oigo algo. ¿Una voz? Me pego a la pared del pasillo, avanzando en sigilo hacia la puerta.

No puedo mirar por la mirilla directamente. Si alguien observa, verá la sombra cuando me acerque. Contengo la respiración y me asomo lateralmente.

A través de la lente deformada veo a Miguel. Tiene una botella de vino en la mano.

—¿Aine? —dice—. ¿Estás ahí? Vi la luz encendida.

No me muevo, aunque mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo.

—Quería —empieza y se detiene. Niega con la cabeza—. Quería asegurarme de que estás bien.

Silencio.

—Solo quería, no sé. Hablar, supongo.

Pasan unos segundos que se hacen eternos.

—Bueno —dice entre un suspiro—. Que descanses, Aine.

Se da la vuelta y empieza a alejarse por el pasillo. Le oigo bajando las escaleras.

Espero un minuto sin moverme de la puerta. Cuento los segundos en mi cabeza. Cuando llego a sesenta, me aparto de la puerta y me apoyo contra la pared. El aire sale de mis pulmones en una exhalación larga. ¿Hasta cuándo podré detener a Miguel? ¿Debería buscar un nuevo trabajo?

26

BRENDAN

El Jeep de Sofía, la agente inmobiliaria, coge otra curva cerrada por la carretera de la sierra marbellí. El sol del atardecer nos acompaña.

—A ver si esta casa te gusta, creo que sí. Tengo una corazonada —dice pasándose la mano por el pelo rubio—. Ya hemos visto tres propiedades. El chalet con piscina infinita, el ático en Nueva Andalucía, la villa en Los Monteros. Es difícil complacerte y eso es un reto, me gusta.

—Las anteriores no servían.

—¿No servían? —Se ríe y el movimiento hace que su vestido azul se deslice un poco por el muslo—. La de Los Monteros tenía seis dormitorios, gimnasio, spa privado. Imagina las fiestas que podrías dar ahí. Las noches que podrías pasar en ese jacuzzi con tu novia, si tienes.

—Busco privacidad.

—Ah, un hombre misterioso —Me mira de nuevo, sus ojos azules brillan con interés—. Me gustan los hombres misteriosos.

Sofía reduce la velocidad al entrar en un camino de grava. A los lados hay pinos y matorrales. No hay otras casas cerca.

—Pues privacidad es lo que vas a tener aquí —dice y añade—: Aquí estarás completamente solo. A menos que quieras compañía, claro.

El camino serpentea cuesta arriba. Llegamos a una verja de hierro. Sofía baja la ventanilla y se inclina hacia fuera para teclear el código.

—Sistema de seguridad actualizado el año pasado —comenta, girándose hacia mí mientras las puertas se abren—. Cámaras, sensores de movimiento, todo el paquete. El propietario valora mucho su intimidad.

El camino continúa hasta que aparece la casa. No es lo que esperaba. Nada de tejas rojas o arcos moriscos. Es una estructura de hormigón y cristal, líneas brutales y ángulos afilados. Me gusta. Sofía aparca frente a la entrada principal.

—Ya te aviso, esta no es del gusto de todos —dice, bajando del coche. Se alisa el vestido con las manos, un movimiento que recorre sus vertiginosas caderas—. El arquitecto era uno muy famoso, pero ahora no recuerdo el nombre.

Examino el perímetro. Gruesos muros de hormigón rodean la propiedad. La única entrada es la que acabamos de cruzar.

—¿Cuántas hectáreas?

—Cuatro —Sofía se acerca a mí mientras hablo—. Todo el terreno hasta donde puedes ver es parte de la propiedad. Nadie te molestaría.

Camino hacia el lateral de la casa. Sofía me sigue.

—Por aquí tienes acceso a la zona de la piscina —dice, y cuando paso a su lado para mirar, roza mi brazo con su pecho—. Perdón.

Pero no se aparta. Estoy contando ángulos de visión, puntos de acceso, líneas de tiro. La casa está en la cima de la colina. Cualquiera que se acerque sería visible desde trescientos metros de distancia. No hay cobertura ni puntos ciegos. Me gusta, sí.

—¿Te gusta la piscina? —Sofía está muy cerca de mí, huelo su perfume—. Me encanta nadar de noche. Dicen que el agua sobre la piel es terapéutico.

—Enséñame el interior.

—¿Ahora?

Sofía sonríe de oreja a oreja. Creo que ha buscado doble sentido a la frase. ¿Son así todas las españolas, tan descaradas?

—Claro —respondo haciéndome el tonto.

—Vale —Me guiña un ojo y camina delante de mí hacia las puertas correderas. El erótico contoneo de caderas clama al cielo.

Entramos. Suelos de pizarra, paredes blancas, techos altos. ¿Le gustará a Brid?

—Tres dormitorios en la planta principal —explica Sofía, guiándome por un pasillo. Se detiene en cada puerta, apoyándose en el marco de forma sugerente—. Este es el segundo dormitorio. Cama de matrimonio, muy cómoda.

Seguimos hasta el dormitorio principal.

—Y aquí, la joya de la corona —Abre las puertas con un gesto teatral—. Vestidor, baño en suite con una bañera enorme. Mira qué vistas.

La pared del fondo es de cristal. Desde aquí se ve también toda la costa mediterránea. ¿Es eso Gibraltar? Sofía se coloca a mi lado. Su hombro toca el mío. No sabe que pierde el tiempo. Para mí solo hay una mujer en el mundo.

—Es una vista impresionante, ¿verdad? Imagina despertar aquí cada mañana —Se gira hacia mí—. ¿Vives solo? ¿Tienes familia?

—Solo.

—¿Hijos?

—No.

—¿Te gustan los niños?

Su mano se apoya en mi antebrazo.

—Algún día, quién sabe.

—Un hombre que piensa en el futuro, me gusta. —Sus dedos trazan un pequeño círculo en mi brazo—. ¿Y qué más hay en ese futuro?

—¿Un sótano? —pregunto, otra vez haciéndome el tonto.

Retira la mano, pero sonríe.

—Directo al grano. Sí, hay sótano, pero está sin terminar. El propietario planeaba hacer una bodega —Se mordisquea el labio inferior—. Para las noches románticas, supongo.

—Quiero verlo.

—Lo que tú quieras, corazón.

Bajamos las escaleras. El sótano es amplio, sin ventanas. Paredes de hormigón sin pintar. Tengo curiosidad por vivir en España,

¿acabaré echando de menos la puñetera lluvia?

—Como ves, no hay mucho que ver aquí —dice, abriendo los brazos—. Aunque con poca luz tiene su encanto. ¿No crees?

—¿Tiene personal de mantenimiento?

—No, pero te lo podemos conseguir.

—¿El camino de acceso es el único?

—A menos que quieras escalar la montaña, sí. Completamente privado. Nadie sabría lo que pasa aquí arriba. ¿Por qué necesitas tanta seguridad? ¿Eres alguien importante? ¿Famoso? ¿Peligroso?

—Algo así —respondo con una media sonrisa.

—Lo suponía.

Subimos de vuelta a la planta principal. Salgo a la terraza. Me apoyo en la barandilla de cristal, mirando hacia Marbella. ¿Y si este fuera nuestro hogar definitivo?

—Me la quedo por seis meses —digo sin volverme.

—¿Así sin más? ¿Sin negociar el precio?

—El dinero no es problema.

—Un hombre decidido que sabe lo que quiere. Eso es muy sexy. Son doce mil euros al mes. Más la comisión de la agencia, que es un mes adicional. Y necesitamos dos meses de fianza.

—Quiero las llaves lo antes posible.

—Sin problema. Tendré que preparar el contrato. Podríamos discutir los detalles durante una cena, si quieres.

—No será necesario.

Se aparta, pero mantiene la sonrisa.

—Como quieras —Se alisa el vestido de nuevo—, pero si cambias de opinión, tienes mi número.

—Solo necesito las llaves.

—Te llamaré a primera hora.

El viaje de vuelta transcurre con Sofía haciendo comentarios sugerentes sobre cada lugar que pasamos. «Ahí hay un mirador muy romántico», «Ese restaurante tiene reservados muy íntimos», «Conozco una playa que no está muy masificada».

Un rato después, ya a solas, me adentro en las calles del casco antiguo de Marbella. Encuentro lo que busco en una callejuela: «Joyería Herrera. Desde 1952».

Empujo la puerta y suena una campanilla. Las vitrinas muestran toda clase de joyas. Un hombre mayor aparece desde la trastienda. Lleva camisa y gafas de ver cerca.

—Busco una alianza para mujer.

—¿Tiene algún diseño en mente?

—Oro con un diamante. Clásico.

—Excelente gusto. La elegancia de lo atemporal —Abre una vitrina con llave—. ¿Oro blanco o amarillo?

—Amarillo.

—Como las alianzas de toda la vida. Su pareja es afortunada.

Saca una bandeja de terciopelo con varios anillos. Mis ojos se fijan en uno al momento.

—Este es de nuestra colección heritage —dice el joyero—. El diseño data de los años veinte. Oro amarillo de dieciocho quilates, y un diamante de corte impecable.

—¿Sabe la medida?

—Normal.

El joyero asiente con comprensión.

—La talla catorce es la más común. ¿Le parece bien?

—Sí.

Coge el anillo con mimo y lo coloca sobre un paño. Joder, cómo brilla el diamante.

—Es perfecta, me la llevo.

—¿Desea un grabado? ¿Una fecha, iniciales, alguna frase especial?

Me quedo pensando. Me llega un recuerdo de Dublín con ella, una conversación. La doble B como símbolo del destino.

—B&B.

—Tomo nota —dice escribiéndolo en un cuaderno.

Saco mi tarjeta de crédito.

—¿Cuándo estará listo?

—Mañana por la tarde.

Asiento. Salgo de la joyería. Otro cosa menos que tengo que hacer. Mi móvil vibra. La pantalla se ilumina con el nombre de Mac. Joder. Respiro hondo antes de contestar.

—¿Dónde coño estás?

—En el casco antiguo, siguiendo pistas.

—¿Pistas? ¿Después de una puta semana lo único que tienes son pistas?

—Es una ciudad grande, Mac. Ella ha tenido cinco años para…

—Me importa una mierda cuánto tiempo ha tenido —Oigo el chasquido de un mechero—. Te envié ahí porque eres mi mejor hombre. Porque confío en ti, pero mi paciencia tiene límites, Brendan.

—La encontraré.

—Ya no tienes más tiempo —Oigo cómo exhala el humo—. Tu refuerzo va para Málaga. Colm y Paddy. Tienes cuarenta y ocho horas para encontrarla.

—Mac, no necesito…

—No es una sugerencia, Brendan. Es una orden. Cuarenta y ocho horas. Después de eso, tomaré medidas definitivas, y no te gustará mi definición de definitivo.

—Entendido, jefe.

La línea se corta. El cabrón ha colgado.

—Joder.

Colm y Paddy están de camino. Estoy jodido.

27

BRID

En la agencia, termino de archivar los papeles del alquiler que cerré por la mañana. Un estudio pequeño en Nueva Andalucía. Nada espectacular, pero algo es algo.

Carmen está en su escritorio, tecleando en el ordenador. El ventilador del techo gira perezoso.

—Bueno, un alquiler es una buena noticia, Aine —dice Carmen.

—Sí, pero sabes que necesito una venta —Guardo los contratos en el archivador—. La mala racha se está alargando demasiado.

Carmen se levanta y empieza a recoger sus cosas. El bolso, las llaves, el móvil. La observo con una sonrisa según va dejando ordenado su escritorio.

—Ya saldrá —dice, colgándose el bolso al hombro—. Bueno, yo me voy a casa. ¿Te vienes?

—Vale.

Estoy a punto de coger mi bolso cuando la puerta del despacho de Miguel se abre. Lleva toda la tarde encerrado, hablando por Skype.

—Carmen, hasta mañana —dice Miguel y luego me mira—. Aine, un momento, por favor. Ven conmigo, solo serán cinco minutos.

Carmen me lanza una mirada rápida.

—Es que me iba con ella, Miguel —digo con el cuerpo rígido, temiendo quedarme a solas con él.

—Tenemos que hacer balance del mes —dice muy serio—. Es muy importante que te quedes. Además, tengo buenas noticias para ti.

—Está bien —digo finalmente

—Muy bien —dice Miguel.

—Bueno, entonces hasta mañana —dice Carmen, cruzando el umbral de la puerta.

El silencio se instala en la oficina. Siento una alarma interior. Creo que he sido una tonta.

—De acuerdo, pero que sea breve, tengo prisa —digo.

—Claro, mujer —dice, y cierra con llave la puerta—. Así no nos interrumpen.

Paso junto a mi mesa. Veo un clip metálico sobre unos papeles. Sin pensarlo mucho, lo cojo con un movimiento rápido. Estoy haciendo caso a mi sexto sentido. Lo desdoblo mientras camino, convirtiéndolo en un alambre recto con punta. Lo escondo en mi puño.

Entro en su despacho y me siento. Miguel se apoya en el borde de la mesa, cruzando los brazos.

—Aine, seamos directos —empieza—. Un alquiler de mierda cada dos semanas no es suficiente. Los números no cuadran.

—¿Para esto me llamas? Pensé que ibas a darme buenas noticas.

—No me vengas con cuentos —me interrumpe—. He revisado tus contactos en el programa. La mayoría ni siquiera contestan las llamadas de seguimiento.

Da un paso hacia mí. Me pongo de pie.

—Tus números no mejoran, Aine. No puedo seguir cubriéndote —dice, acercándose más—. Voy a tener que despedirte.

El corazón me late fuerte. Necesito este trabajo. Necesito mantener mi vida aquí.

—Miguel, dame tiempo —ruego.

—A menos que —se acerca otro paso más. Huelo su colonia, demasiado fuerte, mareante— estés dispuesta a convencerme de que te dé otra oportunidad.

—Si estoy despedida, me iré.

Me doy la vuelta hacia la puerta. De pronto, su mano me agarra del brazo con fuerza. Me gira y me empuja contra la pared.

—No te he dicho que puedas irte —gruñe, presionando su cuerpo contra el mío.

—¡Suéltame! —grito, intentando separarme.

Su mano se mete bajo mi falda. Forcejeo, intento apartarlo, pero es más fuerte y la falda se desgarra.

—Estate quieta —dice en mi oído—. No hagas esto más difícil. Además, te va a gustar.

El pánico se mezcla con la rabia. Reuniendo todas mis fuerzas, me giro, levanto el puño donde tengo el clip y lo clavo en su pecho.

Miguel lanza un grito agudo de dolor y sorpresa. Sus manos me sueltan mientras se tambalea hacia atrás, mirando con incredulidad el alambre que sobresale de su camisa, manchándose de sangre.

—¡Puta loca! —jadea, llevándose la mano.

Veo las llaves de la oficina sobre su mesa. Las cojo y salgo corriendo del despacho. Miguel sigue soltando palabrotas. Cojo mi bolso y corro hacia la puerta, donde meto la llave con manos temblorosas. Abro, empujo la puerta y salgo a la calle.

Camino con ansia entre la gente. Me da igual si se fijan en la falda. Con la angustia recorriendo mis venas, llego a mi coche en el aparcamiento. Las manos me tiemblan tanto que casi no puedo meter la llave. La puerta se abre. Me meto dentro, cierro de un portazo y echo el seguro.

Inspiro y expulso aire varias veces seguidas. Hay una pequeña mancha de sangre en los nudillos, no sé si es mía o de él. He atacado a mi jefe. He clavado un clip en el pecho de un hombre.

Pero él iba a... violarme.

Las manos siguen temblándome cuando las apoyo sobre el volante. Tengo que irme de aquí. Tengo que pensar. Tengo que decidir qué hacer.

28

BRENDAN

El rótulo de neón de The Dubliner parpadea en la noche de Marbella. Verde esmeralda sobre fondo negro, una pinta de Guinness bien dibujada. ¿Será este el lugar que necesito para cumplir con mi plan? Habrá que descubrirlo, así que me dispongo a entrar.

El local está medio lleno. Reconozco el tipo de clientela al instante: expatriados británicos con la piel quemada, un par de irlandeses pegados a sus pintas, algunos españoles que vienen por curiosidad. En la tele colgada sobre la barra, un partido de rugby. ¿Quién jugará?

Me siento en un taburete de la barra, no demasiado cerca de nadie, pero tampoco aislado. La camarera se acerca limpiando un vaso con un trapo. Pelirroja, pecas, veinticinco años como máximo.

—Una pinta de Guinness, cuando puedas —digo dejando que mi acento de Dublín fluya natural.

—Marchando —dice con una sonrisa—. ¿De turismo?

—Algo así. Cerrando un negocio —Señalo el local con un gesto vago—. Me recordaba a casa.

—Ya —empieza a tirar la pinta con la paciencia que requiere una buena Guinness—. Pero no es lo mismo sin la lluvia.

—Y que lo digas.

Dos hombres en la esquina de la barra llaman mi atención. Cincuenta y tantos, camisas de lino arrugadas, relojes grandes y

pasados de moda.

El tipo de expatriados que llegaron con grandes planes y ahora sobreviven en los márgenes. El más corpulento tiene el cuello grueso y los ojos acuosos del bebedor profesional. Su compañero es más delgado, nervioso. La camarera me sirve la pinta, cremosa, negra.

—Salud —digo y doy el primer trago.

En la pantalla, un placaje brutal detiene un avance prometedor. El árbitro no pita nada. Los dos hombres protestan.

—¡Eso es penalti! —grita el corpulento.

—¡El árbitro está ciego! —exclama el nervioso.

Tomo otro trago. Esta es mi oportunidad, así que me desplazo dos taburetes más cerca.

—Ese placaje ha sido una vergüenza —comento sin mirarlos—. El árbitro está comprado.

El corpulento se vuelve hacia mí, sorprendido. Luego sonríe mostrando sus dientes amarillentos.

—¡Por fin alguien que entiende! Llevo diciéndoselo a este todo el partido.

—Tommy tiene razón —dice el nervioso—. Es un robo a mano armada.

—Os invito a una ronda —digo haciendo señas a la camarera—. No se puede ver un robo así con el vaso vacío.

—Un hombre de principios —dice el corpulento—. Soy Tommy, este es Derek.

—Murphy —digo—. De Dublín, estoy de visita.

La camarera sirve *whiskey* para ellos, otra pinta para mí. Hablamos de rugby, de cómo Dublín se ha vuelto imposible de cara, de lo mucho que ha cambiado la vida de barrio. Bien, me estoy ganando su confianza poco a poco.

—El mercado está loco —digo—. Los rusos compran sin mirar el precio.

—Y que lo digas —Derek bebe un trago largo—. Aunque no todos vienen solo a comprar casas, si sabes a lo que me refiero.

Es la frase que necesito. Bajo la voz y me inclino hacia ellos.

—Cambiando de tema. Tengo una fiesta mañana en una villa. Unos amigos. Me gustaría animarla un poco, si sabéis a lo que me

refiero.

Tommy y Derek intercambian una mirada rápida. El corpulento me estudia: la camisa de marca, el Omega en mi muñeca, las botas de cuero.

—¿Qué buscas exactamente? —pregunta Derek con cautela.

—Algo de buena calidad. Unos veinte para empezar. El dinero no es problema.

Tommy se rasca la barbilla mal afeitada.

—Es mucha cantidad para alguien que no conocemos.

Saco mi cartera y, sin hacer aspavientos, dejo ver el fajo de billetes de doscientos euros. Derek mira a Tommy y este asiente.

—Puede que conozcamos a alguien —dice Tommy—. Sal por la puerta trasera en cinco minutos.

—Perfecto.

Se levantan y salen por la puerta. Termino mi pinta con calma, y dejo un billete de veinte en la barra.

—Quédate con el cambio —le digo a la camarera.

—Vuelve cuando quieras, cariño.

La puerta trasera da a un callejón estrecho entre The Dubliner y un restaurante chino. El único punto de luz viene de una farola, que proyecta sombras sobre los contenedores de basura.

No tengo que esperar mucho. Tommy y Derek aparecen por el otro extremo del callejón. Derek lleva las manos en los bolsillos. Tommy camina con más confianza.

—Aquí estás —dice Tommy—. Había apostado que no vendrías.

—No es mi estilo.

Derek saca una bolsita con polvo blanco del bolsillo.

—Aquí tienes. De la mejor calidad.

Saco el fajo de dinero y cuento los billetes con rapidez. Al terminar, se los tiendo a Tommy que los coge con avidez.

—Perfecto —digo guardando la bolsa en el bolsillo trasero de mi pantalón—. Bueno, ha sido un placer.

Me doy la vuelta para marcharme, pero oigo el clic metálico de una navaja automática abriéndose.

—Quieto ahí, amigo.

Me detengo, pero no levanto las manos. Giro la cabeza. Derek tiene una navaja en la mano, la hoja brilla bajo la farola. Tommy ha dado un paso hacia un lado, cortándome la salida.

—Has sido un buen cliente —continúa Derek—. Así que ahora nos vas a devolver la mercancía y nos quedaremos con el dinero.

Suspiro. Siempre igual, la codicia vuelve estúpida a la gente.

—¿De verdad queréis hacer esto?

—No te hagas el duro, tío —Tommy se acerca por mi izquierda—. Somos dos contra uno.

Derek se abalanza con la navaja, en un movimiento cutre de aficionado. Mi mano izquierda intercepta su muñeca, mi derecha coge su codo. Hago un giro usando su propio impulso. Se oye el crujido del hueso al romperse. La navaja cae al suelo mientras Derek aúlla de dolor.

Sin soltar su brazo, lo uso como palanca para girarlo hacia Tommy. Mi mano libre encuentra su garganta con el canto. No muy fuerte, no quiero matarlo, solo dejarlo fuera de combate. Derek cae de rodillas, las manos en el cuello, el pobre intenta respirar.

Tommy está paralizado, su cerebro de borracho está intentando procesar lo que acaba de ver. Da un paso atrás, levanta los puños en una parodia de postura de boxeo.

—Espera, podemos…

Mi puñetazo al plexo solar corta su frase. Todo el aire sale de sus pulmones. Se dobla hacia adelante y mi rodilla encuentra su cara. La nariz explota en una fuente de sangre. Tommy cae inconsciente.

Me ajusto la camisa. Bien, parece que esto ha terminado. Me inclino sobre el primer hombre, recupero el fajo de billetes que le había pagado y me lo guardo. Echo un último vistazo a los dos cuerpos en el suelo.

Salgo del callejón, caminando con paso tranquilo, atusándome el pelo, desapareciendo en la noche. La cocaína está en mi bolsillo. Ahora, a ajustar cuentas con el jefe de Brid.

El garaje subterráneo del edificio donde vive el cabrón apesta a gasolina. Me coloco detrás de una columna de hormigón. Plaza 47. Una gota de agua cae desde una tubería. El jodido eco rebota en las paredes.

El jefe trabaja hasta tarde los jueves. Son las diez y veinte de la noche. Debería de llegar pronto. Un coche pasa por la calle. El sonido llega amortiguado. Luego, silencio otra vez.

El ascensor se pone en marcha. El traqueteo mecánico rompe la quietud. Después, no se oye nada. Otra falsa alarma.

Diez minutos después, por fin, oigo un coche acercándose. La puerta automática del garaje empieza a subirse con un chirrido metálico. Las luces de unos faros iluminan la entrada. Vale, ahí bien el Tesla gris del jefe. Me crujo los nudillos. Se va a enterar de lo que es bueno.

Se dirige hacia su plaza. Silencio. La puerta del conductor se abre. Doy cinco pasos largos. El jefe tiene un pie fuera del coche cuando llego a él. Mi mano izquierda le cubre la boca antes de que pueda darse cuenta. Mi brazo derecho aprisiona su pecho. Intenta zafarse, pero soy más fuerte.

Lo empujo con fuerza contra el coche. Su cara impacta contra el cristal de la ventanilla. Lo mantengo ahí, con todo mi peso sobre su espalda. Acerco mi boca a su oreja.

—No grites —susurro—. No intentes moverte, solo vas a escucharme con mucha atención.

Le noto temblar. A ver si se va a mear encima.

—Sé lo que intentaste hacerle ayer a tu empleada —continúo—. Sé que crees que puedes forzarla. Te equivocas.

Aplico más presión contra la ventanilla, y un gemido escapa de su garganta.

—Vuelve a ponerle un solo dedo encima —Hago una pausa, dejando que las palabras calen— y volveré a por ti.

Miguel intenta decir algo, pero no le dejo.

—Te arrancaré las uñas con unos alicates, una por una. Te romperé las rodillas con un martillo. Y luego te dejaré en un descampado para que te desangres y mueras como un perro.

Su respiración se acelera.

—Quiero que entiendas esto. No es una amenaza, es una promesa. ¿Me has entendido?

El jefe asiente, temblando como un flan. Cojo su brazo izquierdo. He roto suficientes huesos para saber dónde aplicar la presión.

Crack.

El sonido resuena en el garaje. Miguel emite un grito gutural contra mi mano, mientras su cuerpo se convulsiona por el dolor. Las lágrimas salen de sus ojos.

Lo suelto de golpe. Miguel se desploma junto a la rueda delantera, agarrándose el brazo roto. Los gemidos que salen de su garganta son patéticos.

—Así aprenderás.

Me doy la vuelta y camino con calma hacia la rampa de salida, que sigue abierta. Otra cosa menos por hacer. ¿La siguiente? Alquilar un yate con una buena vista a la oficina de Brid. Me pregunto si Sofía podrá echarme un cable.

29

BRID

Al día siguiente, en mi piso estoy sentada en el sofá, mirando el móvil sobre la mesa de centro. Lo cojo con decisión y busco entre los contactos: «Carmen Oficina». Quiero contarle lo que me pasó anoche con Miguel. Tiene que saberlo.

—¿Sí? —Carmen suena agitada.

—Carmen, hola, soy Aine. Te llamo porque…

—¡Aine! —me interrumpe—. Menos mal que llamas. ¿No te has enterado?

Me incorporo en el sofá.

—¿Saber el qué? ¿Qué ha pasado?

—Es Miguel —baja la voz—. Anoche le dieron una paliza, en su casa. Está en el hospital muy grave. Dicen que fue un ajuste de cuentas.

El teléfono casi se me cae de la mano.

—¿Qué?

—No sé los detalles, pero por lo que he oído —Carmen hace una pausa—. Le rompieron las costillas, la mandíbula. Sabían lo que hacía, vamos.

El corazón me late con fuerza. ¿Existirá en el mundo una especie de justicia divina? ¿Miguel habrá sido castigado por lo que me hizo?

—Eso es terrible —consigo decir.

—La policía está aquí, en la oficina —continúa Carmen—. Están haciendo preguntas a todo el mundo. Como fuiste la última en verle, quieren hablar contigo.

—Entiendo —digo disimulando mi preocupación por la idea de hablar con la policía.

—Aine, han sido muy claros. Si no vienes tú, irán ellos a tu piso. Tienen la dirección.

—Vale, entiendo. Gracias por avisar, Carmen.

—Ten cuidado, ¿vale? Todo esto es muy raro.

Cuelgo. No hay tiempo para pensar, así que cojo la bolsa del armario. Compruebo que tengo el pasaporte, las tarjetas de crédito, el móvil de prepago. Todo está ahí.

¡El anillo de mi madre! Cojo el abrigo y rompo las costuras. Es lo único que no puedo dejar atrás. Lo guardo en la bolsa también.

Voy hacia la puerta. Mi único plan: salir del edificio, coger el coche, conducir hasta perderme en alguna ciudad donde nadie me conozca. Empezar de nuevo. Otra vez.

Giro el pomo y abro la puerta de golpe.

Pero me detengo en seco. En el rellano hay dos policías. ¿Ya están aquí? ¿Cómo es posible? El primero es alto y delgado, con el pelo cortado al cero. Sus ojos me estudian con intensidad. El segundo es más bajo y corpulento, con la complexión de un boxeador. Se peina hacia atrás.

—Buenos días —dice el alto—. ¿Aine O'Connell?

Siento una oleada fría rec0rriendo la espalda, pero me obligo a que la ansiedad no tome el control. Años de práctica. Años de mentiras. Endereza la espalda, Brid. Relaja los hombros. Sonríe como si no tuvieras nada que ocultar.

—Sí, soy yo —Mi voz sale serena, menos mal.

El corpulento señala mi bolso con un gesto de la barbilla. Sus ojos son pequeños y oscuros.

—¿Iba a alguna parte? ¿De viaje, quizás?

Bajo la vista hacia mi bolso como si acabara de darme cuenta de que lo llevo.

—Al gimnasio —digo sin dudar—. Tengo pilates. Discúlpenme, ¿en qué puedo ayudarles?

—Tenemos que hacerle unas preguntas.

Doy un paso atrás, abriéndoles el paso a mi piso.

—Por favor, pasen.

Los dos policías intercambian una mirada. El alto asiente y entra primero. El corpulento le sigue, rozándome al pasar. Dejo el bolso sobre la mesa de centro y permanezco de pie mientras ellos se acomodan en el sofá.

—¿Quieren algo de beber? —pregunto—. ¿Café, agua?

—No, gracias —dice el alto, sacando una libreta pequeña del bolsillo de su camisa—. Soy el inspector Ruiz y este es el agente Morales. Su jefe, Miguel Villanueva, fue agredido anoche. ¿Lo sabía?

—Me lo acaba de decir mi compañera por teléfono. ¿Cómo está él?

—Grave —dice Morales, el corpulento, sin dejar de masticar chicle—. Muy grave.

—Dios mío —me llevo una mano al pecho—. ¿Pero qué ocurrió? ¿Un atraco?

Ruiz me observa sin contestar de inmediato. Creo que sus ojos buscan grietas en mi lenguaje no verbal.

—Eso es lo que estamos investigando. ¿Cuál es exactamente su relación con el Sr. Villanueva?

—Estrictamente profesional —respondo sin vacilar—. Es mi jefe. Yo llevo dos años trabajando en la inmobiliaria.

—¿Dos años? —Morales se inclina hacia delante—. ¿Y ya tenía problemas con él?

—¿Problemas? —Frunzo el ceño—. No, ningún problema. ¿Por qué lo dice?

—Es solo una pregunta rutinaria —interviene Ruiz—. En su última conversación, ¿lo notó preocupado o nervioso? ¿Mencionó alguna reunión con alguien o algún problema?

Me tomo un segundo para pensar, como si estuviera haciendo memoria. Me viene a la mente las imágenes de su intento de violarme, pero no puedo hablar de eso. Lo complicaría todo.

—No, en absoluto. Hablamos del cierre de un informe de ventas. Me pidió que actualizara los datos del trimestre. Lo de siempre. Se fue a su hora habitual, como cualquier otro día.

—¿A qué hora fue eso? —Morales saca su propio cuaderno.

—Sobre las siete y media. Quizás las ocho menos cuarto.

—¿Y usted se fue inmediatamente después?

—Sí, unos minutos después. Terminé de guardar los archivos y me fui.

—¿Vio a alguien más en la oficina?

—No.

Ruiz garabatea algo en su libreta.

—¿Le conoce enemigos? —pregunta—. ¿Alguien que pudiera tener algo en su contra?

—Es una persona exigente —digo eligiendo cada palabra con cuidado—, pero no, no que yo supiera. Nunca le oí hablar de amenazas ni nada parecido.

—¿Exigente? —Morales alza una ceja—. ¿En qué sentido?

—En el sentido profesional. Le gusta que las cosas se haga bien, a su manera, pero nada fuera de lo normal en un jefe.

—¿Alguna vez fue inapropiado con usted? —La pregunta de Ruiz es directa con sus ojos clavados en los míos.

Mantengo su mirada sin pestañear.

—Jamás.

—¿Y con otras empleadas?

—No sabría decirle.

Morales se levanta de repente y empieza a caminar por el salón, examinando las fotos en las estanterías, los libros, los pequeños detalles de mi vida.

—¿Tiene familia aquí en Marbella, Aine? —Ruiz señala la foto con la barbilla.

—No, soy de Irlanda. Vine aquí buscando mejor clima y oportunidades.

—¿Irlanda? No tiene acento.

—Llevo muchos años fuera.

Los policías intercambian una mirada.

—Hemos terminado, gracias por su tiempo —dice Ruiz.

Los acompaño hasta la puerta. La abro y me hago a un lado.

—Gracias por su tiempo, Aine —dice Ruiz—. Ha sido de gran ayuda.

—De nada, espero que encuentren a quien lo hizo.

Justo cuando van a salir, Morales se gira hacia mí.

—Por favor, no abandone la ciudad. Podríamos necesitar que nos aclare algunos detalles más.

—Por supuesto, estaré disponible.

Ruiz me entrega una tarjeta de visita.

—Si recuerda algo, cualquier cosa, por pequeña que sea, llámeme.

—Lo haré.

Escucho sus pasos alejándose por el pasillo, el sonido del ascensor… Cierro la puerta y dejo escapar un profundo suspiro de alivio. Pero ahora viene la gran pregunta, ¿cuáles son mis opciones?

Ahora huir lo veo complicado. Sería gritar mi culpabilidad a los cuatro vientos. La única opción es la normalidad. Seguir siendo Aine O'Connell, la comercial inmobiliaria aburrida y solitaria que no tiene nada que ocultar.

Camino hacia el sofá. Cojo el portátil y abro el navegador. Mis dedos teclean: «Ofertas de empleo, inmobiliaria, Marbella».

Si voy a estar atrapada, al menos tendré que seguir pagando el alquiler. Porque no pienso seguir trabajando en la inmobiliaria con Miguel, porque se recuperará y volverá a trabajar, claro.

Aparece la primera página de resultados. Empiezo a leer los anuncios, y voy tomando notas mentales. Mañana enviaré curriculums. Pasado, iré a entrevistas. Seguiré adelante con esta vida hasta que encuentre la manera de escapar.

El móvil vibra sobre la mesa de centro. En la pantalla aparece «Carmen Oficina». Cierro los ojos un segundo. Me pongo en el papel de Aine de nuevo y contesto.

—Aine, ¿estás bien? —pregunta Carmen—. ¿Qué te ha dicho la policía?

Me dejo caer en el sofá, intentando sonar agotada.

—Hola, Carmen. Sí, todo bien. Solo preguntas de rutina. Cuándo fue la última vez que lo vi, si parecía preocupado, etc.

—No creo que sea tan de rutina —baja la voz—. He oído a uno de los agentes hablar con el jefe de la comisaría por teléfono.

—¿Ah, sí?

—Creen que quien lo atacó es alguien cercano. Alguien que sabía que estaría solo en el garaje a esa hora exactamente.

Si buscan a alguien del círculo cercano de Miguel, la lista de sospechosos es pequeña. Demasiado pequeña.

—Debes de estar aterrada —dice Carmen—. Escucha, estoy saliendo de la oficina. Voy a pasar por tu casa y llevo algo de comer. No puedes estar sola en un momento así.

—Carmen, te lo agradezco de verdad. Eres un encanto, pero con todo el estrés tengo una migraña terrible.

—Oh, pobrecita. ¿No vienes a trabajar?

—Necesito dormir. ¿Hablamos mañana?

—Claro, mujer, no te preocupes —dice a regañadientes—. Descansa. Pero prométeme que me llamarás si necesitas cualquier cosa. Lo que sea.

—Prometido. Gracias, Carmen.

—Cuídate, Aine.

Cuelgo el teléfono y dejo escapar un largo suspiro de alivio.

30

BRENDAN

En el aeropuerto, me apoyo contra una columna en la zona de llegadas, con vista directa a la salida de los pasajeros. Un matrimonio arrastra unas maletas enormes. Una familia discute sobre dónde dejaron aparcado el coche de alquiler. En fin, el flujo constante de turistas buscando su pedazo de sol español.

Saco el móvil. Ningún mensaje de Mac. Bien. Si no hay noticias, es que no hay problemas.

Las puertas se abren otra vez. Ahí están. Colm sale primero. Metro ochenta y cinco, hombros como un armario aunque se mueve con gracia. Sus ojos barren el área registrando cada cara. Claro, es un veterano, aunque ahora me importa una mierda. Menos mal que nunca supo nada de lo mío con Brid.

Paddy le sigue dos pasos atrás. Más delgado, nervioso como un galgo antes de una carrera. La bolsa de viaje colgada al hombro, la mano cerca del bolsillo. Siempre listo. Su pelo rojizo destaca entre la gente.

Colm me ve primero. Paddy me sonríe mostrando un diente de oro.

—¿Algún problema en el vuelo? —les pregunto.

—Ninguno —Colm habla tranquilo.

Paddy se ajusta la bolsa en el hombro.

—Mac te manda saludos.

—Muy bien —digo con escaso entusiasmo—. Vamos a por el coche.

Afuera, el calor de agosto nos recibe y eso que está anocheciendo. Paddy silba.

—Joder, esto es un horno. ¿Cómo lo aguantas?

—Te acostumbras.

El parking está a reventar. Familias cargando maletas, autobuses esperando grupos de turistas, etc. Paddy mete su bolsa en el maletero de mi coche, mientras Colm acomoda su maleta en el asiento de atrás.

—¿Sabes? —dice Colm mientras salimos del parking—. No es mi primera vez en Marbella.

—¿Ah, no?

—Año 98. Tenía veintitrés años —Colm sonríe, algo raro en él—. Vine con Tommy el Largo, ¿lo recuerdas, Brendan?

—Sí, murió de una balazo en Finglas.

—Ese mismo. Vinimos a celebrar un trabajo bien hecho. Tres días de locura. Acabamos en una fiesta en un yate, sin recordar cómo llegamos ahí. Tommy se tiró por la borda en calzoncillos persiguiendo a una sueca —Se ríe—. La policía nos sacó del agua a las cuatro de la mañana. Dijimos que éramos turistas.

Paddy se carcajea.

—¿Tommy el Largo nadando detrás de una sueca? Joder, me lo puedo imaginar.

—Eran otros tiempos —dice Colm, y su sonrisa se desvanece—. Los mejores.

Conduzco respetando los límites de velocidad. No quiero llamar la atención de la policía.

—He rastreado todo Puerto Banús —digo sin apartar la vista de la autovía—. Bares, hoteles, tiendas. Nada. Como si se la hubiera tragado la tierra. Estoy harto de este sol y de no encontrar nada.

Paddy se inclina entre los asientos.

—A lo mejor solo necesitas un par de ojos nuevos, Brendan. A veces uno está tan metido que no ve lo evidente.

—Puede ser —admito.

Colm tamborilea con los dedos en su rodilla.

—Mac nos dijo que la vieron en un restaurante.

—Sí, ya lo he visitado pero los empleados no sueltan prenda —cambio de carril para adelantar a un camión.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunta Colm.

—Dos semanas y media. Demasiado.

—¿Y Mac no ha considerado que tal vez ya no esté aquí?

—Está esperando que lo investiguemos.

Un Ferrari rojo nos adelanta. Paddy silba otra vez como un pueblerino.

—Mira eso, trescientos mil euros mínimo.

—Puerto Banús está lleno de esos —digo—. Dinero ruso, árabe, narcotráfico. Todo se mezcla aquí.

—El paraíso del blanqueo —murmura Colm.

Un rato después, tomo la salida a Puerto Banús.

—Hostia puta —Paddy tiene la cara pegada a la ventanilla—. Mira eso.

Un Lamborghini amarillo está parado en un semáforo. Una rubia con un vestido corto sale del coche. Tacones imposibles, bolso que probablemente cuesta más que un coche normal.

—Concéntrate —le digo—. No estamos aquí de turismo.

—Joder, Brendan, déjame disfrutar del paisaje —Se echa hacia atrás.

Freno, saco la mano por la ventanilla, meto la tarjeta en el aparato y la baliza de seguridad se levanta. Solo los que tienen una embarcación pueden pasar con el coche.

—¿Dónde te alojas? —pregunta Colm.

—He alquilado un yate. Amarre 47. Discreto, pero bien situado.

—¿Un yate? —Paddy se ríe—. Mac no está por tirar dinero.

—Mac quiere resultados.

Aparco cerca de los muelles. Caminamos por el pantalán. Paddy no puede evitar girar la cabeza cada vez que pasa una mujer con un vestido corto. Colm mantiene la vista al frente.

El yate está al final. Doce metros de eslora, nada ostentoso comparado con lo que hay alrededor, pero suficiente para cumplir la misión.

—Bienvenidos a mi casa, señores —digo subiendo a bordo.

Saco dos teléfonos de prepago de un cajón, y dos sobres con cinco mil euros en cada uno.

—Teléfonos limpios. El dinero es para gastos —Se los entrego—. No uséis vuestros números personales para nada.

Colm se guarda el teléfono y el sobre sin abrirlo. Paddy abre el sobre y silba al ver los billetes.

—Dejad el equipaje. Venga, tenemos trabajo.

El restaurante está en primera línea, con vistas al puerto. «La Dolce Vita», letras doradas sobre negro. La terraza está llena. Parejas bebiendo champán, grupos celebrando, algunos cerrando negocios entre plato y plato.

Nos quedamos en la acera de enfrente. Desde aquí tenemos vista completa a la entrada y la terraza.

—Ahí —Señalo con la cabeza—. Fue el último sitio donde la vieron.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace una semana.

Colm se rasca la barbilla.

—¿Y el camarero que la atendió?

—Un tipo llamado Javier. Lleva ahí tres años. Cuando lo presioné, de repente no recordaba nada.

—O estaba asustado —dice Paddy.

—Da igual. Quiero que montéis vigilancia aquí. Os turnáis, pero este sitio no se queda sin ojos ni un segundo.

—¿Horarios? —Colm ya está en modo operativo.

—El restaurante abre a mediodía y cierra a las tres de la madrugada. Cubrid todo el horario.

Paddy mira el restaurante, y luego a mí.

—¿Y si aparece?

—Si veis a alguien que se le parezca, quiero una foto clara. Si la veis a ella —Hago una pausa, me aseguro de que ambos me miran —, no hagáis absolutamente nada. No os acerquéis, no la llaméis. Me contactáis a mí al instante. ¿Queda claro?

—Como el agua —dice Paddy.

—¿Dónde estarás tú? —pregunta Colm.

—Tengo otros sitios que revisar, pero el teléfono lo llevo siempre encima.

Un Bentley se para frente al restaurante. Un hombre mayor con una mujer que podría ser su nieta, salen. Colm ya está estudiando posiciones. Señala un café al otro lado de la calle.

—Ahí. Buena vista, podemos alternar entre la terraza del restaurante y ese café. Es menos sospechoso.

Los observo cruzar la calle. Paddy ya está en modo camaleón, caminando como un turista más, mirando escaparates. Colm es más sutil, su corpulencia se funde con discreción.

Echo un último vistazo al restaurante. Un camarero está preparando las mesas de la terraza para la cena. ¿Será Javier? Desde aquí no puedo confirmarlo.

Me alejo en dirección contraria, adentrándome en el laberinto de callejuelas.

31

BRID

Dream Houses. El nombre está grabado en letras doradas sobre la puerta principal. ¿Quizá mi nueva agencia inmobiliaria? Respiro hondo antes de empujar la puerta de vidrio.

El interior es parque y plantas tropicales. Una recepcionista me sonríe desde detrás del mostrador.

—Buenos días. Soy Aine O'Connell. Tengo una entrevista a las cuatro.

—Por supuesto —consulta su pantalla—, la señora Margaret la está esperando. Por aquí, por favor.

Me conduce por un pasillo luminoso hasta una sala de reuniones. Una de las paredes es de cristal, con vistas a Sierra Blanca.

—Enseguida estará con usted. ¿Le apetece algo de beber?

—No, gracias.

Me siento en una de las sillas de cuero blanco y repaso en mi cabeza mis puntos fuertes. Experiencia en ventas, conocimiento del mercado local, referencias impecables.

La puerta se abre. Entra una mujer de unos cincuenta años, con el cabello plateado recogido en un moño francés. Traje pantalón azul marino, elegantísima.

—Soy Margaret Williams —me tiende la mano—. Encantada de conocerte.

—El placer es mío, Margaret.

Se sienta frente a mí y abre una carpeta. Mi currículum está dentro, con varias anotaciones en los márgenes.

—Su currículum está bien —dice, pasando las páginas—. Dos años en Costa del Sol Properties. ¿Qué le hace querer dejar su puesto actual?

—Busco una empresa con mayores oportunidades de crecimiento. Dream Houses tiene una reputación excelente en el segmento de lujo, y creo que mi experiencia podría aportar valor aquí.

Margaret asiente, mientras sus ojos me estudian.

—¿Alguna decisión vital que te impulse al cambio? A veces los cambios profesionales vienen motivados por circunstancias personales.

—Toda experiencia es un aprendizaje. Siento que he llegado al final de un ciclo y estoy lista para un nuevo desafío.

—Bien dicho —Margaret cierra la carpeta—. Déjame ser directa contigo, Margaret. He llamado a algunas referencias. Todos hablan muy bien de su profesionalidad y dedicación. Sin embargo, también me han mencionado que alguien de su empresa puede ser difícil de tratar. Especialmente con las empleadas jóvenes.

Me quedo quieta. ¿Qué sabe?

—No entiendo a qué te refieres.

—No tiene que decir nada —Margaret se inclina hacia delante—. En esta industria, todas sabemos cómo son algunos hombres. Lo importante es que aquí, en Dream Houses, no toleramos ese tipo de comportamiento.

Margaret se levanta y yo la imito.

—Creo que encajará perfectamente en nuestro equipo. Tendrá noticias nuestras muy pronto. Probablemente antes de lo que espera.

—Gracias, Margaret. Ha sido un placer.

Salgo del edificio con la ilusión renovada. El plan está en marcha. Con suerte, pronto estaré fuera del alcance de Miguel.

Camino hacia la cafetería donde he quedado con Carmen. Está a dos calles, un local pequeño que ella sugirió. La veo sentada en una mesa junto a la ventana, removiendo su café.

—Carmen —la saludo, sentándome frente a ella.

—¡Aine! ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Mejor, de hecho.

La camarera se acerca y pido un café con leche. Carmen me observa con curiosidad.

—¿De dónde vienes tan arreglada?

—Carmen, voy a dejar la empresa. Ya he empezado a moverme, vengo de una entrevista.

Su taza se detiene a medio camino de sus labios.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Es por lo que le ha pasado a Miguel?

—Es una decisión que llevaba tiempo meditando. Necesito un cambio.

Carmen deja la taza sobre el platillo.

—¿Pasó algo cuando te quedaste con él en la oficina?

—No, nada —respondo con una mentira—. De verdad. Es por mí, necesito empezar de nuevo en otro sitio.

Carmen me mira durante un instante. Finalmente, suspira.

—Si es lo que necesitas, te apoyo. Pero me vas a hacer mucha falta en la oficina. Eres la única persona cuerda en ese lugar.

—Yo también te echaré de menos.

La camarera trae mi café. Aprovecho para cambiar de tema.

—¿Cómo está todo en la agencia?

Carmen se inclina hacia mí.

—Un caos. Sin Miguel, nadie sabe muy bien qué hacer. Rocío está intentando hacerse cargo, pero no tiene ni idea. Y hablando de Miguel, ahora está en casa. Su mujer lo está cuidando. Estará de baja una temporada. Mínimo dos meses, según he oído.

—Vaya, ¿tan mal está?

—Eso parece.

Dos meses sin Miguel. Tiempo suficiente para desaparecer de su vida. Terminamos nuestros cafés hablando de nuestras cosas. Me cuenta los últimos cotilleos de la oficina, yo finjo interés. Cuando nos despedimos, me abraza.

—Prométeme que no vas a desaparecer, que seguiremos en contacto.

—Por supuesto, no te vas a librar de mí tan fácilmente.

El camino a casa se me hace eterno. El cansancio de los últimos días me pesa. La entrevista, mantener la fachada con Carmen, todo requiere una energía que ya apenas tengo.

Llego a mi edificio cuando el sol empieza a ponerse. Subo en el ascensor. Abro la puerta de mi apartamento y entro. El silencio me recibe. Dejo el bolso y las llaves en la entrada, y después me quito los zapatos con alivio.

Voy a la cocina. La garganta me arde de sed. Abro la nevera y veo la jarra de agua que siempre mantengo fría. Me sirvo un vaso grande, casi hasta el borde. La bebo de un trago sintiendo el frescor en el paladar.

Intento caminar pero mis rodillas flaquean. La cocina empieza a dar vueltas.

—¿Qué me pasa?

Consigo dar un paso hacia el salón, luego otro. Pero cada movimiento requiere un esfuerzo enorme, como moverse en arenas movedizas.

Llego al sofá justo cuando mis piernas ya no pueden más. Me desplomo sobre los cojines. Mi cuerpo ya no me responde. Los párpados me pesan. Las luces del salón se vuelven borrosas.

Con los ojos entrecerrados, veo una figura alta de pie junto al sofá. La silueta se inclina hacia mí.

Brendan. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Me ha encontrado?

Intento hablar, preguntar, entender qué hace aquí, pero la oscuridad me atrapa.

32

BRID

Abro los ojos. La luz que entra por la ventana tiene un ángulo que me parece raro. Está anocheciendo. El techo es alto, con vigas de madera. Pero un momento, ¡mi piso tiene un techo blanco y liso!

—¿¿Dónde estoy??

Me incorporo de golpe. Algo extraño está pasando. La cama es enorme, con un cabecero de hierro. La habitación es espaciosa. Paredes blancas, suelo de madera pulida, un sillón en la esquina.

Los recuerdos llegan en fragmentos. La nevera, el vaso de agua fría, el mareo, las piernas que no responden. De repente, un hombre. Alto, de pie junto al sofá.

Dios mío, alguien me drogó y me trajo aquí.

Llevo la misma ropa: la blusa blanca y la falda negra de la entrevista de trabajo. Voy a la puerta, que es de madera maciza. Giro el pomo, pero no se abre. Tiro con más fuerza, nada.

—¡Hola! —Golpeo con el puño—. ¡Abrid la puerta!

Golpeo otra vez.

—¡Que alguien me abra! ¡Ayuda!

Silencio. Cruzo la habitación hacia la ventana. Da a un patio interior. Baldosas de terracota, plantas en macetas de barro. Intento abrir la ventana, pero el marco no se mueve. Busco un pestillo, una manija. Nada.Veo las rejas de hierro.

—Joder, ¿qué hago ahora?

Hay un baño, así que voy a ver. No hay ventanas, solo un extractor. Abro los cajones bajo el lavabo. Toallas, papel higiénico, jabón. Nada que me sea útil.

Vuelvo a la habitación. Registro el armario: está vacío excepto por unas perchas. Los cajones de la mesilla: nada.

¿Dónde estoy? ¿Qué quieren de mí?

Una llave gira en la cerradura. Me coloco pegada a la pared, tensa de arriba abajo. La puerta se abre. Es él. Brendan. Me quedo de piedra. Dios mío, no puede ser.

Pero ahí está, en el umbral. Los hombros más anchos. La mandíbula más definida, con barba de tres días. Los ojos verdes, pero más fríos y duros. Tan guapo como siempre. Siento el impulso de abrazarle, pero tengo que pensar con la cabeza. No, él me traicionó.

—Brid —dice él, preocupado—, ¿cómo te encuentras?

Mi nombre real después de cinco años… Qué raro suena en sus labios.

—¿Tú me has traído aquí?

—Sí —dice acercándose.

—¿Te has vuelto loco?

Brendan se detiene.

—Estás en peligro —dice.

—¿Cómo que en peligro?

—Quieren matarte.

—¡El único peligro aquí eres tú! ¡Me has drogado y secuestrado! ¡Exijo que me dejes salir ahora mismo!

Se queda quieto.

—No vas a ir a ninguna parte, Brid. Te quedarás aquí, donde yo pueda protegerte. A partir de ahora, las cosas funcionarán a mi manera.

—¡No seguiré tus reglas! No tienes ningún derecho a hacerme esto.

—Regla número uno: harás exactamente lo que yo te diga para mantenerte con vida. Es la única regla que necesitas saber.

Lo empujo por el pecho. No se mueve ni un centímetro. Lo golpeo con los puños cerrados, una, dos, tres veces. Ni se inmuta.

—¡He estado perfectamente cinco años sin ti! ¿Quién te crees que eres para aparecer y destrozarlo todo otra vez?

Me coge las muñecas sin hacerme daño, pero inmovilizándome.

—Se te acabó la suerte. Te han encontrado. Si no estuvieras aquí conmigo, ya estarías muerta.

—¡Mentira! Nadie me ha encontrado. Nadie sabe quién soy. ¡Tú eres el único que ha venido a joderme la vida! ¿Y se supone que debo confiar en ti? ¿En el hombre que trabajaba para el asesino de mi familia?

—No tienes que confiar en mí. Solo tienes que obedecerme si quieres seguir viva.

—¡Prefiero estar muerta que ser tu prisionera!

—No digas estupideces.

—¡No son estupideces! ¡Me has encerrado aquí!

—Temporalmente.

—¿Cuánto es temporalmente?

—El tiempo que sea necesario.

—¿Necesario para qué?

—Para eliminar la amenaza.

—Estás loco. Completamente loco si piensas que voy a quedarme aquí.

—Vas a quedarte. Porque por mucho que me odies, y sé que me odias, sabes que nunca te haría daño.

—¡Ya me hiciste daño una vez!

Por un momento veo al Brendan de antes. El que me miraba como si fuera su mundo, pero parpadeo y vuelve a ser el cruel hombre que me ha secuestrado.

—Descansa —Se da la vuelta hacia la puerta—. Hablaremos más tarde.

—¡No te vayas! ¡No puedes dejarme aquí encerrada!

—Puedo y lo haré.

Llego a la puerta justo cuando la cierra. Furiosa, golpeo con los puños.

—¡Brendan! ¡Brendan, abre esta puerta!

La llave gira en la cerradura. Se oyen pasos alejándose.

—¡Hijo de puta! ¡No puedes hacerme esto!

Me dejo caer contra la puerta, temblando de rabia y miedo. Porque cuando lo he visto, durante una fracción de segundo antes de que la rabia tomara el control, mi corazón dio un salto. Como si después de cinco años, empezara a volver a latir.

33

BRENDAN

En la cocina, me quedo de pie junto a la encimera, con las manos apoyadas en el borde. El silencio de la villa es tan profundo que puedo oír mi propia respiración.

«Me has destrozado».«Exijo mi libertad». Las palabras de Brid resuenan en mi cabeza. La rabia en su voz, el odio en sus ojos. Qué mal.

Abro la nevera y saco un paquete de jamón, queso manchego, y una botella de agua con gas. La compra en el supermercado fue brutal, hay comida para parar un tren.

El móvil vibra sobre la encimera. La pantalla se ilumina: tres llamadas perdidas de Colm. Puede esperar.

Preparo el sandwich para Brid y otro para mí, aunque al final no hago más que picotear de todo. El suyo lo pongo en la bandeja, junto a una manzana, servilleta y el agua. Salgo de la cocina. Qué ganas de volver a verla.

Bajo las escaleras y me detengo frente a su puerta. Saco la llave del bolsillo. Respiro hondo y giro la llave. Brid está de pie junto a la ventana, con la espalda rígida y los brazos cruzados. Se gira cuando entro.

—¿Tienes hambre? —le pregunto.

Camino hacia la mesa auxiliar junto al sofá y dejo la bandeja. La botella de agua tintinea contra el plato. Es el único sonido en la

habitación.

—Mac te ha enviado, ¿verdad? —Su voz está cargada de cabreo, pero hay miedo debajo. Siempre he sabido leerla, incluso ahora—. Responde, Brendan. ¿Has venido a terminar el trabajo?

No la miro mientras habla. Me concentro en alinear la bandeja en el centro de la mesa.

—Come —ordeno.

Me giro hacia la puerta.

—¡No te atrevas a darme la espalda! —Su voz se quiebra—. ¡Contéstame!

Me detengo en el umbral y me giro hacia ella.

—Ya hablaremos, y recuerda que no eres tú quien da las órdenes.

Salgo de la habitación antes de que pueda decir algo más. Cierro la puerta. La cerradura hace clic cuando giro la llave. Me quedo con la frente casi tocando la madera.

Oigo el sollozo ahogado de Brid, y trago saliva.

El muelle de Puerto Banús está abarrotado a las once de la noche. Música de los restaurantes, risas de turistas, el ronroneo de los deportivos pasando.

Camino entre los yates hasta llegar al nuestro. Es uno de los más discretos, si es que se puede llamar discreto a un barco de veinte metros.

Colm y Paddy están en la cubierta. Colm tiene una cerveza en la mano, Paddy una lata de refresco. Los dos levantan la vista cuando subo por la pasarela.

—¿Novedades? —les pregunto.

Paddy se endereza en la silla. Colm deja la cerveza sobre una mesa.

—Nada, jefe —dice Colm, rascándose la barba de tres días—. Hemos estado en el restaurante, como dijiste. Entró y salió gente con pasta, algunos millonarios de esos que salen en YouTube, pero ni rastro de ella.

—Cero —añade Paddy.

Colm tiene manchas de sudor en la camisa. Paddy se ha quemado la nariz con el sol. Parecen dos turistas en vez de dos soldados de Mac Meanman.

—Mañana seguiréis igual. Turnos de doce horas.

—¿Doce horas? —Paddy casi escupe la cerveza—. Joder, Brendan, ¿en serio?

Lo miro hasta que él baja la vista.

—¿Y tú, jefe? —Colm intenta sonar casual, pero hay un filo de duda en su pregunta—. ¿No te unes a la fiesta? Digo, si vamos a pasarnos medio día mirando a pijos comer paella, podrías echarnos una mano.

Me acerco a la barandilla y miro hacia el puerto. Las luces de los yates se reflejan en el agua.

—Tengo otra pista. Me han hablado de un bar de irlandeses en el casco antiguo. El Murphy's. Dicen que por allí se mueve información. Voy a ver qué saco.

—¿Un bar de irlandeses? —Paddy suena escéptico—. ¿En serio crees que ella va a aparecer por un sitio así?

Me giro hacia ellos.

—No creo nada, sigo pistas. Vosotros vigiláis el objetivo principal, yo cubro otros frentes. ¿Algún problema con eso?

Silencio. Colm juguetea con la etiqueta de su cerveza. Paddy mira sus zapatillas.

—No, jefe —murmura Colm.

—El bar cierra tarde —añado—. Puede que no vuelva hasta mañana. Si Mac llama, le decís que estoy siguiendo una pista sólida.

—¿Una pista sólida? —Colm levanta una ceja.

—Sí, ¿algún problema?

Colm baja la mirada. Paddy se revuelve incómodo en su silla.

—Hay más sitios que vigilar —continúo—. Mañana quiero que uno de vosotros vaya al casino de Marbella. El otro se queda con el restaurante. Alternad cada seis horas.

—¿El casino? —Paddy parece más animado—. ¿Crees que puede aparecer por allí?

—Es el tipo de sitio donde alguien con dinero puede esconderse a plena vista. Muchas entradas y salidas, mucha gente que no quiere

ser reconocida.

—Tiene sentido —admite Colm.

—¿Y si no encontramos nada? —pregunta Paddy.

—Me informáis de que no habéis encontrado nada. Mac está perdiendo la paciencia. No quiero tener que explicarle que sus hombres se dedican a tomar el sol en vez de trabajar.

La mención de Mac los pone tensos. Bien, necesitan recordar para quién trabajan.

—¿Alguna descripción nueva que debamos buscar? —pregunta Colm—. ¿Algo más específico que «mujer irlandesa de treinta años»?

—Puede que se haya teñido el pelo —digo—. Puede que lleve lentillas de color. Puede que haya engordado o adelgazado. Buscáis a alguien que no encaja, alguien que mira por encima del hombro, alguien que parece estar esperando que la reconozcan.

—Eso podría ser cualquiera en esta ciudad —protesta Paddy.

—Por eso tenéis que ser buenos en vuestro trabajo. ¿O prefieres volver a Dublín, y explicarle a Mac que no pudiste encontrar a una mujer en una ciudad de cien mil habitantes?

—La encontraremos —dice Colm con seguridad—. Si está aquí, la encontraremos.

—Más os vale. Mac no es conocido por su paciencia, y ya llevamos varios días sin nada.

—¿Cuándo vuelves? —pregunta Colm.

—Cuando vuelva.

—¿Y si Mac pregunta específicamente por ti?

—Le decís la verdad: que estoy investigando una pista. Que he ido a interrogar a unos contactos, que estoy haciendo mi trabajo.

Me dirijo a la pasarela, pero me detengo antes de bajar. Tengo que seguir actuando delante de ellos. Que me vean implicado.

—Una cosa más, lo de siempre. Si veis algo, cualquier cosa, no actuéis. Me llamáis primero. ¿Entendido?

—Entendido —dicen los dos al unísono.

—No quiero héroes. No quiero que la asusten y salga corriendo. Si la veis, vigilancia discreta y me avisáis. Yo me encargo del resto.

Bajo la pasarela sin esperar respuesta. Oigo a Paddy murmurar algo a Colm cuando creen que ya no puedo oírlos. Camino por el

muelle con paso decidido, ignorando el lujo y el bullicio de Puerto Banús. Mi coche está aparcado a tres calles. La villa donde tengo a Brid está a veinte minutos.

34

BRID

La cerradura resuena en la habitación. Cuento las vueltas: una, dos, tres. Observo el pomo girar, confirmando lo que ya sé: estoy encerrada. ¿Cree que puede hacerlo y alimentarme como a un animal?

Con un movimiento brusco, empujo la bandeja hacia el extremo de la mesa. El vaso se tambalea, pero no se cae.

—Esto es una locura —digo en alto, como si las palabras pudieran cambiar la realidad—. Secuestrarme para «protegerme». Es la lógica de un psicópata.

Recorro la habitación otra vez. Mis dedos tantean cada centímetro de la ventana, buscando algún punto débil en las rejas. Nada. Pruebo con la puerta, empujo con el hombro, tiro del pomo. Tampoco.

Frustrada, vuelvo a la cama. Me abrazo frotándome los brazos como si tuviera frío, aunque la temperatura es agradable.

Recuerdo sus brazos rodeándome, más fuertes, más cálidos. Cierro los ojos e intento bloquear la imagen, pero es inútil. El Brendan de ahora, un extraño que me mantiene secuestrada, se superpone con el hombre que todavía recuerdo con claridad.

Conozco cada línea de su torso, cada músculo, cada cicatriz que marca su piel. Pero hay una en particular en su hombro izquierdo,

distinta. No parece un corte de navaja ni una bala. Sin poder evitarlo, mi mente me hace viajar en el tiempo.

Estoy en Dublín.

La única luz en el piso de Brendan viene de la pequeña lámpara de la mesilla. Las sábanas están enredadas alrededor de nuestras piernas, testimonio de la pasión de hace unos minutos. Estoy acurrucada con la cabeza en su pecho, escuchando cómo su corazón recupera su ritmo.

Con la yema del dedo, recorro su cuerpo. Una cicatriz aquí, otra allá. Cada una con su historia. Cuando llego a su hombro izquierdo, me detengo.

—¿Y esta? —susurro, juguetona—. No parece una marca de pelea. ¿Te caíste de la bicicleta intentando impresionar a alguna chica?

Siento cómo su cuerpo se pone duro.

—Es vieja —dice—. No es nada.

Pero no soy de las que dejan pasar las cosas. Me apoyo en un codo para poder mirarle. En la penumbra puedo ver su perfil, la mandíbula tensa, la mirada fija en el techo.

—Brendan —insisto—, háblame de ella.

Gira la cabeza para mirarme. En sus ojos hay una lucha silenciosa, como si decidiera qué revelar y qué mantener oculto. Espero, paciente, con la mano sobre su pecho de guerrero.

Finalmente, suspira. Un suspiro profundo que parece venir de un lugar oculto. Vuelve a mirar al techo, pero sus ojos parecen ver algo más allá, algo en el pasado.

—Trabajaba en los muelles.

—¿En los muelles? —repito sorprendida—. ¿Cargando cajas?

—No. Con los motores de los barcos de pesca. Me pasaba horas desmontándolos, limpiando cada pieza, quitando años de grasa y sal, haciéndolos funcionar de nuevo. Era bueno en eso, muy bueno.

Me quedo en silencio, encantada de que me cuenta sus historias.

—Soñaba con tener mi propio taller —continúa—. Nada grande, solo un lugar donde la gente pudiera traer sus motores cuando fallaran. Había estado ahorrando.

Hace una pausa. Su mano encuentra la mía y entrelaza con suavidad nuestros dedos. Qué bonito gesto.

—Había un motor viejo en el depósito. Un Volvo Penta. Nadie lo quería. Estaba oxidado, abandonado en una esquina. El dueño del depósito dijo que podía quedármelo si lograba hacerlo funcionar.

—¿Y lo intentaste?

—Me obsesioné. Pasaba las noches después del trabajo desmontándolo. Una tarde, estaba forzando una válvula atascada. Usé demasiada fuerza. La llave inglesa resbaló y una pieza de metal saltó. Me abrió el hombro hasta el hueso.

Recorro la cicatriz con el dedo sintiendo su relieve.

—¿Qué pasó después?

—Quince puntos. Tres semanas sin poder trabajar. Cuando volví, mi puesto estaba ocupado. El motor seguía allí, burlándose de mí. Necesitaba dinero rápido, así que un amigo me ofreció trabajo. De verdad, dijo, pagan mejor. Y aquí estoy.

El silencio llena la habitación. Asimilo la historia, veo por primera vez al chico que Brendan fue antes de convertirse en el hombre que está a mi lado. Un mecánico con un sueño sencillo. Un taller propio, motores que reparar. Me encanta saber eso de él.

Sin decir palabra, beso la cicatriz. No es un beso de pasión, sino un reconocimiento del dolor, de los sueños perdidos, de los caminos no tomados.

—Un taller… —susurro—. Hubieras sido el mejor mecánico de todos.

Brendan no contesta, pero su brazo me rodea y me atrae hacia él. Y sé, con una certeza que me sorprende, que amo a ese hombre, al mecánico que nunca llegó a ser.

El ruido de un coche me devuelve al presente.

Me toco el hombro casi sin darme cuenta, como si pudiera sentir el fantasma de aquella cicatriz. El recuerdo es tan vívido que casi puedo saborear su piel, sentir el calor de su cuerpo contra el mío. Brendan, cuántos momentos íntimos compartidos. ¿Cómo se puede olvidar algo así?

Me siento en el borde de la cama con las manos convertidas en puños. El Brendan que me ha encerrado aquí no es el que yo amé.

Pero nada de eso cambia mi situación. Secuestrada por un hombre que dice protegerme, pero me encierra. Un hombre que ha matado por mí y que mataría de nuevo, que no entiende que su *amor* es una jaula más peligrosa que cualquier enemigo.

Sacudo la cabeza para alejar el recuerdo de lo que fuimos. No puedo permitirme la nostalgia, no ahora.

—Tengo que escapar —digo en alto—. Cueste lo que cueste.

De repente, oigo otra vez el ruido del coche, que sale de la casa y se va alejando poco a poco. ¿Brendan se marcha? ¿Me quedo sola?

Piensa, Brid, piensa cómo puedes salir de aquí. El plato me da una idea, creo que buena. Aparto el sandwich y el agua, cojo el plato y lo estrello contra el suelo haciéndolo añicos. Bien, los añicos son afilados.

Han pasado horas desde que rompí el plato. ¿Cuándo regresará Brendan? El trozo más afilado lo tengo en mi mano derecha. Estoy sentada en el borde de la cama. Mi pulgar acaricia el filo una y otra vez.

El sonido de un motor rompe el silencio de la noche. Me tenso. Las ruedas crujen sobre la grava. El coche se detiene y el motor se apaga.

Se oye el cerrar de una puerta y pasos. Tiene que ser Brendan.

Me levanto de la cama, y me pongo al lado de la puerta. Por supuesto, tengo el trozo de plato en mi mano.

Los pasos se oyen por las escaleras. Vendrá confiado. ¿Por qué habría de tener prisa? Su prisionera está encerrada, ¿no?

Mi corazón late con fuerza. He repasado este momento cien veces en mi cabeza. La llave entra en la cerradura. Primera vuelta, segunda, tercera. El tirador se gira. La puerta se abre hacia dentro.

—Brid —dice al entrar.

Bajo el brazo y le rasgo la mano con el trozo del plato. Lo empujo con mi hombro contra su pecho. Retrocede y choca contra el marco de la puerta.

Corro. Subo las escaleras de dos en dos. Resbalo en el último peldaño, aunque recupero el equilibrio. El pasillo se extiende ante mí con la luz del salón al fondo.

Intento abrir la cristalera de la terraza, pero no hay forma. Al otro lado, la noche ha caído sobre la piscina.

—No, no, no —murmuro desesperada.

Tiene que haber otra salida. Cruzo el salón y llego a la cocina. Me subo al fregadero e intento abrir la ventana.

—Mierda —digo incapaz de abrirla.

Suelto un respingo. Brendan está a un par de metros. No me he dado ni cuenta. Su expresión es de una calma que hiela la sangre.

—¿Quieres desafiarme? —pregunta.

Se acerca lentamente, así que retrocedo hasta la encimera. Mi mano busca algo, cualquier cosa para lanzárselo.

—No te acerques más —le advierto.

Sigue avanzando. Abro el cajón y veo que hay cubiertos. Cojo unos cuantos y se los lanzo. Sus manos me cogen por la cintura y me levantan del suelo. Le doy puñetazos en el pecho.

—¡Suéltame! ¡Hijo de puta, suéltame!

Me lleva hasta la pared más cercana. Mi espalda choca contra ella. Intento darle un rodillazo, pero él anticipa el movimiento, presiona su cuerpo contra el mío y me inmoviliza.

—Para —ordena.

—¡Que te jodan!

Le doy un puñetazo en el hombro. Él coge mi muñeca y la sujeta contra la pared. Intento liberarme con la otra mano pero también la sujeta, mientras presiona su cuerpo sobre el mío.

Puedo sentir su agitada respiración, y el calor de su cuerpo atravesando su ropa. Nuestras caras están a centímetros. Dios mío, no puedo mirarle, no debería, pero lo hago.

Sus alucinantes ojos bajan a mis labios por una fracción de segundo. Mi pecho sube y baja. El aire entre nosotros está cargado de electricidad. No, no puedo pensar en eso. No con él, no así.

Pero mi cuerpo recuerda, tiene memoria. Recuerda otras veces que estuvimos así de cerca, cuando era deseo y no ira lo que nos unía. Cuando sus manos en mis muñecas significaban otra cosa.

—¡No vuelvas a intentarlo! —grita de repente, rompiendo el momento.

Me suelta las muñecas para cogerme del brazo.

—Camina —ordena.

—Puedo caminar sola.

—No me fío.

Me arrastra hacia las escaleras.

—Brendan, por favor.

—Se acabó el «por favor». Se acabaron las segundas oportunidades.

Mis pies apenas tocan los peldaños antes de que me empuje hacia el siguiente. Siento el pasillo del sótano más estrecho y oscuro que antes.

Llegamos a la puerta de mi prisión. Me empuja dentro con más fuerza de la necesaria. Tropiezo, mis manos encuentran el borde de la cama justo a tiempo para no darme de bruces.

Brendan está en el umbral. Es una silueta oscura contra la luz del pasillo.

—Mira lo que me has obligado a hacer —dice cabreado—. La próxima vez no seré tan paciente.

—La próxima vez...

—No hagas más tonterías.

La puerta se cierra con un portazo que retumba en toda la habitación. El sonido de la llave es más violento esta vez.

No he ganado esta batalla, pero la guerra no ha terminado. Mientras mi corazón siga latiendo, buscaré la manera de salir de aquí.

Miro los restos del plato esparcidos por el suelo. Tendré que encontrar otra manera. Esto no ha terminado, Brendan. Ni de lejos.

35

BRENDAN

Me quedo de pie con la espalda apoyada contra la puerta del dormitorio de Brid. Del otro lado no llega ningún sonido. No hay sollozos ni golpes. Solo una quietud supongo que cargada de furia contenida.

La adrenalina del enfrentamiento empieza a desvanecerse. El escozor en mi mano se hace más presente.

Levanto la mano para examinarla bajo la luz del pasillo. Un corte limpio y profundo. El trozo de plato que Brid me clavó hizo bien su trabajo.

En el baño de arriba, abro el grifo del agua fría y pongo la mano bajo el chorro. El agua se tiñe de rojo al limpiar la sangre, se arremolina y desaparece por el desagüe.

Me entra un recuerdo, de mí, de Brid, de nosotros.

Estoy en mi coche, en el aparcamiento subterráneo del centro comercial Dundrum. Brid está sentada en el asiento del copiloto.

—Dame la mano —ordena.

—Estoy bien, Brid.

—No, no lo estás. Dame la mano, Brendan.

Extiendo mi mano derecha hacia ella. Los nudillos están en carne viva, ensangrentados después del trabajo de la tarde. Un tipo no quería pagar sus deudas a Mac. Tuve que *persuadirlo*.

Brid abre la bolsa de farmacia que acaba de comprar. Saca gasas, desinfectante y vendas. Coge mi mano entre las suyas con delicadeza.

—Esto va a escocer —advierte.

Empapa una gasa con desinfectante y la presiona contra mis nudillos. Hago una mueca de dolor.

—Lo siento —susurra, aunque continúa limpiando la herida.

—No es nada.

Se detiene y me mira a los ojos.

—¿Qué clase de trabajo es este, Brendan? —Su voz está llena curiosidad—. ¿Qué clase de seguridad te deja los nudillos así?

—Ya lo hemos hablado. No puedo...

—¿Trabajas para la mafia? —Lo suelta de golpe—. ¿Es eso? ¿Eres un matón a sueldo?

El silencio se planta entre nosotros.

—Es por tu seguridad que no puedo contártelo —digo al fin.

—Mi seguridad —repite con amargura—. ¿Y qué hay de la tuya? ¿Qué pasará cuando aparezcas con algo peor que unos nudillos rotos?

—Eso no va a pasar.

—No puedes prometerme eso.

—Sí puedo. Te lo prometo.

Brid suspira y vuelve a concentrarse en mi mano. Aplica una pomada con movimientos suaves. Luego coge la venda y empieza a enrollarla alrededor de mis nudillos.

—Un día —dice mientras trabaja—, un día vas a tener que elegir. Ellos o yo.

—Si tuviera que elegir, te elegiría a ti. Siempre.

Termina de anudar la venda. Sus manos permanecen sobre la mía un momento más. El contraste es brutal: mis nudillos destrozados por la violencia, sus manos suaves curándome con amor.

—Listo —dice—. Intenta no destrozarte más esta semana.

Me inclino y la beso. El dolor del corte en mi antebrazo me devuelve al presente. Estoy de vuelta en el baño de la villa. El agua sigue corriendo.

Cierro el grifo. Abro el botiquín y saco lo necesario: antiséptico, gasas y una venda. Los coloco sobre el lavabo en orden.

Aplico el antiséptico sobre la herida. El escozor es fuerte. Aprieto la mandíbula sin emitir ningún sonido.

Cojo las gasas y las presiono contra el corte. La sangre las empapa rápidamente. Cambio las gasas y aplico más presión. Espero hasta que el sangrado disminuye.

Después empiezo a vendarme la mano yo mismo. Qué remedio.

Es curioso, las manos que una vez me curaron con amor ahora son las que me han herido con odio. La mujer que prometió amarme para siempre ahora me odia.

Y yo lo acepto. Porque para mantenerla con vida, debo convertirme en el hombre al que ella odia. El Brendan que la amaba, que la hacía reír, que la abrazaba en las noches frías de Dublín debe morir.

Solo puede quedar el carcelero. Termino de poner la venda. El vendaje es funcional, nada que ver con el trabajo cuidadoso de Brid en Dublín.

Bajo las escaleras hacia la cocina. Abro la nevera y examino el contenido. Saco un yogur natural y una botella de agua. Del armario, un paquete de galletas. Lo coloco todo en una bandeja. Nada que pueda convertirse en un arma.

Voy a la planta de abajo y me detengo frente a su habitación. La puerta sigue cerrada, el pasillo silencioso. Me agacho, dejo la bandeja en el suelo y me apoyo contra la pared.

Hay cosas que ella necesita entender, aunque no quiera escucharlas.

—Te he traído algo de comer —digo en voz alta—. Es lo único que vas a tener hasta mañana.

Silencio. Ni siquiera el crujir de la cama o pasos al otro lado. Pero sé que está ahí, conteniendo la respiración, esperando mis palabras.

—Tienes que entender cómo son las cosas ahora. Mac Meanman es el dueño de Dublín. No es el hombre que era hace cinco años. Su organización es más grande, más poderosa.

Hago una pausa, dejando que las palabras se asienten.

—Y no deja cabos sueltos.

Puedo imaginarla al otro lado, tumbada sobre la cama, escuchándome con atención. La Brid que conocí me habría interrumpido, gritado. Esta nueva versión de ella permanece en silencio.

—Cuando supo que a lo mejor estabas viva, me envió a Marbella.

Dejo que el silencio se instale entre nosotros. Es importante que entienda esto, que lo procese.

—Él no sabe con certeza que estás viva. Pero cuando lo sepa, te encontrará, aunque te ocultes en el último rincón del mundo, y te matará.

Sigue el silencio al otro lado de la puerta.

—No quiero que me perdones. No me importa si me odias. De hecho, es mejor así. Estás aquí porque es el único lugar del mundo donde Mac no puede encontrarte. Porque yo soy lo único que se interpone entre tú y él.

No espero respuesta. No la necesito. Mejor, no quiero oír su rabia o su dolor. Abro la puerta con la llave y veo que está de espaldas a mí, sobre la cama. Dejo la bandeja y cojo la otra, con los restos del plato roto y con el sandwich intacto. ¿La fruta? No lo sé. Igual la tiró por el váter.

Cierro la puerta, echo los cerrojos y me marcho. En la cocina, dejo la bandeja sucia. Mañana la limpiaré. En mi dormitorio, me echo sobre la cama sin quitarme los zapatos. El techo me devuelve la mirada, tan vacío como todo lo demás en esta villa. La mano vendada es un recordatorio de que todavía queda suficiente de la antigua Brid para odiarme.

Bien, al menos el odio la mantendrá viva.

Al día siguiente, el sol del mediodía cae con fuerza cuando subo por la pasarela del yate. De refilón, miro las demás embarcaciones. Reina la calma y eso es una buena noticia.

Colm y Paddy están en la cubierta superior, bajo el toldo que proporciona la única sombra decente. Colm está apoyado contra la

barandilla, observando el puerto con ojos inquietos. Paddy está sentado en una de las sillas. Se seca el sudor de la frente con una toalla.

—¿Alguna novedad? —pregunto.

Mi manera de hablar es la de siempre. El líder que espera un informe rutinario de sus subordinados. Colm asiente. Hay algo diferente en él. Una especie de satisfacción contenida que me pone en alerta.

—Tenemos algo sólido —dice.

Paddy se levanta de la silla como si tuviera un resorte en el culo. No puede contenerse más.

—Un nombre, jefe —escupe con las palabras entrecortadas por la emoción—. Tenemos un puto nombre.

Mantengo la expresión neutra, pero cada músculo de mi cuerpo se tensa.

—Hablad —ordeno.

—Se llama Aine —dice Colm saboreando cada sílaba—. Trabaja aquí, en el Puerto Banús.

Cabrones. Doy un paso hacia ellos y me fuerzo a mostrar interés, no el temor que siento por dentro.

—¿La fuente? ¿Es fiable?

—La mejor —dice Colm—. Hay una boutique de Dolce & Gabbana en el muelle principal. Tienen una pequeña cafetería privada en la planta de arriba para clientes.

—Una de las empleadas la reconoció por la foto —dice Paddy, frotándose las manos—. Dice que ha ido un par de veces. Le dimos una buena propina.

—Joder, buen trabajo —digo y le doy una palmada en el hombro a Colm—. Sabía que Mac no se equivocaba con vosotros. ¿Qué más tenéis?

—Poco más —admite Colm—. La chica de la tienda no sabe dónde trabaja. Hemos peinado casi todas las tiendas y las recepciones de los hoteles de la zona. Nos quedan las agencias inmobiliarias y las discotecas.

Camino por la cubierta y finjo que estoy elaborando un plan de ataque. En realidad, estoy acojonado. Tienen su nombre. Su puto

nombre. Eso significa que están a un paso de encontrarla.

—Inmobiliarias... —murmuro y asiento como si fuera una revelación—. Tiene sentido. Es un buen sitio para esconderse a plena vista. Mucho movimiento, mucho dinero.

Me giro hacia ellos y adopto mi pose de jefe.

—Así es como lo haremos. No podemos abandonar el primer objetivo, el restaurante. Es el único lugar donde tenemos una confirmación visual.

Señalo a Paddy con el dedo.

—Quiero que vigiles ese restaurante donde la vio Declan. Puede que vuelva a aparecer por la zona.

Paddy asiente y parece contento. Se ve que le gusta la idea de una vigilancia estática. Menos caminar bajo el sol. Me vuelvo hacia Colm.

—Colm, tú empiezas con las inmobiliarias. Haz una lista, empieza por las más grandes y ve bajando.

—Entendido —dice Colm—. ¿Y tú, jefe?

—Yo me encargo de la noche —digo sin vacilar—. Bares, pubs, discotecas. Si lleva cinco años aquí, tiene que salir. Empezaré por los locales más alejados, en Marbella y San Pedro. Sitios menos obvios donde podría sentirse segura.

Es la jugada perfecta. Los mando a buscarla en los lugares más evidentes mientras yo finjo buscarla en los menos probables. Les doy suficiente trabajo para mantenerlos ocupados, pero alejados de donde realmente podría estar ella.

—Estamos cerca —digo y los miro a ambos—. Lo sé. No cometáis errores ahora. Mac espera resultados, no excusas. Cualquier cosa, por mínima que sea, me llamáis.

Me giro y bajo por la pasarela con paso decidido, como un hombre con una misión clara.

Una vez que llego al muelle y estoy fuera de su vista, la sonrisa desaparece de mi cara. Mi expresión se vuelve tensa. Acelero el paso y me mezclo con la multitud de turistas que pasean con sus cámaras y sus sombreros estrafalarios.

El tiempo se me acaba. Voy a tener que tomar medidas.

36

BRID

EMPIEZO POR DEBAJO de la cama, pasando las manos por el suelo en busca de cualquier cosa que él haya podido olvidar. Por desgracia, solo encuentro polvo.

Levanto el colchón por las esquinas y tanteo la base. Con las manos, recorro la madera del cabecero en busca de grietas o hendiduras. Saco los cajones vacíos de la mesilla y examino el interior del mueble. Nada.

El armario. Abro las puertas y me agacho para inspeccionar el suelo. Exploro las esquinas hasta que noto una algo en el fondo, casi pegado a la pared. Es un trozo de papel viejo y doblado. Lo extraigo con cuidado.

Es una factura de agua, con una fecha de hace tres años. La dirección impresa en la parte superior es Urbanización Las Brisas del Monte, Parcela 47, Marbella. Conozco esa zona, las casas aisladas en las colinas. Ahora sé dónde estoy.

El sonido de la cerradura me hace reaccionar. Doblo el recibo con rapidez y lo guardo debajo de mi ropa. Me levanto justo cuando la puerta se abre.

Brendan. No trae comida sino una toalla, ropa y objetos de baño. Tiene un vendaje en la mano que le hice daño.

—He pensado que querrías darte una ducha antes de almorzar.

—Gracias.

Deja las cosas sobre la cama. Percibo tensión en sus hombros.

—Brendan —digo titubeante, cuando estoy a un metro—, necesito mi ropa, mis libros, algunas cosas de mi piso.

Sus ojos verdísimos se clavan en los míos, y la tensión en su cara se acentúa.

—No puedo arriesgarme. Alguien podría seguirme hasta aquí. La respuesta es no.

No insisto. Ya sé que está preocupado por ser seguido, lo que confirma que me buscan. Un silencio se instala entre nosotros. Brendan va al cuarto de baño. Lo sigo con la mirada mientras abre el grifo de la ducha. El sonido del agua resuena en la habitación.

Me acerco hasta quedar justo detrás de él, que está de espaldas ajustando la temperatura del agua. Levanto la mano hacia su espalda, casi lo toco, pero la dejo caer en el último instante.

—El agua caliente funciona —dice sin darse la vuelta—. Te traeré el almuerzo en una hora.

Se vuelve hacia mí. Nuestras caras quedan muy cerca. Veo las líneas de cansancio alrededor de sus ojos y la barba de un día sin afeitar.

Sale de la habitación. El sonido de la cerradura resuena tres veces. Me quedo sola, mirando la ropa que ha traído. Hay un conjunto de bragas y sujetador, un detalle que me resulta extrañamente íntimo.

Ahora tengo algo más valioso que ropa. Tengo información. Me siento en la cama y cojo el recibo. Es un pequeño triunfo. Parcela 47, Las Brisas del Monte, Marbella. Ahora solo necesito encontrar la manera de usar el dato.

La llave gira en la cerradura. Me levanto de la cama donde he estado tumbada. Brendan entra con una bandeja. Veo un plato de pasta, una manzana y una botella de agua. Coloca la bandeja sobre la mesa auxiliar.

—Es la hora de almorzar.

—Quiero comer arriba. Estoy harta de estar aquí. Déjame comer en el salón, por favor.

—No —dice tenso.

Doy un paso hacia él, manteniendo las manos visibles.

—No voy a intentar nada, lo prometo. Solo necesito —Hago una pausa calculada— no sentirme un animal en una jaula por un rato.

Brendan me estudia durante unos segundos.

—De acuerdo —dice finalmente—. Pero si intentas cualquier estupidez, se acaba. Y no volverás a salir de aquí.

Abre la puerta y me hace un gesto con la cabeza para que salga primero. Paso junto a él, sintiendo el calor de su cuerpo.

La luz del sol que entra por el salón me hace parpadear después de tantas horas encerrada. El espacio es amplio, con ventanas que dan a un jardín cuidado. Veo las colinas de Marbella a lo lejos, confirmando la información que ponía en el recibo.

Brendan señala la mesa del comedor.

—Siéntate.

Obedezco, eligiendo la silla que me da la vista hacia afuera. Coloca la bandeja frente a mí. Se queda de pie a un par de metros de distancia, apoyado contra la pared y con los brazos cruzados.

A pesar de todo, tengo hambre. Mi cuerpo necesita energía si voy a encontrar una manera de salir de aquí. Mastico despacio, saboreando cada bocado mientras mantengo mi expresión neutral. La pasta no está mal.

—Está bueno —digo mostrándome amable.

El silencio nos rodea. Solo se oye el sonido de mi masticación. Brendan no me quita los ojos de encima.

—Todavía no puedo creer que estés viva —dice Brendan de repente.

Le miro para saber si sus palabras encierran un reproche o una sorpresa.

—No ha sido fácil.

—¿Cómo lo hiciste, Brid? ¿Cómo escapaste de todo aquello?

Bebo un sorbo de agua para humedecer mi boca.

—Estaba en el sótano cuando ocurrió la explosión. Eso me salvó la vida. Cuando los bomberos me sacaron, estaba herida pero viva. En el hospital, oí a los policías. Sabían que era una bomba, que iban

a por mi padre. Entendí que si se enteraban de que había una superviviente, a lo mejor vendrían a por mí para terminar el trabajo.

Brendan se sienta en un extremo de la mesa.

—Así que escapé —continúo mirándolo a los ojos—. Esa misma noche. Me fui a Francia y luego vine aquí. He estado moviéndome, cambiando de trabajo, pero siempre mirando por encima del hombro.

—¿Por qué no me buscaste?

Me esperaba esa pregunta, la verdad.

—Me dijeron que eras uno de los hombres de Mac Meanman. El hombre que ordenó la muerte de mis padres. Entonces lo entendí todo y que aparecieras de repente en aquel bar para ayudarme. Me estabas vigilando.

—¡Yo no tuve nada que ver! ¡No sabía que Mac pensaba poner esa bomba! ¡Joder, Brid, tienes que creerme! ¡Nunca, nunca te haría daño!

Suelto un suspiro largo.

—Te creo, Brendan.

—No, no me crees. Lo veo en tus ojos. Sigues pensando que te mentí y que lo nuestro fue una farsa.

—Me tienes secuestrada en esta casa. ¿Qué se supone que debo pensar?

Brendan se queda callado. Por primera vez, me doy cuenta de que sigue siendo tan atractivo como siempre. Se ha recortado un poco el pelo, pero sigue teniendo esa mirada verde que me atraviesa en dos. Da igual el tiempo que pase, con lo guapo que es, siempre me deja el corazón encogido.

—¡Se acabó el almuerzo! —exclama.

Aparta la bandeja con un movimiento brusco que hace que la botella de agua ruede y caiga al suelo. Brendan rodea la mesa y me coge del brazo. Los dedos se me clavan como zarpas.

—Camina —ordena.

No me resisto. Me dejo guiar hacia las escaleras. Siento su respiración agitada en mi nuca mientras descendemos.

Abre la puerta y me empuja dentro de la habitación. Me giro para mirarlo una última vez, pero él ya está cerrando la puerta. Me quedo

de pie, escuchando sus pasos alejarse escaleras arriba.

37

BRENDAN

Abro el armario donde guardo el whisky Jameson. Saco un vaso del estante superior y dos hielos del congelador. Caen con un sonido que resuena en la cocina. El whisky se desliza sobre el hielo y lo hace crujir.

Voy al salón con la copa en la mano. Me siento en el lugar donde ella estuvo hace apenas unos minutos. La silla aún conserva algo de su calor, o quizá es mi imaginación.

Bebo un trago largo. Recuerdo su cara cuando me dijo: «Te creo, Brendan». Vi en sus ojos que no era verdad. Vi el miedo, la desconfianza detrás de cada palabra.

El error fue en Dublín, cuando tuve la oportunidad de decirle la verdad. Si se la hubiera dicho desde el principio... Cierro los ojos. Me permito imaginar ese momento.

Estamos en mi piso de Dublín, ella acaba de besarme. En lugar de dejarla creer que trabajo en seguridad, le digo la verdad.

«Brid, trabajo para Mac Meanman. Me asignaron vigilar tu casa, vigilarte a ti. Pero esto, lo que siento por ti, es real». En mi fantasía, ella se asusta al principio. Pero también ve que la amo de verdad.

Abro los ojos. La realidad vuelve. No hice eso. Mentí por cobardía, por ambición, por estupidez, qué sé yo. Ese error me ha costado años de pesadillas creyéndola muerta, años convertido en el perro más fiel de Mac porque ya no tenía nada más que perder.

Me termino el whisky de un trago. La bandeja del almuerzo sigue en la mesa. El vaso con agua. La servilleta que ella dobló después de usarla. Llevo la bandeja a la cocina. Lavo los platos uno por uno, concentrándome en frotar, enjuagar, secar. ¿En qué estará pensando ahora Brid?

Después cojo las llaves del coche y voy al garaje. Salgo marcha atrás, cierro con el mando y conduzco hacia el centro de Marbella. Voy a traer las cosas que me ha pedido Brid. Eso le sorprenderá.

Las calles pasan mientras conduzco. Conozco el camino de memoria. He vigilado su edificio varias veces en las últimas semanas. Joder, un coche patrulla de la Policía Nacional está aparcado delante del portal.

Freno y aparco donde puedo ver el portal, pero ellos no puedan verme. Apago el motor y observo con las manos en el volante.

Dos agentes uniformados hablan con alguien. Debe de ser un vecino. Gesticula, señala hacia las ventanas. ¿Es por Brid? ¿La están buscando? Uno de los agentes mira hacia los pisos de arriba del todo.

Podrían estar aquí por cualquier cosa. Un robo, una denuncia. Pero mi instinto dice que no, que tiene que ver con Brid. Alguien ha notado su ausencia y ha llamado a la policía.

Considero las opciones. Esperar a que se vayan o volver de noche. El riesgo ahora es evidente. Entrar ahora sería estúpido, por lo que decido marcharme.

Conduzco durante quince minutos hasta encontrar el lugar adecuado. Un aparcamiento vacío detrás de un centro comercial. Nadie a la vista. Aparco bajo la sombra de árbol y apago el motor.

Saco el móvil del bolsillo y llamo a Mac.

—Dime que tienes algo para mí, Brendan. He sido muy paciente.

—Colm y Paddy han conseguido una pista sólida. Un alias que podría haber usado: «Aine». Parece que se mueve por la zona de Puerto Banús.

Oigo el tintineo de su vaso con hielo al otro lado de la línea.

—¿Podría haber usado? No me interesan las posibilidades, Brendan, quiero certezas. ¿Dónde está esa dichosa mujer?

—Colm está peinando las inmobiliarias, Paddy sigue vigilando el restaurante. Si está aquí, la encontraremos.

Mac cuelga sin despedirse. Maldito cabrón. Me matará en cuanto sepa mi doble juego.

Guardo el teléfono y arranco de nuevo. Necesito verificar que Colm y Paddy siguen donde los dejé, persiguiendo pistas falsas. Puerto Banús está a diez minutos. Aparco junto a la entrada al muelle donde tenemos el yate.

Bajo el fuerte sol del atardecer, subo a bordo. Las gaviotas chillan por todo el cielo. El salón principal está vacío. Bien. Cojo una botella de agua de la nevera y llamo a Colm.

—¿Novedades? —pregunto.

Oigo el ruido de la calle al fondo.

—He preguntado en media docena de sitios por una tal Aine. O me miran como si estuviera loco, o directamente me dicen que me largue.

—Sé que es frustrante, pero es el único hilo del que podemos tirar ahora mismo —digo firme—. Ella es lista, no iba a dejar un rastro de migas de pan. Sigue con el plan. Revisa la lista de agencias, no quiero que te dejes ni una. Habla con cualquiera que parezca llevar tiempo trabajando allí. Vendedores, secretarias, personal de limpieza, me da igual.

Un suspiro casi inaudible al otro lado. Resignado, pero obediente.

—Entendido, sigo en ello.

—Llámame con lo que sea.

Cuelgo. Sé que está cabreado, pero me da igual. Saco los prismáticos del estuche. La oficina está abierta. Veo a una empleada hablando con otros dos. Gesticulan, miran hacia la calle cada pocos segundos. Busco a Miguel. No está. Su despacho está vacío. La paliza que le di ha tenido consecuencias. Probablemente esté en el hospital o, peor, hablando con la policía.

Bajo los prismáticos. La situación se complica, pero de momento está todo o casi todo bajo control. Vuelvo al coche con la ida de regresar a casa, pero antes he de hacer una parada en el centro comercial La Cañada.

Entro en la librería de la segunda planta, y voy directo a la sección de Empresa y Negocios. Recuerdo los ojos brillantes de Brid cuando me hablaba de sus estudios en Trinity College, de estrategias de marketing y todo eso que yo no sé.

Examino los estantes. Cojo un manual avanzado sobre Técnicas de Venta Inmobiliaria. Después, un libro denso y técnico sobre Creación y Gestión de Empresas. Finalmente, un manual práctico de Contabilidad. Balances, cuentas de resultados, flujos de caja. Le mantendrá la mente ocupada durante horas.

Pago en efectivo. Salgo del centro comercial y coloco la bolsa en el asiento del copiloto. Arranco y salgo del aparcamiento, pero no voy directo a la villa. Primero cojo la autopista hacia Málaga, salgo en la primera salida y vuelvo hacia Marbella por autovía. Veinte minutos de rodeos para asegurarme de que nadie me sigue. Es lo que hay.

En casa, me detengo frente a la puerta de la habitación de Brid. No hay sonido del otro lado. Saco la llave y entro.

Está en la cama, de espaldas a mí. Gira la cabeza hacia mí.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz débil.

Camino hasta la cama y dejo la bolsa.

—Te he traído algo.

Brid mira la bolsa, luego a mí, luego otra vez la bolsa. Se incorpora despacio y la abre. Saca el primer libro: «Técnicas de Venta Inmobiliaria». Pasa las páginas. Saca el segundo y el tercero.

Un mechón del cabello le cae con suavidad. Joder, cuántas veces se lo recogí con la mano cuando estábamos juntos. Su cabello rojo. Ahora es castaño. No, no le queda bien. ¿Cuánto tiempo tardará en volver a crecer su color natural?

—Gracias —dice—, aunque no hacía falta.

Es la primera vez desde que la traje aquí que suena sincera.

—¿Seguiste con los estudios de Empresa?

—No pude. Muy complicado con mi estilo de vida. Tenía que trabajar para sobrevivir. No tenía tiempo para estudiar, aunque más de una vez pensé en retomar los estudios.

Se fija en mi mano vendada.

—¿Está bien? —pregunta.

—Sí.

Deja los libros amontonados en la mesilla de noche. Al estirar el brazo, sus caderas se mueven. Cuántas veces me lancé a por ella para quitarle la ropa y estar dentro de ella como un salvaje. Imposible de olvidar.

—¿Sabes? —dice—. Estos cinco años he pensado mucho en nosotros, en Dublín. ¿Tú te has acordado?

—Sí.

Una palabra es todo lo que puedo dar.

—Incluso de la tontería del «B&B».

—Creía que te parecía cursi —digo sonriendo.

—Lo es. Pero me gustaba, era algo nuestro, romántico.

Silencio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dice.

—Claro.

—¿Hay alguien, una mujer en tu vida?

—No.

—¿Y tú? ¿Muchos hombres?

—Ninguno —responde mirándome.

Se forma otro silencio extraño. Estamos recomponiendo lo que fuimos pedazo a pedazo. No es fácil.

—¿Qué ha sido de tu vida estos cinco años, Brendan?

Cruzo los brazos.

—Me convertí en la mano derecha de Mac Meanman. Soy el segundo de a bordo.

—¿Confías en él?

—Ciegamente, ¿por qué?

—Por nada.

Camino hacia la ventana mientras hablo, mirando el jardín.

—Dirijo todo el puerto norte de Dublín. Cuando yo hablo, los hombres escuchan. Y cuando no lo hacen, me aseguro de que no vuelvan a cometer ese error.

Me giro para mirarla. Quiero que vea quién soy ahora. El hombre que he construido después de creerla muerta.

—¿Y eso te hace feliz?

La pregunta me pilla desprevenido. Feliz. ¿Existe esa palabra en mi vocabulario? Me acerco a ella y me siento a su lado, a medio metro de distancia.

—La única vez que fui feliz en toda mi puta vida fue contigo —digo alto y claro para que no haya dudas—. Y ahora que te he encontrado cuando pensé que habías muerto, ¿de verdad crees que voy a dejar que te vayas otra vez?

—El hombre que yo amé no secuestra a la gente. Tú no eres él —dice clavándome su respuesta como un puñal en el corazón.

—Soy el mismo hombre, Brid. El mismo que te habría seguido hasta el fin del mundo. ¿Lo entiendes?

Ella niega con la cabeza, pero sus ojos no se apartan de los míos. La lucha dentro de ella es una guerra entre lo que recuerda y lo que siente. Acerco mi mano a la suya.

—El poder, el dinero... lo quemaría todo si eso significara volver a esa noche, en mi piso, cuando te prometí que siempre te elegiría a ti. Esto soy yo eligiéndote a mi manera. La única que conozco.

Cubro su mano con la mía y aprieto con suavidad, sintiendo su piel bajo la mía. Qué sensación. Es un una necesidad de proteger lo que es mío. Una lágrima silenciosa se desliza por su mejilla. Aprieto su mano con más fuerza. Estamos tan cerca que podría besarla.

—Tú eres mía, Brid —digo con un tono de orden y súplica—. Siempre lo has sido.

No puedo seguir aquí, en esta habitación, con ella mirándome así. Me doy la vuelta y camino hacia la puerta.

—Se acabó la conversación —digo.

—Brendan, espera.

Salgo de la habitación y cierro la puerta, ignorándola. Giro la llave en la cerradura. Necesito whisky y distancia. Necesito recordar por qué la tengo aquí encerrada.

38

BRENDAN

Entro en mi dormitorio con el eco de sus palabras martilleándome el cerebro. «El hombre que yo amé no secuestra a la gente. Tú no eres él.»

Joder, Brid. Claro que soy yo. El mismo idiota que se enamoró de ti. Solo que ahora con más cicatrices.

Me quito la camisa, tiro las botas a cualquier parte, me quedo desnudo. Necesito sudar, necesito dolor físico que ahogue este desastre.

Flexiones: una, dos, tres... Los brazos empiezan a fallar cuando llego a veinte, pero sigo. Cuarenta, cincuenta. El sudor me pica en los ojos. Cien.

Paso a los abdominales. La quemazón en el estómago es casi un alivio. Al menos esto lo controlo. Arriba, abajo, arriba, abajo. No como ella. No como esta situación de mierda donde la tengo encerrada para protegerla y ella me odia.

Ahora empiezo con las sentadillas. Las piernas protestan pero me da igual. Bajo, subo, bajo, subo.

¿Qué coño esperabas, Brendan? ¿Que te recibiera con los brazos abiertos? «Oh, Brendan, gracias por secuestrarme y encerrarme en un sótano. Qué romántico». Soy un puto idiota.

Voy al baño arrastrando los pies. El espejo me muestra lo que soy: un matón lleno de cicatrices. Vaya, estoy empalmado. No me

extraña, no hago más que pensar en ella.

Su increíble cuerpo, sus gemidos cuando follábamos, la forma en que me miraba cuando... No, para. No puedo pensar en eso ahora porque si bajo las escaleras y entro en su cuarto, haré algo de lo que me arrepentiré.

Abro el grifo de la ducha y me meto bajo el agua. Que me congele las pelotas si hace falta. Apoyo las manos en la pared y dejo que el agua helada me moje.

El problema es que no sé hacer esto. Sé romper huesos, sé dónde cortar para que alguien se desangre en tres minutos, sé hacer desaparecer cadáveres. Pero no sé cómo hacer que la mujer que amo deje de odiarme. No enseñan eso en la escuela de matones de Mac.

Cierro el grifo y salgo chorreando. Me ato una toalla a la cintura y voy hacia la ventana. La Costa del Sol de los cojones. Hace cinco años esta vista me habría dado igual. Era solo otro sitio donde hacer trabajos sucios.

Ahora solo pienso que ella está aquí, viva, respirando muy cerca de mí. A veces creo que me voy a despertar en Dublín y descubrir que todo es un sueño. Que sigue muerta, que mi cerebro me está jugando una broma muy cruel.

Pero no, es real. Y la Brid que tengo abajo no es la mujer que conocí. Esta es una superviviente que me clavaría un cristal en el cuello si pudiera. Parte de mí admira eso, otra parte lo odia.

Saco de la mesita de noche la cajita de terciopelo del bolsillo interior. Me siento en la cama y la abro. Oro amarillo, diamante perfecto, B&B grabado.

Esto es lo que quiero. Quiero despertar con ella cada mañana. Quiero hijos pelirrojos que tengan mis ojos. Quiero una vida con ella.

Pero no puedo darle este anillo ahora. Sería como ponerle una cadena más. «Felicidades, eres mi prisionera y además mi prometida.» Qué romántico, Brendan. Eres un genio.

Primero tengo que lidiar con Mac. Encontrar la forma de que nunca pueda tocarla. Y luego, lo imposible: hacer que vea al hombre que fui.

Me quedo sentado, solo en esta villa ridículamente grande, con mi futuro imposible en el puño. El móvil vibra sobre la mesilla de noche. La pantalla se ilumina. «Colm».

Dejo la caja del anillo en la cama y contesto. Tengo que sonar normal, como el jefe que espera resultados.

—¿Qué tienes para mí?

—Jefe, lo tenemos —Colm suena excitado al otro lado—. Un camarero de un bar cerca de las oficinas la ha reconocido. La mujer de la foto, Aine. Trabaja en la inmobiliaria Costa del Sol Properties.

Frustrado, agito el puño procurando no soltar ni una palabra de cómo me siento en este momento.

—Buen trabajo, Colm. Sabía que daríais con algo. ¿Estás seguro de que la fuente es fiable?

—Cien por cien. El tipo la ha descrito perfectamente.

Me levanto y camino hacia la ventana, calculando el siguiente movimiento en el tablero.

—Haced una vigilancia discreta. Quiero una confirmación visual antes de hacer ningún movimiento. No la asustéis. Cuando la tengáis localizada, me llamáis de inmediato. No hagáis nada más.

—Entendido, jefe.

Cuelgo. Con un movimiento rápido, golpeo la ventana, que tiembla.

—¡Mierda!

Salgo a toda prisa. Bajo al garaje y subo al coche. No tengo más remedio que dejar a Brid sola. Ojalá pudiera tener una cámara en su cuarto, pero se habría dado cuenta.

Varios kilómetros después, en la autovía encuentro lo que busco: una cabina telefónica en la calle, cerca de un pequeño centro comercial. Doy la vuelta bajo un puente y aparco a unos doscientos metros.

Saco unas monedas del bolsillo, descuelgo el auricular y marco el 091.

—Emergencias, ¿dígame?

—Hay una bomba en la inmobiliaria Costa del Sol Properties —digo en inglés—, en Puerto Banús. Va a explotar en quince minutos.

Cuelgo de golpe y limpio las huellas con la camiseta. Salgo de la cabina frotándome las manos en los vaqueros, como si pudiera quitarme de encima la jugarreta que acabo de hacer.

La policía ya estará movilizándose. La inmobiliaria será evacuada en los siguientes minutos. Nadie podrá acercarse en horas. Colm y Paddle no se arriesgarán y yo gano tiempo.

A la entrada de Puerto Banús, veo las luces azules de la Policía Nacional. Un coche patrulla atravesado en la entrada de la calle, dos agentes desviando el tráfico. Giro el volante y continúo hacia el aparcamiento.

Aparco entre un Bentley y un Ferrari, los juguetes de los que juegan a ser peligrosos en la Costa del Sol. Salgo del coche y camino hacia el pantalán.

Subo a bordo del yate. Colm está de pie en la cubierta, mirando hacia el paseo marítimo. Paddy no está.

—¿Qué coño pasa ahí fuera? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—No lo sé seguro, jefe. Cuando hemos llegado, ya estaba todo montado. Policía, bomberos. O ha sido un accidente en la inmobiliaria o un aviso de bomba. He mandado a Paddy a ver qué averigua. Es mejor que vaya uno solo.

Asiento y me acerco para observar la escena a lo lejos. Policía, bomberos y un montón de curiosos.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Veinte minutos —Colm da un paso hacia mí—. Paddy y yo cambiamos de planes cuando vimos a la policía.

—Bien hecho.

—Es raro, jefe. Llevamos semanas persiguiendo a esta Aine —Hace una pausa y estudia mi reacción—. Justo cuando por fin tenemos algo sólido, aparece la policía.

Puedo sentir la insinuación flotando entre nosotros, sutil pero inconfundible. Colm no me está acusando, pero la semilla de la sospecha está ahí.

—¿Estás sugiriendo algo, Colm?

—No sugiero nada —Levanta las manos en un gesto de falsa inocencia—. Solo digo que es mucha casualidad. A lo mejor esa Aine

tiene un ángel de la guarda o…

—O… a lo mejor qué.

—Nada, jefe —Sostiene mi mirada y después la aparta—. Solo pensaba en voz alta. Esta búsqueda nos está volviendo a todos un poco paranoicos.

—A mí no.

Sé que Colm es demasiado listo para dejar esto pasar, pero también demasiado cauto para presionarme sin pruebas.

Se oyen pasos en la pasarela. Debe de ser Paddy. La puerta se abre y entra, su cara redonda brillando de sudor.

—Hola, jefe.

—Habla —ordeno.

Paddy recupera el aliento y se limpia la frente con el dorso de la mano.

—Es una amenaza de bomba —Respira profundo—. Falsa, al parecer, pero han evacuado todo el edificio. Los artificieros están dentro ahora mismo. No se podrá entrar en horas.

—Qué putada —dice Colm.

—Pero escuchad esto: he estado cerca del corrillo de los empleados, mientras esperaban fuera. Todos hablando, ya sabes, nerviosos por la bomba.

—¿Y?

—Una mujer mencionó a Aine. Dicen que no ha venido a trabajar en días, que nadie sabe dónde está —Mira a Colm y luego a mí—. Pero mencionó algo interesante.

—¿El qué? —digo empezando a inquietarme.

—Que Aine vive en Nueva Andalucía, cerca de una torre de pisos muy alta. Lo estaba comentando con otro compañero. Yo estaba cerca, haciéndome el curioso.

Mierda. Sí, es ahí donde vive Brid.

—Nueva Andalucía —Colm me mira—. Es una pista.

—O podría ser nada —digo.

—Pero es lo único que tenemos ahora —dice Paddy.

Permanezco en silencio un momento. ¿Qué coño digo ahora? Estos cabrones cada vez están más cerca.

—Encontrad ese edificio —digo con firmeza—. El bloque cerca de una torre de pisos. No puede haber muchos.

—Vale —dice Paddy.

—Y Colm, si tienes alguna teoría más sobre ángeles de la guarda o casualidades convenientes, guárdatelas. Me aburren las historias de fantasmas.

Colm se queda callado. Salgo del yate sin esperar respuesta. El puto sol de la tarde me da en la cara, pero tengo otras preocupaciones. Encargarme de esos dos bastardos, que cada vez están más cerca de confirmar que Brid está viva.

39

BRENDAN

Me apoyo en la encimera de la cocina y me echo un trago de whisky. El whisky baja ardiendo y me recuerda que estoy vivito y coleando.

Miro el reloj de la pared: las siete y veinte. Hora de cenar. Hora de bajar a verla, de enfrentarme a esa mirada que me dice que soy un monstruo.

Termino el whisky de un trago. Bajo las escaleras, recorro el pasillo con el ansia de ver a Brid y me detengo frente a la puerta, que abro con la llave.

Brid está sentada en la cama con las piernas estiradas. Tiene uno de los libros de Empresa que le compré abierto sobre el regazo. La luz de la lámpara de noche crea un halo suave en la habitación. Su pelo se ve oscuro. Cómo echo de menos su pelo pelirrojo.

La veo en mi piso de Dublín, con los apuntes de marketing esparcidos por la mesa, explicándome con entusiasmo lo que ella estudiaba y que yo fingía entender solo para verla hablar. La veo caminando por los jardines del Trinity College, con su carpeta y esa sonrisa que me volvía loco.

Al verme, Brid sonríe. Qué sorpresa, una sonrisa. ¿O será un truco?

—Han cambiado el enfoque del marketing mix —dice con tranquilidad—. Ahora lo llaman las 4 C: Cliente, Coste, Conveniencia

y Comunicación. Ya no es solo Producto, Precio, Plaza y Promoción. Es curioso, ¿verdad?

La normalidad de su comentario me desarma.

—¿Las 4 C? —pregunto—. ¿Cómo funciona eso?

—Bueno —dice ella y gira el libro hacia mí para que pueda ver el diagrama—. La idea es que ahora el enfoque está en el cliente, no en el producto. Es un cambio de perspectiva. En vez de pensar qué producto quieres vender, piensas qué necesita el cliente.

—Tiene sentido —digo, y me doy cuenta de que estoy teniendo una conversación normal con ella. Por primera vez desde que la traje aquí, no estamos hablando del secuestro, ni de Mac, ni del pasado. Somos solo dos personas hablando de libros de empresa.

Siento una esperanza peligrosa y estúpida, aunque no sé por cuánto tiempo.

—¿Quieres cenar algo diferente? —le pregunto.

Brid cierra el libro y lo deja a un lado sobre la mesilla. Me mira con un brillo especial en los ojos.

—Recuerdo una cena que te preparé en tu piso. Fue muy divertido.

—Sí, lo recuerdo.

—Podría prepararla yo. Con una ensalada, si quieres.

Ojo, cuidado, Brendan, es una trampa. Está buscando una oportunidad. Te está manipulando.

—¿Me dejarías cocinar? —dice ella, mirando mi vendaje—. Prometo no intentar nada. Solo quiero hacer algo normal. Algo que no sea estar encerrada mirando estas cuatro paredes.

—Está bien —digo para mi sorpresa.

Sé que debería haber dicho que no. Sé que cada concesión es terreno que pierdo, control que cedo. Pero la imagen de ella cocinando, de los dos cenando juntos, es demasiado tentadora.

Soy un adicto y ella me está ofreciendo mi droga.

Una sonrisa genuina ilumina su cara. Joder, sigue siendo la mujer más bella del mundo.

—Necesitaré algunas cosas. No sé qué tienes en la cocina.

—Dime lo que necesites. Iré a comprarlo.

—Pan brioche, si encuentras. Si no, cualquier pan blanco grueso servirá. Huevos, leche entera, canela en rama, no en polvo si es posible. Extracto de vainilla. Mantequilla. Para la ensalada, lechuga, tomates cherry, pepino, aguacate si está maduro —Se detiene, me mira con algo parecido a la timidez—. Sirope de arce. El de verdad, no el sucedáneo.

—¿Sirope de arce?

—Te gustaba. Decías que sin él no eran tostadas francesas de verdad.

El hecho de que recuerde ese detalle, después de todo este tiempo, me deja atontado.

—Lo conseguiré —digo con seriedad, quizá demasiada.

—Gracias.

Entre nosotros flota el recuerdo de lo que fuimos, y eso me gusta. Me doy la vuelta y salgo de la habitación antes de hacer algo estúpido. Cierro la puerta y giro la llave.

¿Qué coño estoy haciendo? ¿De verdad voy a dejarla cocinar? ¿Vamos a sentarnos a cenar?

Subo las escaleras y cojo las llaves del coche. Tengo que ir al supermercado. Tengo que comprar pan brioche, sirope de arce del bueno y no sé cuántas cosas más. Hoy ceno con la mujer que creí muerta.

Empujo el carrito por el pasillo central. Me detengo en la sección de panadería, donde hay tres tipos de pan brioche. Cojo uno, leo la etiqueta y lo devuelvo para coger otro. Brendan, la mano derecha de uno de los grandes criminales de Dublín, haciendo la compra. Qué puta gracia.

Un hombre que empuja su propio carrito pasa a mi lado y me mira de reojo. Reconozco esa mirada. Es la de alguien que intenta ubicarme, que sabe que no encajo aquí.

Elijo el brioche más caro y lo echo al carrito junto a los huevos. Si vamos a hacer esto, lo haremos bien. Cojo leche entera, no

desnatada, y canela en rama y molida. El extracto de vainilla está en el pasillo de repostería; encuentro uno de Madagascar. Perfecto.

Voy al pasillo de licores, donde me muevo con más soltura. Encuentro la botella de Jameson de doce años. Una no bastará para lo que se avecina. Cojo una segunda botella. Puede que necesite algo más que whisky para sobrevivir a esta noche, pero es un comienzo.

Llego a la caja. La cajera es joven, no tendrá más de veinte años. Es morena y lleva un pendiente en la nariz.

—Buenas tardes —dice sonriendo.

Asiento y coloco los productos en la cinta. Ella los pasa por el escáner. El pitido repetitivo marca el ritmo. Pan, bip. Huevos, bip. Whisky, bip. Whisky otra vez, bip.

—¿Quiere una bolsa? —pregunta.

—Dos.

Meto todo en las bolsas y después saco un fajo de billetes del bolsillo. Siempre pago en efectivo, es una vieja costumbre. Ella cuenta el cambio despacio.

—Que tenga buena tarde —dice al entregarme el dinero de vuelta.

Cojo las bolsas y salgo. El aparcamiento está lleno de familias que cargan sus compras de la semana. Voy a mi coche empujando el carrito como si lo hiciera todos los días.

Arranco y salgo del aparcamiento para incorporarme a la autovía hacia la costa. El tráfico es fluido. A mi derecha, el sol desciende hacia el horizonte y tiñe el cielo de naranja y púrpura sobre el Mediterráneo. Coño, qué bonito.

¿Y si esto funcionara? ¿Y si pudiera convencerla? Podríamos quedarnos aquí, en la costa. Comprar una villa. Algo con vistas al mar y un jardín grande.

Brid estaría ahí, en esa villa imaginaria. No como una prisionera, sino como mi esposa. La imagino con su pelo rojo natural, no el castaño que lleva ahora. La veo dirigiendo la casa, organizando cenas, siendo la anfitriona perfecta. Y niños corriendo por el jardín.

Serían intocables. Nadie se atrevería a hacerles daño. Crecerían sin miedo, sin tener que dormir con un cuchillo bajo la almohada,

como yo a su edad. Irían a buenos colegios, a la universidad para seguir en el negocio de la familia. Tendrían opciones que yo nunca tuve.

Todo lo que he hecho al margen de la ley cobraría sentido, para darles a ellos lo que a mí me faltó: una familia de verdad.

El desvío hacia la villa aparece a mi derecha. La carretera se vuelve estrecha y serpenteante, con árboles que forman un túnel. La costa desaparece tras las colinas.

El portón de seguridad se abre al detectar el coche. Entro y aparco frente a la entrada principal. Apago el motor. No se oye nada.

Cojo las bolsas del asiento del copiloto. Las botellas de whisky hacen que pesen. Tengo todo lo necesario: los ingredientes para las tostadas francesas y el alcohol para la noche. Todo para recrear algo que existió y que me dejó huella.

40

BRENDAN

Después de dejar la compra en la cocina, voy a por Brid. Noto que el estómago se queja. Sí, tengo hambre. Abro la puerta y la veo, saliendo del baño.

—Vamos —le digo—, es la hora.

—Vale —dice sonriendo.

Me hago a un lado y la dejo pasar. Pasa junto a mí sin rozarme, dejando en el aire un agradable rastro a jabón.

Camino detrás de ella, atenta a sus movimientos. La forma en que balancea las caderas, qué sexy. Joder, me hipnotiza.

En la cocina, Brid va directa al fregadero. Se lava las manos con meticulosidad, como si fuera una cirujana dispuesta a operar. Se seca con el paño de cocina y examina lo que que he comprado. Ordena sobre la encimera: pan brioche aquí, huevos allá, la canela y la vainilla juntas.

—Has conseguido sirope de arce de verdad —dice sacando la botella de la bolsa—. El canadiense. Siempre decías que el artificial sabía a plástico dulce.

—Sigo pensándolo —digo encogiéndome de hombros.

Me siento a la mesa mientras ella hace lo suyo. Saca un bol grande del armario y encuentra el batidor en un cajón. Se mueve por la cocina como si supiera exactamente dónde está cada cosa. Alucinante.

—¿Sabes? En París hay un sitio que hace las mejores tostadas francesas del mundo —dice mientras rompe los huevos en el bol—. Bueno, allí las llaman *pain perdu*. Pan perdido. Me gusta más ese nombre.

Bate la mezcla con movimientos rítmicos.

—¿Te acuerdas de aquella película que fuimos a ver al cine? —dice con un toque de nostalgia—. La francesa sobre el chef que se enamora de la crítica gastronómica.

—La del final triste.

—No era triste, era realista. —Añade la vainilla y la canela a la mezcla—. A veces el amor no es suficiente. A veces la vida se interpone.

—El final te hizo llorar.

—Y tú fingías que no te habías emocionado —Sonríe mientras sumerge la primera rebanada de pan en la mezcla—. Pero vi cómo te restregabas los ojos cuando creías que no miraba.

—¿Yo? No me hagas reír. Eso debió de ser el aire acondicionado, que me irritó.

—Claro —Pone la sartén al fuego y añade mantequilla—, el aire acondicionado.

La mantequilla chisporrotea en la sartén. Coloca la primera rebanada empapada. El aroma a canela y vainilla empieza a llenar la cocina. Mi estómago sigue gruñendo.

—Después de la película fuimos a ese pub —digo—. El que tenía música en vivo los jueves.

—McGinty's —Le da la vuelta a la tostada con destreza—. Pediste dos pintas de Guinness y *fish and chips* para compartir. El guitarrista tocó «Whiskey in the Jar» tres veces porque le diste veinte euros.

Qué increíble que se acuerde de esos detalles.

—Te gustaba esa canción —digo.

—Me gustaba cómo la cantabas tú —Pone la primera tostada en un plato y empieza con la segunda—. Desafinabas en el estribillo, pero lo compensabas con entusiasmo.

Me encanta escucharla hablando de nosotros, de nuestro pasado. Se le cae un trapo y me levanto para recogerlo. Ella se agacha al mismo tiempo. Nuestras manos se rozan.

Una corriente eléctrica me recorre el brazo. Aparto la mano como si me hubiera quemado. Nuestros ojos se encuentran, y veo en los suyos el mismo sobresalto.

—Perdona —murmura.

—No pasa nada.

Pero sí pasa. La química entre nosotros no ha muerto. Ha estado latente, esperando una sola chispa para incendiarse.

Brid vuelve a concentrarse en las tostadas. Prepara cuatro en total, dos para cada uno. Las apila en los platos y las rocía generosamente con el sirope de arce. Corta fresas que encontró en la nevera y las coloca al lado. Lo que daría por volver atrás en el tiempo y revivir esas tardes con ella.

—La ensalada puede esperar —dice—. Esto hay que comerlo caliente.

Llevamos los platos a la mesa del salón. Nos sentamos uno frente al otro. Las tostadas francesas huelen a canela y a domingo por la mañana en Dublín.

—Están perfectas —digo después del primer bocado.

—La proporción de canela es importante —Corta un trozo con el tenedor—. Demasiada y domina todo. Muy poca y es solo pan con huevo. Cuestión de proporciones.

—Estoy de acuerdo —le digo aunque no tengo ni idea de cocina.

—¿Sabes? En la inmobiliaria tuve un cliente una vez. Un irlandés, de Cork. Quería comprar una villa para retirarse. Decía que España era como Irlanda pero con sol.

—¿Le vendiste algo?

—Una casa con vistas al mar. Lloró cuando firmó las escrituras. Dijo que era el sueño de toda su vida —Pincha una fresa—. Me preguntó si yo era feliz aquí, lejos de casa.

—¿Qué le dijiste?

—Que no me podía quejar.

Me cuenta anécdotas de sus clientes, de las casas que ha vendido, de los extranjeros que llegan a la costa buscando el paraíso y encuentran precios desorbitados, pero los pagan con gusto.

Mientras me cuenta algo sobre una pareja alemana que quería una casa española, pero con todas las comodidades de su país,

gesticula con las manos. Otra vez su mano roza la mía, que descansa sobre la mesa. Dejo que el calor de su piel se filtre en la mía. Ella también lo siente.

—Los alemanes al final compraron un ático en primera línea —continúa, pero su voz ha cambiado, es más suave—. Con aire acondicionado central y una cocina que parecía un laboratorio.

De repente se queda callada.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Qué extraño todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —Retira la mano despacio—. Solo que estar aquí, cenando contigo, es surrealista. Como si los últimos cinco años hubieran sido un sueño y acabara de despertar en Dublín.

—Ojalá fuera así de simple.

—Nada entre nosotros fue simple nunca, Brenda —Deja el tenedor en el plato vacío—. Ni siquiera cómo nos conocimos.

Terminamos de cenar.

—Es hora de volver —digo.

—Vale.

El camino de vuelta a la habitación se siente eterno. Abro la puerta del dormitorio y me hago a un lado para que entre.

—Ha estado bien, ¿verdad? —dice.

—Sí —admito.

Brid se acerca, se pone de puntillas y me besa. Joder, me pilla de sorpresa. Me agrede con un trozo de plato y ahora ¿me besa? Qué raro.

Pero todo mi control desaparece. Le devuelvo el beso con una desesperación que me mata. Es un beso de cinco años de anhelo, de culpa, de rabia y de amor perdido. Mis manos suben a su cintura, la aprisiono contra mí queriendo fundirme con ella, volver al único lugar donde alguna vez me sentí vivo de verdad.

Tan brusco como empezó, ella lo termina. Me empuja suavemente por el pecho, rompiendo el contacto. Me sostiene la mirada un segundo. Sus ojos son un enigma indescifrable.

Sin decir una palabra, entra en la habitación.

Me quedo paralizado con el sabor de ella en los labios, el corazón golpeándome el pecho y la erección más grande de mi vida. Incapaz de aguantar la presión, voy a por ella y la cojo por detrás. Me la voy a follar, sí, no puedo más. Creo que voy a volverme loco.

Mis ojos de puro deseo se clavan en los suyos. La intensidad de mi mirada parece dejarla sin aliento. Sí, hay un deseo inmenso por ella. Sé que esto está mal, pero no puedo parar.

En medio de la penumbra, la cojo en volandas y la dejo sobre la cama. De repente, mi mano acaricia su mejilla. Ella evita mi mirada, y sé que está aterrada por el calor que está sintiendo entre las piernas.

Pero no se aparta. Mi pulgar continúa la caricia, bajando hasta su labio inferior. Su respiración se acelera.

—Dime que pare —le ordeno en un susurro.

No puede. No quiere. En lugar de hablar, gira su cara hacia mí y me mira.

—Dime que pare, Bridget.

Mi boca devora la suya mientras ella cierra los ojos. Sus deseos han estado dormidos demasiado tiempo. Quiere que la folle. Siento mi erección, enorme y poderosa, presionando contra su pierna.

—Joder, Brid.

Le arranco la blusa y se queda en sujetador. Ella me observa, algo fría, no sé. Vuelvo a besarla, intentando decirle que todo estará bien, pero no me sale. Soy fuego y abismo. Le desabotono el pantalón, se lo bajo hasta las rodillas y se lo quito.

Con ansia, le quito las bragas. Tiro la ropa al suelo. No es momento para delicadezas. Me quito la camiseta. Soy un animal, musculoso, salvaje. En medio del silencio, nuestras respiraciones agitadas son lo único que existe.

—Voy a comerte el coño.

La agarro por las caderas, la levanto y llevo la vulva a mi boca. Sobre mis hombros, abre las piernas todo lo que puede. Me la como con devoción, mi lengua acariciando sus pliegues ya húmedos. La punta roza aquí y allá, entra y sale. Qué rico, qué bien sabe.

Suelta un largo gemido que rompe el silencio de la noche. La dejo caer sobre la cama y rebota sobre el colchón. Le cuesta

respirar.

—Quítate el sujetador —ordeno.

Lo hace con una media sonrisa. Sí, le gusta mi forma ruda de hablarle. Mis manos grandes y callosas acarician sus pechos con lujuria. Me quito los pantalones y los calzoncillos. Mi polla, grande y dura, es una sombra oscura y perversa que va a atravesarla.

Hinco las rodillas en la cama y me acerco. No sabe qué voy a hacer, pero si no la follo pronto, me matará. Le cojo las piernas y las separo. Su alucinante coño me saluda.

La yema de mi dedo índice se centra en su clítoris. Brid se pellizca el labio inferior, completamente fuera de sí. Ahí viene su orgasmo. Sus piernas tiemblan mientras deja escapar un gemido desde lo más profundo de su ser.

—Tienes ya el coño húmedo.

—Sí —dice, intentando recuperar el aliento.

Me abalanzo sobre ella. Abre los ojos de par en par cuando empieza a sentir mi polla, tomando posesión de lo que es mío. Es mía y haré lo que quiera con ella, y sé que eso la excita. El placer es tan intenso que ella jadea, incapaz de contenerse.

Empiezo con movimientos lentos y profundos que la destrozan de placer. Cada embestida es una ola de éxtasis. Enseguida, el cabecero de la cama golpea la pared, un sonido metálico y rítmico que se mezcla con nuestros gemidos.

Gimo con todas mis ganas, incapaz de contener la explosión que recorre mi cuerpo. Un segundo después, me derramo dentro de ella como ningún hombre lo ha hecho. Gruño mientras dejo mi semen.

Me aparto y me dejo caer a su lado en la cama con un suspiro. Mi cuerpo todavía tiembla. Durante unos segundos, solo se oyen nuestras fuertes respiraciones en el silencio de la habitación. La calma después de la tormenta. Un momento de paz en medio de la locura.

Me estiro en la cama. Parece que está amaneciendo. Qué bien dormí después del polvo de anoche. Joder, cómo gritaba Brid. Alargo el brazo para rodearla, pero toco la sábana. ¿Eh? No está.

De repente, caigo en algo. Me incorporo de golpe.

—Las llaves, ¿dónde están?

Cojo mis vaqueros del suelo y busco en los bolsillos. Las putas llaves de la casa. No están. Mierda, mierda, mierda. Las cogió mientras dormía como un gilipollas después de follar. Me la ha jugado. Todo el numerito de anoche era para esto.

Me levanto y voy al baño. Brid no está. Vuelvo al dormitorio y, un momento, ¿y su ropa? La blusa, el pantalón, las bragas… Tampoco está.

—¡No me jodas! ¡Hija de puta!

Subo al salón. La busco por toda la casa.

—¡Brid!

Salgo a la terraza. Se ha marchado. Brid se ha marchado. Hazte a la idea, Brendan. En el jardín veo algo raro cerca del muro que rodea la villa. La tierra está removida.

Al agacharme, descubro huellas, las suyas supongo. Ha debido de trepar y saltar al otro lado. A saber dónde estará ahora. Vuelvo corriendo a la casa. En el despacho, abro la caja fuerte. Cojo el duplicado de las llaves y mi pistola. ¿Cuánto me llevará de ventaja?

Bajo al garaje. Enciendo la luz, subo al coche y arranco. Las ruedas patinan al salir de la casa. Esta puta carretera de la sierra es la única. Si va andando, no puede estar muy lejos.

Primera curva, la tomo demasiado rápido. El coche derrapa pero lo controlo. Sigo mirando a los lados por si la veo entre los árboles. ¿Por dónde habrá tirado? Lo normal es que vaya a Marbella. ¿Irá a su piso? Pero Brid no es tonta. Joder, no sé qué hará esa mujer.

Joder, Brid, traidora. Menuda farsa has montado. Has jugado sucio, sí. No vas a poder negarlo cuando te atrape. ¿Por qué me has engañado pensando que querías sexo? ¿Por qué no puedes entender que todo esto que hago es para protegerte?

41

BRID

La furgoneta frena y para junto a la parada de autobús, en Nueva Andalucía. Me vuelvo hacia el conductor, un hombre de mediana edad con cara de buena persona.

—Gracias de nuevo, de verdad. Has sido muy amable —le digo con la puerta ya abierta—. Eso de depender del coche en la Costa del Sol es una faena, pero con suerte los del taller tendrán listo mi coche por la tarde.

Asiente con una sonrisa.

—Cuídate —me dice—, y que no sea una factura muy cara.

—¡Gracias!

Bajo y cierro la puerta. La furgoneta arranca y se pierde calle abajo. Suspiro aliviada. Qué suerte encontrar un buen samaritano que me ha traído a casa. La amabilidad de los desconocidos. No, no es algo a lo que habitualmente me gusta recurrir, pero lo de ahora era una necesidad. Una cuestión de vida o muerte.

Camino con paso rápido hacia mi casa. ¿Qué hora será? Ya debe de haberse dado cuenta. Brendan, estará buscándome. No tengo tiempo que perder. Acelero el paso.

Paso por la panadería donde suelo comprar el pan. Giro la esquina y veo mi edificio a unos cien metros.

Me paro en seco. Un coche de la Policía Nacional con dos agentes está aparcado frente al portal. ¿Es por mí? ¿Más preguntas sobre lo

de Miguel? Uf, no puedo arriesgarme.

¿Ahora qué hago? No puedo entrar por ahí. Retrocedo antes de que me vean y rodeo la manzana. Por el otro lado, llego a la entrada del garaje, pero no tengo el mando para abrirlo. Tengo que esperar a que entra o salga un vecino. La buena suerte se me ha acabado.

La policía me lo ha complicado todo. Pero ¿qué más quieren? No tengo nada que ver con eso, ni sé quién… Un momento, ¿y si ha sido Brendan quien le dio la paliza? Siento un estremecimiento. Encaja perfectamente. Me estaba siguiendo, lo sabía de todo de mí. Qué tonta, ¿cómo no he caído antes?

El ruido de la puerta abriéndose me saca de mis pensamientos. Un coche sale por la rampa. Es mi oportunidad. En cuanto el vehículo pasa, corro y entro justo antes de que la puerta se cierre. La penumbra del garaje me envuelve, aunque puedo avanzar sin problema.

Localizo el coche que buscaba: uno viejo cubierto de polvo. El del vecino de no sé qué país. Viaja mucho por trabajo, a veces está fuera semanas enteras. Miro alrededor, nadie. Me subo al capó con cuidado. Desde el capó, alcanzo el techo.

Me estiro hacia arriba. Tanteo con cuidado sobre las tuberías, que están llenas de mierda pero eso es lo que hay. Vamos, tiene que estar aquí.

El ruido de la puerta resuena en el garaje. Mierda. Alguien está entrando. Salto del coche y me oculto detrás de una columna. ¡En qué momento!

El coche pasa a mi lado. Se detiene tres plazas más allá. El motor se apaga. La puerta se abre. Es el vecino de abajo, el abogado que siempre me sonríe como un baboso. Brid, no hagas ruido, ni respires. Si me ve, le va a parecer extraño. Cierra con el mando y sus pasos se alejan hacia la puerta de las escaleras.

Cuento hasta treinta y vuelvo al coche. Me subo de nuevo, esta vez más rápido. Palpo a lo largo de la tubería. Mi mano encuentra algo frío y metálico: la llave.

Bajo del coche y camino hacia el fondo del garaje. La zona de los trasteros está en penumbra. Once, doce, trece... Me detengo frente al número catorce. La cerradura está oxidada, pero eso da igual.

Introduzco la llave, gira con dificultad, y la puerta se abre con un chirrido.

Aparto cajas viejas, una bicicleta, revistas antiguas. Todo eso que no es mío, que es del dueño al que se lo alquilé. Veo mi bolsa de huida. Una araña corre por el muro de piedra. Qué asco me dan.

Compruebo el contenido: cinco mil euros en efectivo divididos en fajos pequeños, el pasaporte a nombre de Aine con mi foto y una navaja automática. Mi plan A era la bolsa del piso. Esto es el plan B. Siempre hay que tener un plan B. No me doy un beso a mí misma porque no puedo.

Me la cuelgo al hombro. Cierro el trastero y la tiro a un rincón. Ya no la necesitaré. Camino hacia la salida con ganas de estar ya en la calle. Aprieto el botón de apertura y salgo por la rampa.

Lo he logrado. ¿A dónde iré ahora? A la estación de autobuses. De ahí a Madrid, de Madrid a cualquier parte. Lejos de Brendan, de Mac Meanman, de toda esta pesadilla.

Piso la calle, pero enseguida una sombra me bloquea el paso. ¿Qué pasa? Levanto la vista y me encuentro a un hombre. Su corpulencia tapa la acera. Escucho pasos detrás de mí. Me giro. Otro hombre cerrándome el paso.

—Quieta ahí —dice.

Aparta su camisa mostrando la culata de una pistola en la cintura.

—¿Ves, Paddy? —dice mirándome—. La paciencia da sus frutos.

Paddy me arrebata de un tirón la bolsa del hombro. La abre sin ceremonias. Saca el pasaporte y lo examina. Después se lo tira al otro, que lo mira y luego a mí. Una sonrisa de pervertido aparece en sus labios finos.

—Hola, Aine —dice con calma—. O debería decir, Bridget.

42

BRENDAN

Tomo la siguiente curva demasiado rápido y los neumáticos chirrían, pero aguantan. La carretera de montaña serpentea hacia la autovía, en cada giro me juego estrellarme si no presto atención, pero mi cabeza está en otro sitio.

Hija de puta, traidora.

El cuero del volante cruje bajo mis manos. Otra curva. El coche se acerca al quitamiedos pero lo corrijo con un movimiento brusco.

¿Todo era una farsa, Brid, una actuación en la cama para conseguir las llaves y escapar? Ya sabes la respuesta, Brendan.

La imagen de Brid gimiendo bajo mi cuerpo me asalta, sus uñas clavándose en mi espalda, el calor de su aliento en mi cuello. Todo mentira, todo calculado. ¿Cómo he podido ser tan gilipollas?

Llego a la autovía y piso el acelerador hasta el fondo. El velocímetro sube: 110, 120, 130. Un coche azul aparece en mi carril y lo adelanto por la derecha, rozando el arcén. El conductor me pita cabreado. Que le jodan.

Nueva Andalucía está a veinte minutos a esta velocidad. Piensa, Brendan. No es tonta, no volverá a su piso porque sabe que la buscaría allí. Entonces, ¿adónde irá?

Cambio de carril sin mirar y un camión tiene que frenar. Más pitidos. Me importa una mierda. ¿La estación de autobuses, la de tren en Málaga? Necesita dinero, una salida limpia.

El móvil suena. El soporte del salpicadero vibra y miro la pantalla sin quitar el pie del acelerador. Es Colm. Se me para el corazón. Activo el manos libres después del segundo tono.

—¿Qué?

—La tenemos, jefe —Colm suena triunfante, el muy cabrón está disfrutando.

Cierro los ojos, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿De qué estás hablando?

—A la chica de O'Sullivan. Está viva.

Echo la cabeza atrás, jodido, aguantándome soltar un taco.

—De puta madre, ¿dónde la habéis encontrado?

—Saliendo del garaje de su edificio.

La muy idiota fue directa a su piso, justo donde sabía que la buscaríamos. ¿Por qué, Brid? ¿Tan desesperada estabas por escapar?

—¿Dónde la tenéis ahora?

—En el maletero.

Ya la tienen, ya es demasiado tarde. Brid, ¿por qué no pudiste entender que solo quería protegerte? Doy un volantazo, el coche derrapa y escupe gravilla, pero acabo detenido en el arcén. Necesito controlar la situación.

—Escúchame con mucha atención —le digo a Colm—. Hay un pub irlandés, The Claddagh, en la calle San Miguel. Detrás hay un callejón sin salida. Llevad el coche allí y esperadme. Y no la toquéis ni un pelo. ¿Entendido?

—No lo sé, jefe. Es un cabo suelto muy peligroso. Lo más limpio sería liquidarla ya. Mac lo aprobaría.

La rabia me invade al oír a ese cabrón.

—¡No te atrevas! La quiero viva. Es una orden directa, Colm. No es una puta sugerencia.

—Así nos ahorramos problemas…

El muy hijo de puta está tanteándome, viendo hasta dónde puede presionar.

—¡Me importa una mierda lo que pienses! ¡Haz exactamente lo que te he dicho!

La llamada se corta.

Miro la pantalla. «Llamada finalizada». ¿Ha colgado el cabrón? ¿Se ha cortado la señal? Doy varios puñetazos al salpicadero.

—¡Hijos de puta!

Piso el acelerador hasta el fondo. Las ruedas chirrían y dejan marcas en el asfalto mientras el coche sale disparado. Tengo que llegar antes de que Colm la mate. Si le pasara algo, jamás me lo perdonaría.

43

BRID

DESDE EL INTERIOR DEL COCHE, me llegan voces de afuera. ¿Cómo se llaman? ¿Colm y Paddy? Creo que sí. No distingo todas las palabras, pero están discutiendo.

—...orden directa de Brendan... —la voz de Paddy suena tensa—. No tocarla...

Ha nombrado a Brendan. ¿Es el jefe de ellos?

—Asumiré las consecuencias —dice Colm—. Abre el maletero. Vamos a terminar con esto ahora.

La luz del día me ciega, pero veo que uno de ellos tiene en su mano derecha una pistola. Dios mío, es el fin. Voy a morir.

—Se acabó el viaje, encanto —dice con desdén, apuntándome.

Rápido, Brid, busca una salida.

—¡Espera!

—¿Qué?

—Tengo algo que te puede servir.

—No me hagas reír, anda.

—¿Sabes por qué Mac quiere matarme? ¡Porque es un soplón! ¡Una rata de la policía! Ha pasado información para eliminar a su competencia.

El otro aparece junto a Colm.

—Colm, está mintiendo para ganar tiempo.

Veo la duda en la cara de Colm.

—¿Tienes pruebas? —pregunta.

—Tengo un vídeo —las palabras me salen atropelladas—. Mac en la comisaría con el inspector jefe. Está colgado en una web de internet. Si me matas, no lo podrás ver.

Colm me estudia. La pistola sigue apuntándome, pero está considerando mis palabras.

—Dame la dirección web, el usuario y la contraseña —ordena.

Se los doy. Los memoricé tan pronto me los dio Eamon, para una emergencia como esta. Mi as en la manga.

—Si mientes...

—No miento.

—¿Dónde me puedo conectar a internet?

—En la biblioteca. Está al lado de un bar llamado La venta, a unos trescientos metros de aquí.

Cierra el maletero. El coche arranca. Giros a la izquierda, a la derecha. Intento mantener la orientación, pero es inútil. Estoy totalmente confusa.

El coche se detiene de nuevo. Oigo una puerta que se abre y se cierra. ¿Colm ha salido o el otro? El tiempo pasa lento y me cuesta respirar. Qué agobio, tengo el cuerpo entumecido. ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Veinte?

Una puerta del coche se abre y se cierra. ¿Colm ha vuelto?

Murmullos en el interior. No distingo las palabras, pero algo ocurre. Pasos acercándose. El maletero se abre. Colm está ahí de nuevo, con el otro detrás. Su expresión es diferente. Ya no hay duda.

—Tenías razón, es un traidor —dice con calma—. Has sido muy útil porque con esa información escalaré puestos en la organización por la cuenta que le traigo a Mac.

Levanta la pistola y me apunta.

—Pero ya no te necesito.

Cierro los ojos. Después de todo el esfuerzo en estos años por salir adelante, terminar en el maletero de un sucio coche… No, no es justo. Papá, mamá, por lo menos me reuniré con vosotros.

Oigo un disparo, pero no siento nada. ¿Estoy muerta? Abro los ojos. Colm ya no está frente a mí. Me asomo y veo que está tendido

sobre el suelo, con sangre en la cara. Le han disparado. ¿Muerto?

—Brendan, ¿qué haces? Yo…. —dice una voz débil desde el asiento delantero.

¡Brendan está aquí! Siempre acaba por encontrarme. Oigo un disparo más y un cuerpo que cae al suelo. Ese debía de ser el otro. ¿Muerto también?

Aparece Brendan. Tiene la pistola en la mano. Sus ojos verdísimos son rabia pura. Estoy a punto de desmayarme.

—Brendan, perdona. Yo tenía que…

—Cállate y agáchate.

Sin una palabra más, cierra de golpe el maletero. Estoy en manos de Brendan, pero al menos estoy viva.

Ay, me duele todo el cuerpo. No sé cuánto tiempo llevo aquí metida en el maletero. Pero esto es por culpa mía. Fui una idiota al pensar que podría escapar. Ahora Brendan está cabreado, ¿qué me va a hacer? ¿cómo será el castigo? Porque lo habrá, seguro.

El coche gira de repente y mi estómago se revuelve. ¿Me encerrará de por vida en esa villa? ¿Me encadenará a la cama? Yo le traicioné. Usé mi cuerpo, nuestro pasado, para engañarlo y escapar. No me va a perdonar tan fácilmente.

Si ha matado a esos hombres, ¿qué me hará a mí? Me cuesta respirar y el corazón lo tengo a mil. Pero, un momento, si ha matado a esos hombres, ¿significa que está de mi lado? ¿que de verdad quiere protegerme? ¿es verdad que nunca supo nada del atentado contra mis padres?

Ahora noto que hay silencio afuera. ¿Dónde estamos?

Nos detenemos. Supongo que estaremos en su casa. Se abre la puerta, pasos que se acercan. Va a abrir el maletero. Al hacerlo, lo primero que veo es su cara, seria, imperturbable. Sí, está enfadado.

—Baja —dice tendiendo la mano.

Hay columnas blancas y el aire se nota caliente. Sí, estamos en un aparcamiento. Más coches por ahí. Es público. Cuando salgo,

siento mi cuerpo entumecido. Sin decir nada, me coge de la muñeca y me obliga a caminar.

—¿Adónde vamos? —pregunto confundida.

—Ya lo verás —responde sin mirarme.

Mis piernas entumecidas apenas pueden seguir su ritmo. Salimos por las escaleras a las calles del casco antiguo de Marbella. Una mujer nos mira con curiosidad mientras empuja el carrito del bebé.

—No digas nada a nadie —ordena, inclinándose hacia mí—. Créeme, será peor si lo haces. La policía querrá saberlo todo.

No le falta razón.

—Me haces daño —le digo, refiriéndome a la presión en la muñeca.

—Enseguida llegamos.

¿A dónde me lleva? ¿Tiene algún sitio preparado? ¿Un sótano? ¿Una habitación insonorizada?

Pasamos por una fuente y nos detenemos frente a una iglesia. La Iglesia de la Encarnación, leo en la placa de piedra. ¿Una iglesia? No entiendo nada.

Brendan empuja la pesada puerta de madera. El contraste entre la luz de afuera y la penumbra del templo hace que parpadee. Qué silencio. No se oye ni el vuelo de una mosca. Las velas proyectan sombras en las estatuas.

Hay un cura esperando cerca del altar. Un hombre mayor que nos mira con nerviosismo. ¿Qué hacemos aquí? ¿Me va a esconder en una iglesia? Miro a Brendan buscando una explicación.

—Nos vamos a casar. Ahora —dice con una mirada penetrante.

—¿Qué? —pregunto impactada.

—Ya lo has oído.

—¿Te has vuelto loco?

—Probablemente.

Estoy noqueada. Jamás me podía esperar algo así. No puedo pensar con claridad. ¿Casarme?

—Brendan, espera, esto no tiene sentido.

—Es la única manera. Un voto ante Dios, Brid. Un sacramento. Algo que ni siquiera Mac puede romper. Serás mi esposa. Mía y seguiré protegiéndote.

La lógica retorcida de sus palabras me marea. Quiere atarme a él de la única forma que considera inquebrantable. No con cadenas físicas, sino con un vínculo sagrado. Ahora siento mariposas en el estómago, pero no sé si porque estoy encantada o aterrorizada.

—Padre, empiece —ordena Brendan—, y que sea corto.

El cura da un paso adelante. Es un hombre de unos sesenta años, con el pelo gris y corto. Le tiemblan las manos mientras abre el libro de liturgia. ¿Cuánto le habrá pagado Brendan, o quizás le ha amenazado? Con él nunca se sabe.

—Hermanos... —carraspea el cura—. Nos hemos reunido aquí, en la casa del Señor, para unir a este hombre y esta mujer en santo matrimonio.

«Santo matrimonio». Dios mío, me voy a casar y acabo de salir del maletero de un coche. Y mi futuro marido acaba de matar a dos hombres. ¿Por qué toda mi vida parece una película?

El cura continúa:

—El matrimonio es una institución sagrada, establecida por Dios desde el principio de los tiempos. Como dice el Evangelio según San Mateo: «Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne».

«Una sola carne». Ya hemos sido una sola carne hace años, cuando éramos otros.

—El amor es paciente, el amor es bondadoso —El cura parece más calmado—. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enfada fácilmente, no guarda rencor.

Me pierdo en mis pensamientos, mientras el cura sigue leyendo. Brendan escucha en silencio, concentrado. Me creyó muerta todos estos años y eso tiene que ser muy duro, si es que estaba enamorado de mí.

Brendan y yo nos vamos a casar. Seguro que es un sueño del que despertaré enseguida.

—¿Tienen los anillos? —pregunta el cura.

—Solo uno —dice Brendan, metiendo la mano en el bolsillo.

El cura parece desconcertado, pero continúa:

—Brendan Gallagher, ¿aceptas a Bridget como tu legítima esposa, para amarla y respetarla, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida hasta que la muerte os separe?

—Sí, acepto —Su respuesta es inmediata.

El cura me mira. Puedo ver el sudor perlando su frente. Creo que sabe que algo no está bien aquí, pero no se atreve a preguntar.

—Bridget O'Sullivan, ¿aceptas a Brendan como tu legítimo esposo, para amarlo y respetarlo, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida hasta que la muerte os separe?

Siento la intensa mirada verde de Brendan sobre mí. Podría gritar y correr hacia la puerta. O podría decirle al cura que me está obligando. Pero aún vive en mí el recuerdo de lo nuestro en Dublín, y quiere que esto pase.

—Bridget —insiste el cura—. ¿Aceptas?

Trago saliva.

—Sí —susurro.

—Perdón, no la he oído.

—Sí, acepto —repito más alto, y siento que estoy firmando mi sentencia de muerte, o tal vez mi salvación. Ya no sé distinguir una de otra.

Brendan saca algo de su bolsillo. Un anillo de oro blanco. Lo gira para que vea el interior. Hay algo grabado: «B&B». Nuestras iniciales. Siento más fuerte un latido del corazón. ¿Cuándo lo compró? ¿Lo tenía preparado desde antes de secuestrarme?

—Con este anillo, yo te desposo —dice mientras coloca el anillo en mi dedo anular. Me queda perfecto. Por supuesto que sí. Él siempre fue meticuloso con los detalles—. Este anillo es símbolo de mi amor y fidelidad.

El cura nos mira, deseando terminar con esto cuanto antes.

—Por el poder que me confiere la Iglesia, yo os declaro marido y mujer —dice rápido—. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. Pueden besarse.

Brendan da un paso hacia mí, pero yo retrocedo. No estoy para besos.

—Ya está —dice el cura, cerrando el libro—. Están casados ante Dios. Los papeles se los enviaré cuando estén listos.

—Gracias, padre —Brendan saca un sobre grueso del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entrega—. Esto por su discreción.

El cura se retira hacia la sacristía a toda prisa. Y así, en menos de diez minutos, me he convertido en la señora Gallagher. En una iglesia vacía y con la ropa sucia. Brendan me coge del brazo. Brendan, *mi marido*.

—Vámonos —ordena.

Salimos de la iglesia. La plaza está casi vacía. Una pareja de ancianos alimenta a las palomas.

—¿Y ahora adónde vamos? —pregunto—. ¿De luna de miel?

Brendan me mira.

—A casa, *mi* querida esposa.

44

BRID

El coche se detiene frente a la villa. A nuestro alrededor empieza a anochecer como anochece en verano, con calma y un calor suave. Brendan apaga el motor y se queda quieto con las manos en el volante. Yo no paro de girar al anillo «B&B», aún un poco nerviosa.

—Sé que esto no es lo que querías —dice mirándome.

—No he tenido tiempo ni de pensarlo, la verdad.

—En Dublín yo quería casarme contigo en una iglesia llena de gente.

—Ahora estamos muy lejos de Dublín, Brendan.

—Lo sé.

Se baja y rodea el coche hasta mi puerta. La abre y me ofrece la mano, como si fuéramos una pareja normal volviendo a casa después de cenar fuera. La acepto y salgo sintiendo el cálido roce de su piel. Vamos hacia la entrada, saca las llaves y abre la puerta.

Entramos en la casa. Mi cuerpo se tensa. Espero que me lleve arriba, al dormitorio principal , a la «habitación nupcial». ¿Qué viene ahora? ¿Va a exigirme una noche de bodas? Se me hiela la sangre. Ahora no podría tener sexo.

Espera, no. Me está llevando de vuelta al sótano. Sigo siendo su prisionera. Abre la puerta y me hace un gesto para que entre. Paso junto a él, rígida como un cadáver, esperando que me encerrará de nuevo.

Y entonces deja la llave sobre la mesita de noche. Eso no lo esperaba.

—Estás a salvo, Brid —dice con calma—. Ya no necesitas huir. Descansa.

Se marcha dejando la puerta cerrada, pero sin echar la llave. Me siento en el borde de la cama y miro el anillo. «B&B».

Empiezo a procesarlo todo.

Eamon me mintió o se equivocó. Cinco años odiando a Brendan, creyendo que era cómplice del asesinato de mis padres, pero todo era una mentira. La vida que construí como «Aine» se basa en un engaño.

Brendan tenía razón. La amenaza de Mac era real. Colm y Paddy me iban a ejecutar.

Brendan mató por mí. La imagen de él disparando, frío y preciso, me provoca un escalofrío. Es aterrador, pero lo hizo para salvarme.

Se ha casado conmigo. Un acto de posesión desesperado. Quiere atarme a él de la única forma que considera real, el matrimonio.

No puedo perdonarlo todo. No puedo olvidar que me drogó y me encerró, pero ya no puedo odiarlo. El odio se ha disuelto, reemplazado por… ¿confusión?

Me mintió para protegerme. Me secuestró para protegerme. Se casó conmigo para protegerme. En su mundo retorcido y violento, estos son sus actos de amor.

Me tumbo en la cama, todavía con la ropa de la huida y la boda. Cierro los ojos. Por primera vez me siento segura, y al mismo tiempo, más atrapada que nunca. ¿Qué hago?

Al día siguiente, me despierto y salgo a buscar a Brendan. Después de buscarlo por toda la casa, lo encuentro en la planta de arriba.

—¿Qué habitación es esta? —le pregunto.

—El dormitorio principal. Será la nuestra cuando tú quieras, amor.

La habitación es enorme, el doble que la del sótano. Una cama gigantesca con una bonita cabecera de madera. Ventanales del suelo al techo ofrecen una vista panorámica del jardín. Hay un vestidor a la izquierda y un baño a la derecha. No le falta de nada.

Nuestra habitación. Nuestro espacio. Nuestro matrimonio forzado. Todo es «nuestro» ahora, yo quiera o no.

—¿Por qué la boda, Brendan? No me hables de protección. Quiero saber la verdad.

Brendan me mira y algo cambia en su expresión. Aparta la vista, se cruza de brazos y se pasea como un león enjaulado.

—Así que quieres la verdad…

—Sí.

Se queda callado un momento, mirando por la ventana hacia el jardín iluminado.

—Fue un jueves por la mañana —empieza—. Estaba en mi piso, preparándome para el trabajo. La radio estaba puesta, las noticias locales. El locutor hablaba del tiempo, luego del tráfico. Y entonces... —Se detiene—. «Última hora: explosión en una residencia de Foxrock. El empresario Fergus O'Sullivan y su esposa Fiona han muerto en el atentado. Se teme que haya más víctimas mortales». Recuerdo cada palabra como si lo acabara de escuchar.

Me siento en el borde de la cama. Tengo un nudo en el estómago, porque de alguna manera yo también estoy viajando hacia aquel momento, el más doloroso de mi vida.

—Conduje como un loco hasta el despacho de Mac —continúa—. Él estaba tranquilo, bebiendo su puto whisky. Me miró y sonrió. «Has escuchado las noticias», me dijo.

Brendan niega con la cabeza.

—Le pregunté si nosotros habíamos puesto la bomba. Se rió. «Un mensaje para O'Sullivan», dijo. «Necesitaba aprender que nadie desafía a Mac Meanman». Le pregunté por ti. Me dijo que el objetivo era que toda la familia estuviera muerta.

Me llevo una mano al corazón. La crueldad de Mac no tiene límite. Puedo entender que quisiera matar a mi padre, pero a mi madre y a mí, no.

—Fui a la comisaría —continúa—. Soborné a un policía para ver la lista de víctimas. Tu nombre estaba ahí. Bridget O'Sullivan, fallecida.

Se queda en silencio, pasándose una mano por la nuca. Le duele recordar.

—El funeral fue muy jodido —continúa—. Joder, cómo llovía. Me senté al fondo. No fue fácil de asimilar, Brid.

Se gira hacia mí y se acerca. Su mirada es dura, penetrante, como si no quisiera dejar entrever sus emociones.

—Algo murió en mí ese día. La parte que aún creía en algo bueno. La parte que tú habías despertado. Sin ti... —Se encoge de hombros—. Sin ti ya no tenía nada que perder. Me entregué por completo a Mac. Me convertí en su mejor soldado, su mano derecha. El trabajo más sucio, las misiones más sangrientas. No me importaba nada. La violencia eran lo único que adormecía esto —Se toca el pecho.

Se sienta a mi lado mientras tengo el corazón en un puño. Trago saliva, con las emociones a flor de piel. Jamás pensé que él había sufrido tanto por mí. ¿Cómo iba a saberlo? Estaba concentrada en sobrevivir.

—Cuando supe que estabas viva, cuando te vi en Marbella... Fue como volver a respirar después de cinco años ahogándome, pero también fue terror puro. El terror ante la idea de perderte otra vez.

Me mira con una intensidad que me atraviesa y me rompe en dos. Se me empaña la vista. Con un dedo, evito que se derramen las lágrimas.

—Esta boda es mi forma de asegurarme de que nunca más te perderé. Es una promesa ante algo más grande que nosotros. Eres mi esposa. Eso es algo que ni Mac ni nadie puede deshacer. ¿Lo entiendes ahora?

Guardo silencio. Brendan espera mi reacción. Dios mío, siento que toda la rabia de estos días de encierro, toda la furia que he ido acumulando durante estos años, empieza a resquebrajarse. Sí, lo siento.

—Yo también sufrí, Brendan —digo mirándole—. Cuando la bomba explotó, el techo se derrumbó parcialmente. Quedé atrapada

bajo los escombros durante horas, pero me rescataron y me llevaron al hospital. Un policía me ayudó. Se llama Eamon Duggan. Era amigo de mi padre desde hacía años, lo tenía a sueldo para pequeños chivatazos. Cuando supo que Mac había ordenado el ataque, decidió que la única forma de mantenerme viva era hacerme desaparecer.

Sus ojos están fijos en mí, absorbiendo cada palabra que digo.

—Falsificó mi muerte. Usó el cadáver de una mujer sin identificar, quemó sus huellas. Me dio una nueva identidad: Aine O'Farrell. Pasaportes, documentos, todo. Me sacó de Irlanda en un ferry de carga hacia Francia.

Brendan sigue escuchándome con atención. Brendan, mi marido. Aún me cuesta creerlo. Me pone una mano en el antebrazo, y enseguida disminuye mi ansiedad.

—Fue él quién te dijo que yo había estado involucrado en la muerte de tus padres, ¿no?

—Me dijo que trabajabas para Mac.

Brendan aprieta las mandíbulas y sacude la cabeza.

—Ya te dije que yo no sabía nada de lo que planeaba —dice—. Si no, te hubiera avisado. ¿Me crees?

Sus manos aprietan las mías con fuerza.

—Sí.

—Mac nunca supo sobre lo nuestro. Si hubiera sabido que me estaba enamorando de la hija de Fergus O'Sullivan, me habría matado.

De repente, una luz se enciende en mi interior. Un recordatorio.

—Sobre Mac, hay algo que debes saber.

—¿El qué? —dice frunciendo el ceño.

—Eamon me dio la dirección de una página de una web, y una contraseña.

—¿Para qué? —pregunta con ansia—. ¿Qué hay en esa web?

—Un vídeo. Aparecen Mac y un policía. Eamon me dijo que Mac colaboraba con la policía.

—¡Imposible! —exclama poniéndose de pie.

—Puedes verlo tú mismo. Por eso Mac quiso matar a mi padre, porque se enteró y pensaba decírselo a todo el mundo.

Brendan dice que no con la cabeza. Normal, es su jefe. Me levanto y me pongo a su lado.

—¿Me crees, verdad? —le pregunto.

Se gira hacia mí y me rodea por la cintura.

—Claro que sí, pero tengo que ver ese vídeo.

—¿Hay conexión a internet?

—No, pero tengo la solución. Sé de un lugar, pero eso lo haremos mañana.

—Lo siento —digo poniendo la cabeza en su pecho—. Tenía que decírtelo.

—No es culpa tuya —Chasquea la lengua y mira por la ventana—. Ese viejo cabrón…

Levanto la mano y acaricio su mejilla, justo al borde de su barba de tres días. Poco a poco, él se va girando hacia mí.

—Te he echado de menos, Brendan —digo con hilo de voz—. No sabes cuánto.

Nos miramos en silencio. Años de mentiras, dolor y malentendidos nos han separado. No sé si es cosa del destino o solo mala suerte. ¿Importa eso ahora? Le miro como si, por primera vez desde que nos reencontramos, pudiera ver al verdadero Brendan, el de Dublín.

—Brendan, ¿eres tú? —digo con un nudo en la garganta.

—Sí, amor, soy yo —dice y me besa la mano.

Los dos nos inclinamos, buscando los labios del otro. Nos besamos como si los últimos cinco años no hubieran existido.

El beso lo contiene todo: el perdón por lo que no se dijo, la tristeza de lo que perdimos y la felicidad del ahora. Mis manos suben hasta su nuca, enredándose en su pelo. Las suyas me rodean la cintura, apretándome contra él. Cuando nos separamos para respirar, mantenemos las frentes unidas.

—Mi bellísima esposa —murmura.

—Mi increíble esposo —le digo emocionada.

Me besa con una fuerza que me quita el aliento. El beso es salvaje, hambriento, inolvidable. Le devuelvo el beso con la misma desesperación.

Sus manos bajan hasta mi cintura. Siento la dureza de su cuerpo sobre el mío.

—Brid… —susurra con los ojos brillantes.

Nos volvemos a besar. Si es un sueño no quiero despertar. Me levanta en volandas y me lleva a la cama mientras sonreímos. Caemos y seguimos besándonos una y otra vez. Tengo su sabor en mi boca y quiero más.

Le desabrocho los botones de la camisa, necesito ya sentir su piel. Cuando toco su pecho duro y sexy, se me aflojan las rodillas.

—Quiero follarte —dice entre besos—. Ahora, como en Dublín.

—Sí, fóllame —digo con la respiración acelerada.

Sus manos están en todas partes, tocándome, acariciándome, volviéndome loca. Yo le araño la espalda, le muerdo un pezón duro como una roca.

—Brid, eres mía —dice mordisqueando el lóbulo de mi oreja—. Solo mía.

—Sí —jadeo—, tuya.

Sus labios recorren mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Las yemas de sus dedos descienden lentamente por mi columna vertebral, haciéndome estremecer de anticipación.

Veo el deseo más vivo que nunca en sus ojos verdes. Sus manos acarician con deseo mis muslos. Engancho mis piernas sobre su cintura para que no se escape. Ahora es *mi prisionero*.

—Quiero comerte el coño.

Sus manos grandes y callosas acarician mi vientre y suben hasta mis pechos. Ay, cuando sus pulgares rozan mis pezones siento una contracción en mi sexo.

—Quiero oírte gemir toda la noche —susurra.

Su boca aprisiona uno de mis pezones, succionando mientras sus dedos excitan el otro apretando ligeramente. El placer me atraviesa como una corriente eléctrica.

—Brendan... —gimo.

Qué sensación tan sexy. Su cuerpo duro y musculoso sobre el mío, su calor envolviéndome y yo cachonda perdida. Puedo sentir su erección presionando sobre mi muslo, prometiendo orgasmos.

Sus húmedos besos descienden por mi vientre, deteniéndose en el borde del coño. Después separa mis muslos para tener acceso fácil. El primer roce de su lengua en la vulva me hace arquear la espalda. Suelto un gemido largo, mientras Brendan explora cada pliegue de los labios. Sus manos sujetan mis caderas, mientras me lo come. Dios mío, voy a morir.

—Dios, Brendan... —jadeo, retorciéndome de gusto.

Su lengua acaricia el clítoris y comienza a trazar círculos lentos, alternando con succiones que me hacen ver las estrellas. Ay, no sé si podré aguantar tanto placer. Me está volviendo loca.

Mete un dedo dentro de mí, luego dos, curvándolos para encontrar ese punto que me hace gritar de éxtasis. Una ola imparable de sensaciones que me destroza. Brendan intensifica el ritmo, y yo ya tengo los ojos cerrados y floto en otro mundo.

—Déjate ir —murmura—. Quiero ver cómo te corres.

Sus palabras son el empujón final. El clímax me sacude y no me suelta, haciéndome temblar mientras grito ¡Brendan! Él no se detiene, prolongando mi placer hasta que mi sistema nervioso ya no puede más.

Abro los ojos, alzo un poco la cabeza y le veo devorando mi coño. Como si quisiera chuparme entera. La imagen es tan erótica que siento un nuevo impulso de deseo.

—Ven aquí —le ordeno, tirando de él hacia arriba.

Lo beso profundamente saboreándome en sus labios. Cuando me apodero de su enorme polla, sonríe con esos labios que han saboreado mi coño.

—Es toda mía —le digo.

—Sí, toda tuya.

Me la meto en la boca disfrutando de su dureza, tamaño y sabor. Brendan cierra los ojos, entregándose a mí, ahora soy su dueña. Mi lengua toca su glande y él reacciona con un jadeo. Ver a este hombre fuerte y peligroso tan excitado me hace sentir poderosa.

—Brid... —gime cuando me la meto entera—. Para o esto terminará demasiado pronto.

Obedezco. Quiero más, mucho más que esto. Brendan me empuja hacia atrás, colocándose entre mis piernas. La punta de su

miembro roza la vulva y me estremezco otra vez. Entra en mí y me quiero morir cuando voy sintiendo cómo me atraviesa en dos.

—Joder, Brid... —murmura, clavando sus bellos ojos en los míos —. Cómo me pones…

Cada embestida me acerca al cielo. Nuestros cuerpos se mueven en perfecta sincronía, como si lleváramos años follando.

Brendan sube el ritmo, sus penetraciones se vuelven más profundas y fuertes. Puedo sentir otro orgasmo creciendo dentro de mí, más potente que el anterior.

—Mírame —ordena—. Quiero ver tus pupilas cuando te corras.

La conexión entre nosotros es tan profunda, tan íntima, que casi duele.

—Brendan, voy a... —No puedo terminar la frase, el placer es demasiado intenso.

—Yo también —gruñe—. Juntos, Brid. Córrete conmigo.

Sus palabras desatan mi segundo orgasmo. Grito su nombre mientras caigo al abismo. Brendan, con su cuerpo tenso sobre mí mientras se corre también.

Nos quedamos así, entrelazados, jadeantes, sudorosos, durante lo que parecen horas aunque son minutos. Brendan me besa en el hombro, un contraste con la pasión desenfrenada que acabamos de vivir.

—Eso fue... —comienzo, sin encontrar las palabras adecuadas.

—Lo sé —sonríe, atrayéndome contra su pecho.

En mitad de un silencio maravilloso, apoyo mi cabeza sobre su corazón, escuchando cómo su ritmo se va normalizando. Sus manos acarician mi espalda con ternura.

—¿En qué piensas? —pregunto después de un rato.

—En lo mucho que ha cambiado todo de repente —responde, besando mi frente.

Me acurruco en él, absorbiendo su calor y confianza en sí mismo. Por primera vez en años, siento que pertenezco a algún lugar. No a una casa, no a un país, sino a una persona. A Brendan.

—Deberíamos descansar un poco —sugiero, aunque no tengo ningún deseo de dormir.

—Tienes razón —dice, pero sus manos comienzan a moverse de nuevo sobre mi cuerpo—, pero aún queda noche para descansar.

Olvido el cansancio, el peligro, todo excepto el atractivo hombre que tengo a mi lado y las sensaciones locas que despierta en mí.

—¿Lista para otra ronda? —pregunta con una sonrisa traviesa.

Como respuesta, me coloco a horcajadas sobre él, sintiendo su erección volver a la vida.

—Siempre —respondo, inclinándome para besarlo.

Esta vez vamos más lento, explorando cada centímetro del cuerpo del otro, descubriendo qué nos hace gemir y suspirar. Es más lento, más suave, pero igualmente intenso y erótico.

Cuando finalmente nos rendimos al agotamiento, me quedo en sus brazos, sintiéndome segura por primera vez en años. Mañana nos enfrentaremos al mundo, pero esta noche es nuestra.

Y mientras el sueño viene a por mí, un último pensamiento cruza mi mente: pase lo que pase a partir de mañana, valdrá la pena por haber vivido este momento.

45

BRENDAN

Me despierto con los primeros rayos del sol. Mi brazo izquierdo está dormido bajo el peso de Brid, con su pelo castaño desparramado sobre mi pecho. Qué ganas tengo de verla con su rojo natural.

No es un sueño. Es real. Ella está aquí a mi lado, con su mano sobre mi pecho. Su cuerpo se pega más al mío, un movimiento inconsciente de búsqueda de calidez.

Se está despertando. Sus ojos se encuentran con los míos y sonríen.

—Buenos días, esposa —susurro.

Su mano sube por mi pecho, rodea mi cuello y me atrae hacia ella. Me besa y es un beso diferente a los de anoche. Suave, lento, pequeño. Cuando nos separamos, su mano sigue acariciando mi pecho, recorriendo las cicatrices con la yema del dedo.

—¿Y ahora qué, Brendan? —pregunta, aún medio dormida.

Beso su frente, oliendo el olor de su cabello.

—Ahora vamos a luchar juntos. Se acabó el huir.

Se incorpora sobre un codo, el pelo cayendo sobre su hombro.

—¿Juntos?

—Sí, juntos. Pero primero, un café.

Unos minutos después. La cafetera italiana borbotea en la cocina mientras Brid corta pan para tostar. Me apoyo contra la encimera, observándola moverse por el espacio con una familiaridad que no

debería tener después de haber estado encerrada aquí. Pero Brid siempre fue así, se adapta a todo.

Sirvo dos tazas de café. Ella coge la suya con las dos manos, soplando el vapor antes de dar el primer sorbo. Nos sentamos frente a frente en la mesa de la cocina. Por un momento podríamos ser una pareja normal desayunando un día cualquiera, pero no lo somos.

—Tenemos que ser realistas, Brid —comienzo, dejando la taza sobre la mesa—. Mac es el problema principal. En cuanto sepa que estás viva, no parará hasta matarte. Hay que acabar con él.

Ella asiente, pero veo preocupación su cara.

—¿Y la policía? —pregunta, girando la taza entre sus manos—. No he vuelto a saber nada de lo de Miguel. ¿Crees que me buscarán?

Respiro hondo, no tiene sentido ocultarle la verdad.

—Yo fui quien le dio la paliza a Miguel. Le vi intentando forzarte en el despacho con unos prismáticos.

La taza se detiene a medio camino de sus labios.

—Me lo imaginé. Brendan, eso no estuvo bien.

Me inclino hacia adelante, sosteniendo su mirada. Cuesta no perderme en su belleza, pero ahora toca apechugar con lo que hice por bruto.

—Se lo merecía, amor. Nadie te pone un dedo encima. Nadie —mi voz es firme, sin arrepentimiento—. No estoy orgulloso, pero lo volvería a hacer.

—Podías haberle matado.

—Pero no lo hice.

—Dios, Brendan —Se frota la cara con las manos—. ¿No podías haberle advertido y ya está?

—Los hombres como Miguel no entienden las advertencias. Solo entienden el miedo.

Se queda en silencio. Está pensando sobre la moralidad de mis acciones en el mundo en el que vivimos.

—Supongo que dentro de tu lógica, tiene sentido —dice despacio —. No me gusta, pero lo entiendo.

—No necesito que te guste. Solo que confíes en mí.

—Confío en ti —dice sin dudar—. Si no, no estaría aquí.

Cojo su mano sobre la mesa, entrelazando nuestros dedos.

—Miguel no es el problema ahora. La policía local no tiene recursos para una búsqueda seria. Mac sí.

La cara de Brid se ilumina. Me la comería a besos ahora mismo.

—El vídeo —dice tras una pausa—. Es nuestra única arma.

—No es un arma para defendernos —digo—. Es un cebo. Lo usaremos para atraerlo aquí, a nuestro terreno.

Después de ducharnos, salgo de la villa en el coche con Brid hacia el centro de Marbella. Aunque no estamos nerviosos, hay un poco de tensión. Lo que viene es importante para nuestro futuro.

Veinte minutos de viaje, y aparco en una calle secundaria de Marbella. El locutorio está entre una tienda de alimentación y una peluquería, con carteles de tarifas de llamadas internacionales pegados en la ventana.

Dentro, hay tres cabinas telefónicas al fondo y una fila de ordenadores contra la pared. Un joven latino está detrás del mostrador leyendo una revista. Una tele emite un partido de fútbol.

—Media hora de internet, por favor —dice Brid en español.

El empleado levanta la vista.

—Dos euros. Puesto número tres.

Brid paga y vamos al ordenador que nos ha indicado. La suerte para nosotros es que no hay nadie cerca. Tenemos privacidad. La pantalla parpadea con el logo de Windows 98. Ella se sienta y abre Internet Explorer. Teclea la dirección web que se sabe de memoria, claro. Aparece una página con un único campo de contraseña.

—¿Cuánto tarda en cargarse? —pregunto.

—Con esta conexión, un minuto o dos.

Miro el reloj de la pared. Las 12:15. En Dublín son las 11:15. Mac estará en su oficina.

La barra de progreso avanza. El vídeo aparece en pantalla: una imagen congelada de Mac sentado en lo que parece una sala de interrogatorios. Brid ajusta el volumen y pausa el vídeo.

—Listo —dice.

En mi móvil, llamo a Mac. Suena una, dos veces.

—¿Sí? —Mac al otro lado, impaciente.

—La he encontrado.

Hay un segundo de silencio.

—¡Bien hecho, Brendan! ¿Está hecho el trabajo?

—Está muerta. Me encargué yo mismo.

—¡Sabía que podía confiar en ti! —Su risa retumba por el auricular—. ¡Celebraremos esto a lo grande cuando vuelvas! Has salvado la organización, muchacho. Te prometo que te compensaré.

—Hay un problema.

La risa se corta.

—¿Qué problema?

—Encontré algo entre sus cosas. Un vídeo. Tú y un inspector en la comisaría. En Dublín, supongo.

Puedo oír su respiración acelerándose.

—Destrúyelo —dice, bajando la voz—. Ahora mismo.

—No.

—¿Cómo que no?

—Quiero trescientas mil libras en metálico, billetes pequeños. Me los traes tú en persona a Marbella.

—¿Te has vuelto loco? —dice con rabia—. ¿Me estás chantajeando a mí? ¿Quién te has creído que eres?

—Te estoy dando una oportunidad de comprar tu secreto. Es un buen trato.

—No tienes nada, es un farol.

—Escucha.

Le hago una señal a Brid. Ella hace clic en reproducir. En la grabación de Mac hablan sobre quiénes son sus rivales y sus puntos débiles. Acerco el auricular al altavoz del ordenador.

—«Robert Groove está siendo un problema», dice Mac. «Usa sus lavanderías para blanquear dinero. Os puedo decir quien es su contable y le hacéis un registro».

—«Eso puede ser de gran ayuda»

—«Lo metéis en la cárcel, y yo me quedo con el control total de Dublín sin que me deis problemas por una temporada. Eso es lo que quiero».

Brid pausa el vídeo. Vuelvo a acercarme el móvil al oído.

—¡Hijo de puta! —Mac está gritando—. ¡Traidor! ¡Te voy a arrancar la piel a tiras!

—¿Yo soy el traidor? ¿O el que se junta con la policía para eliminar a la competencia?

—¡Trabajas para mí! ¡Me debes todo lo que eres!

—¡Ya no trabajo para nadie! ¡Considéralo mi carta de dimisión!

—¡Te voy a encontrar, Brendan. Voy a hacer que te arrepientas de haber nacido!

—Veinticuatro horas, Mac. Trescientos mil euros o todo Dublín sabrá qué clase de rata eres.

—¡Nunca saldrás vivo de esto!

—Puede ser, pero tú caerás conmigo.

Cuelgo y miro a mi esposa.

—Ya está, hecho —digo y hago una respiración profunda.

—Había que hacerlo.

Brid cierra la ventana del navegador y borra el historial. Se levanta y me mira. Los dos sabemos lo que acabamos de hacer. Hemos prendido la mecha, y ya no hay vuelta atrás.

Salimos del locutorio. El sol pega fuerte, como siempre. La gente pasa a nuestro lado. Nadie sabe que acabamos de declarar la guerra al hombre más peligroso de Dublín.

—Va a venir —dice Brid mientras caminamos hacia el coche.

Cojo su mano y la aprieto con delicadeza.

—Lo sé. Ahora, hay que prepararse.

46

BRID

Después de comer, estamos echados sobre el sofá. La tele está encendida. La tensión de hablar con Mac nos deja con un cosquilleo nervioso en el estómago. Sabemos que nuestro futuro está en juego.

Brendan está inquieto, seguramente pensando en mil cosas. No nos atrevemos de hablar de lo que pasará después de terminar con Mac. Solo podemos vivir día a día.

Un presentador interrumpe el programa. Última hora, dice. Me incorporo, interesada.

—«Se investiga el hallazgo de dos cuerpos en un callejón de Nueva Andalucía. Las víctimas han sido identificadas como ciudadanos irlandeses. La policía baraja la hipótesis de un ajuste de cuentas».

Siento un estremecimiento.

—Dios mío, Brendan, son ellos.

Él asiente con resignación.

—Es una putada. No tuve tiempo de buscar un lugar seguro para enterrar los cuerpos. Es lo que hay.

La noticia termina sin que digan nada más relevante. Enseguida vuelven al programa.

—Brid, te quedarás aquí cuando venga Mac. La casa es el lugar más seguro.

—No voy a esconderme mientras tú te juegas la vida. He pasado mucho tiempo huyendo. Se acabó.

—Esto no es una negociación. Es Mac Meanman. Es un asesino muy peligroso.

—Pues moriremos juntos —le replico, acercándome a él—. ¿Qué crees que haré si no vuelves? ¿Retomar mi vida anterior y hacer como si nada? No te dejaré ir solo, Brendan.

Siento su respiración agitada.

—Tu única misión es mantenerte con vida. Esa es la única forma de que yo pueda concentrarme.

—Pues no podrás —le planto cara—. Porque si me dejas aquí, saldré a buscarte. Te lo juro por lo que más quieras. Iré contigo, y me quedaré en el coche, como apoyo.

—Brid, esto no es un juego.

—No hay Brid que valga. Somos marido y mujer, ¿recuerdas? Lo que Dios ha unido y todo eso. Pues esto es lo que significa. Juntos para lo bueno y lo malo. Fuiste tú quien quiso casarse, ¿no?

Carraspea y medio sonríe. Se da cuenta de que mi argumento es irrebatible. Marido y mujer hasta que la muerte nos separe. Finalmente, suspira.

—Está bien, vendrás —dice—. Pero harás exactamente lo que yo te diga. Te quedarás en el coche y no te moverás por nada del mundo. A la primera señal de peligro, arrancas y desapareces. ¿Lo has entendido?

—Sí.

—No, no creo que lo hayas entendido —me coge de los hombros y me mira a los ojos—. Si las cosas se tuercen, huyes. No miras atrás. No intentas ser una heroína. Arrancas el puto coche y te largas. Prométemelo.

—Te lo prometo —miento. Nunca lo dejaría atrás y él lo sabe.

—Te hará falta ayuda extra.

—¿Qué quieres decir?

Va hacia el armario del salón. Mueve unos libros de la estantería y aparece una caja fuerte empotrada. Marca la combinación. La abre y saca dos pistolas. Las deja sobre la mesa de centro.

—Me quedé con las armas de Colm y Paddy. Ahora una es tuya.

Nunca he tenido una en mis manos. En Dublín, mi padre se aseguraba de mantenerme alejada de esa parte del negocio.

—¿Sabes disparar?

—Claro que no.

—Ven, hoy es el día de aprender.

Coge una de las pistolas y me la tiende. Dudo un segundo antes de cogerla.

—Primero, familiarízate con ella —dice poniéndose detrás de mí —. Es una Glock 19. Quince balas en el cargador, semi-automática.

Sus manos cubren las mías. Su pecho toca mi espalda y siento su respiración en mi cuello.

—Siente su peso. No le tengas miedo, respétala. Con las dos manos, firme. El pulgar de la mano dominante sobre el otro. Así, muy bien. Los brazos extendidos pero no rígidos.

Me ajusta la postura, moviendo mis hombros, enderezando mi espalda. Es meticuloso, paciente. Es el Brendan que me encanta.

—El seguro está aquí —Señala un pequeño botón en el lateral del arma—. Se quita así. Ahora apunta a ese libro amarillo de allí. Alinea la mira.

—¿Está cargada?

—No, qué dices, claro que no.

Levanto el arma y apunto, sintiendo cómo Brendan corrige mi postura.

—No cierres un ojo. Usa los dos. La mira delantera debe estar centrada en la trasera, y el objetivo justo encima.

—Me tiemblan las manos —admito.

—Respira hondo, controla el pulso. No presiones el gatillo, apriétalo suavemente.

Bajo el arma despacio. Brendan me suelta y da un paso atrás. Me giro para mirarlo, embelesada.

—Esta tarde practicaremos con munición de verdad —dice—. Lejos de aquí, en la sierra. Por ahora, quédate con ella. Mantenla cerca.

Miro el arma en mis manos. Nunca pensé que llegaría a este punto. Pero aquí estoy, preparándome para la guerra. La dejo sobre

la mesa y enseguida Brendan pone su mano encima de la mía. Se acerca y se coloca justo detrás.

—Me pone verte agarrando una pistola —susurra, perverso.

Suelto una risita al notar su fuerte erección contra mí. Quizá no sea mala idea matar el tiempo con un polvo. Con una mano me rodea y me acaricia el vientre con deseo.

—Voy a follarte aquí y ahora, contra la mesa —dice jadeando.

—Sí, por favor —digo echando la cabeza hacia atrás.

Mete las dos manos por debajo de la falda y las va subiendo por los muslos. Con un sencillo gesto, las rompe y caen al suelo. No se anda con miramientos cuando ansía echarme un polvo. Lo quiere ahora y eso me excita. Una de sus manos llega hasta mi coño y lo acaricia, como para que entre en calor.

Se oye la cremallera de los pantalones bajarse y después la hebilla del cinturón. Me apoyo con las dos manos sobre la mesa. Va a darme por detrás. Bien, eso me gusta.

—Ábrete de piernas —ordena.

Mientras noto un fresquito agradable entre las piernas, cierro los ojos y espero la penetración con las rodillas temblando. Pongo el culo en pompa. Cuando lo siento dentro de mí, dejo escapar un gemido.

—Ah…

Dios mío, casi va a atravesarme. Me suelta una nalgada que se oye por todo el salón, lo que hace me ponga más cachonda. Mi cuerpo se estira, sediento de puro e intenso placer.

—Más… —tragué saliva—. Más deprisa, fóllame deprisa…

Brendan jadea mientras me embiste con más fuerza, deseoso de avivar la llama que arde dentro de mí. A lo lejos siento llegar el orgasmo como una ola que viene y al fin… explota.

—Sí… Más…

Me agarro con fuerza a la mesa, tumbada sobre ella, que tiembla por las fuertes sacudidas de Brendan. Quiere romperme en dos y lo va a conseguir.

—No pares… Ah… por favor… —suplico con los ojos cerrados, sintiéndome a punto de romperme en mil pedazos.

Aumenta el ritmo de las embestidas sin decaer en ningún momento, su forma física es estupenda. Se caen varios objetos al suelo, pero ¿a quién le importa? Gimo otra vez sintiendo el vértigo del placer más increíble.

Brendan enseguida suelta un gruñido para después sacudir su cuerpo durante unos segundos, derramándose en mí. Siento que soy algo más que un cuerpo, una sustancia que se va deshaciendo hasta quedar en nada.

—Todavía estoy empalmado —dice—. Arrodíllate.

Al girarme, veo que sí, está empalmado. Su polla brillante y enorme me sigue buscando. Agarrándome de la cabeza, me hace hincar las rodillas en el suelo como una chica obediente.

Con una mano sobre mi cabeza, me guía hasta que me la meto en la boca. Lo saboreo como una piruleta, excitada por causarle el mayor placer posible a mi hombre. Mi lengua sube y baja, y con la punta cubro el glande, lo humedezco, y vuelvo a subir y bajar. No me canso de comer su polla y tocarle los testículos. Brendan gime en medio del silencio que nos rodea.

—Brid, joder… Mírame.

Le miro mientras sigo con la polla en su boca. Un puro acto de sumisión y lascivia. Ahora cierra sus increíbles ojos, sumido en un profundo gozo que lo está atravesando. Eyacula en mi boca y sigo chupándosela, mientras él echa la cabeza hacia atrás y suelta un grito de furia y placer.

47

BRENDAN

Cierro la puerta de la villa con el cerrojo de seguridad. Brid espera bajo la luz del porche, con las manos en los bolsillos de su chaqueta vaquera. Su cara muestra concentración. La Glock está en la parte baja de su espalda. La mía está donde siempre, oculta en la cintura.

—¿Preparada?

—Sí —responde con una media sonrisa llena de tensión.

Camino hacia el coche y le abro la puerta del copiloto. Es un gesto instintivo, algo que hacía en Dublín. Me siento al volante y arranco. El motor cobra vida y rompe el silencio de la sierra. Son las dos de la madrugada. Mac debe estar volando hacia aquí, si es que no ha llegado ya.

Salgo del camino privado y cojo la carretera de la sierra. Las curvas son cerradas, el camino estrecho. A la derecha, la montaña. A la izquierda, el precipicio. Los faros iluminan apenas unos metros por delante. Ahora vamos a encontrarnos cara a cara con el hombre que mató a los padres de mi esposa. Su venganza es la mía.

Saco el móvil del bolsillo sin apartar la vista de la carretera y se lo tiendo.

—Es la hora, envíaselo.

La luz de la pantalla ilumina su cara mientras teclea. Está escribiendo la dirección: Cala del Moral, salida 45 de la autovía, seguir el camino de tierra hasta el final.

—Hecho —dice y me devuelve el móvil.

—Ahora solo queda esperar a que todo salga bien.

—Saldrá bien, ya lo verás.

Cojo otra curva. Tres kilómetros más y estaremos en la autovía. Desde ahí, veinte minutos hasta la cala. Miro por el retrovisor como de costumbre. Hay luces, dos faros. Un coche probablemente, no está claro porque las curvas hace que aparezca y desaparezca.

Pasamos otra curva. Las luces siguen ahí. Misma distancia. Qué extraño. Acelero en la siguiente recta, las luces aceleran también. Reduzco, las luces reducen.

—Tenemos compañía —digo.

Brid se gira para mirar por la ventanilla trasera.

—¿Estás seguro?

—Llevan tres kilómetros pegados a nosotros. Ni adelantan ni se alejan.

—¿Crees que Mac se ha adelantado? ¿Que nos espera una emboscada?

—Es una posibilidad, aunque no sé cómo habrá dado con nosotros.¿Habrá puesto Mac un rastreador en el coche de alquiler? ¿O ya tenía hombres en Marbella esperando?

—Lo que importa es que están ahí.

—Puede que solo sea vigilancia —continúo—. Mac queriendo asegurarse de que voy al encuentro.

—¿Y si no es solo vigilancia?

—Tendremos que improvisar.

Cojo la siguiente curva más cerrada, forzando el volante. Los neumáticos chirrían. El coche de atrás hace lo mismo, manteniéndose pegado. Creo que son profesionales, o quizá es una paranoia mía.

—Brendan, ¿qué hacemos? —Brid se inclina hacia mí—. Podemos dar la vuelta. Buscar otro modo de hacerlo.

—¿Dar la vuelta? —La miro de reojo—. ¿Y luego qué? ¿Volvemos a escondernos? ¿Esperamos a que Mac mande más hombres?

—Solo digo que si es una trampa podríamos pensar mejor las cosas.

—Si es una trampa, mejor tenerlo en cuenta ahora, cuando creen que no sabemos que nos siguen. Retroceder es darle a Mac todo el control.

Aprieto el volante hasta que los nudillos se ponen blancos. La idea de llevarla a Brid a una emboscada me revuelve el estómago, pero cambiar de planes es peor.

—Seguimos adelante —digo—. Si solo es una vigilancia, llegaremos al punto de encuentro y tendremos la ventaja del terreno.

Brid pone su mano sobre mi muslo y aprieta.

—De acuerdo, juntos.

—Juntos —repito, poniendo mi mano sobre la suya—. B&B.

—B&B.

Llegamos a la autovía. Cojo la entrada y acelero. El coche que nos sigue hace lo mismo, ahora más visible bajo las farolas. Es un Audi oscuro, puede que negro o azul marino. Quizá dos ocupantes, aunque con esta luz tan escasa no lo distingo bien.

—¿Tienes el cargador extra que te di? —pregunto.

—En el bolsillo izquierdo.

—Recuerda: Si la cosa se complica, te quedas en el coche pase lo que pase. Si me pasa algo, te marchas sin mirar atrás.

—Brendan, eso no va a pasar.

—Prométemelo, Brid.

—Ya te prometí quedarme en el coche. No prometí abandonarte si las cosas se ponen feas.

—¡Eres imposible! —exclamo golpeando el volante.

—Pues no haberte casado conmigo.

Me quedo callado de golpe. Sí, me jode pero tiene razón.

Veinte minutos después cojo la salida 45. El Audi nos sigue. El camino de tierra aparece a la derecha, indicado solo por un viejo cartel que dice «Playa». Lo cojo sin reducir demasiado la velocidad.

El camino es estrecho, apenas caben dos coches. A los lados, matorrales y palmeras. El mar se huele antes de verlo. Hay salitre en el aire. La cala aparece ante nosotros: arena bajo la luz de la luna, rocas a izquierda y derecha, oscuro el Mediterráneo lamiendo la orilla. No hay nadie.

Nos detenemos al borde de la playa, con los faros apuntando hacia el mar. Lejos, el Audi se detiene en la entrada. Justo donde la tierra se encuentra con la arena, bloqueando la única salida. Sus luces se apagan.

—Hijos de puta —murmuro.

Solo se oyen las olas. Saco la Glock y quito el seguro. Si regresamos a casa sin disparar un solo tiro, será un milagro.

—¿Cuántos crees que son? —pregunta.

—Puede que dos.

—¿Y Mac, será puntual?

—Llegará cuando sus hombres le confirmen que todo está despejado.

Pasa un rato largo. Las olas rompen contra la orilla. A mi lado, Brid respira por lo bajo. En una mano lleva la pistola, con la otra me coge del brazo. Los dos hombres del coche de atrás no se han movido. ¿Qué hora es? Casi las tres.

Unos minutos después, dos sombras emergen de las rocas a la derecha de la cala, caminando sobre la arena como si tuvieran todo el tiempo del mundo. La luna ilumina el rostro de uno de ellos y siento un latigazo de odio. Mac Meanman. El mismo cabrón arrogante. No ha cambiado. Camina como si esta playa fuera suya, como si ya hubiera ganado. Veo mejor a su nuevo perro faldero. Mi reemplazo. Ah, es Jimmy O'Reilly. Bien, será el primero en caer.

—Es él —digo en voz baja, sin apartar la vista de Mac—. Quédate aquí, atenta a los de atrás.

—Vale.

Le doy un beso en los labios y abro la puerta del coche. Salgo aparentando que no tengo prisa. Mac sigue avanzando. Se detiene a unos diez metros. Su esbirro se queda un paso por detrás, con la bolsa a sus pies. Supongo que dentro llevarán el dinero. Mac me sonríe haciéndome una mueca.

—Brendan, muchacho —Su voz cascada—. Siempre supe que tenías ambición, pero nunca pensé que serías un traidor.

—Cierra la puta boca, Mac. Rata traidora.

—¿Tienes la dirección de la web?

—¿Tienes el dinero?

Su esbirro abre la bolsa y me enseña el interior. Hay mucho dinero en metálico, sí. Billetes bien ordenaditos. Le entrego al esbirro un papel con la dirección de la web y la contraseña. Coge un móvil enorme como un zapato, saca la antena plegable y llama a alguien, a quien da la información.

—¿Tú mataste a Colm y Paddy, no? —me pregunta Mac.

—Eso ahora no es importante.

—¿Por qué? ¿Se iban a chivar de algo o qué?

—No voy a responder a tus estúpidas preguntas.

—Todo ok —dice su esbirro.

Mac hace un gesto casi imperceptible con la cabeza, un leve movimiento de la barbilla. Su esbirro entiende la orden al instante. Deja caer la bolsa de lona en la arena, y su mano se mueve a la velocidad del rayo hacia el interior de su chaqueta.

Pero yo soy más rápido.

En un abrir y cerrar de ojos, desenfundo y aprieto el gatillo. El disparo es un trueno que desgarra la noche. El hombre de Mac llega a sacar su arma, pero la suelta y cae al suelo. Suelta un grito ahogado. La bala le ha destrozado la rodilla y se desploma en la arena, retorciéndose de dolor.

Mac se queda paralizado. Avanzo hacia él. Se agacha torpemente, intentando coger la pistola de su hombre. Llego antes y le doy una patada en la mano. El arma se desliza por la arena varios metros de distancia.

Agarro a Mac por el cuello de la chaqueta, tirando de él con fuerza. Lo empujo hasta que cae de rodillas frente a mí. El cañón de mi Glock presiona su frente.

—Por los cinco años que me robaste junto a mi esposa, cabrón.

Un movimiento del dedo y todo termina. Venganza y justicia.

Justo en ese instante, algo pasa. Luces cegadoras inundan la cala desde el camino de tierra, convirtiendo la noche en día. Un segundo después, el sonido ensordecedor de sirenas nos envuelve.

—¡Guardia Civil! ¡Suelten las armas! ¡Manos arriba, ahora! —grita una voz a través de un altavoz.

Varios todoterrenos aparecen y bloquean por completo la salida. Las puertas se abren de golpe y salta un grupo de hombres

armados, cubiertos con chalecos antibalas y cascos. Se despliegan sobre la arena a un velocidad de mil demonios.

Me quedo paralizado, la Glock todavía pegada a la cabeza de Mac. Mi venganza, a un segundo de cumplirse, se queda en suspenso.

—¡Brendan!

La voz de Brid, tensa, me saca del trance. Sale del coche. Lleno de frustración, golpeo a Mac en la sien con la culata de la Glock. Cae de costado sobre la arena, inconsciente. Lanzo mi arma al suelo con rabia.

Los agentes de la Guardia Civil me ignoran. Se abalanzan sobre un Mac inconsciente y su lacayo quejumbroso, asegurándolos con bridas. Un agente recoge la bolsa de lona del suelo.

Para mi sorpresa, nadie impide que me reúna con mi esposa.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, ¿qué está pasando?

—¡No lo sé!

Brid y yo permanecemos de pie en medio del caos, rodeados de luces intermitentes y gritos de la Guardia Civil. De repente oímos una voz a nuestras espaldas:

—Brid.

Nos giramos. Un hombre alto y encorvado se acerca a nosotros. Brid se lleva una mano al pecho.

—Eamon, ¿qué haces aquí?

48

BRID

Las luces de los coches de la Guardia Civil parpadean a nuestras espaldas. Brendan se abalanza sobre Eamon y lo agarra por las solapas de la chaqueta, levantándolo casi del suelo.

—¡Fuiste tú quién le dijo que yo había tenido que ver con la explosión! ¡Hiciste que me odiara! ¿Por qué?

Tiro del brazo de Brendan con todas mis fuerzas.

—¡Suéltalo! ¡Basta!

Eamon tose, una tos seca y dolorosa que me recuerda su enfermedad, pero se recupera y habla.

—Porque si ella te seguía amando… estaría muerta —Las palabras salen entrecortadas—. Y mi deuda con su padre era mantenerla con vida, no feliz.

—¡No tenías ningún derecho! —exclama Brendan.

Me interpongo entre ellos, poniendo las manos en el pecho de Brendan, y empujándolo hacia atrás.

—¡Lo vas a matar! ¿Quieres respuestas? ¡Esta no es la manera!

Brendan le suelta a regañadientes. Eamon casi se cae sobre la arena, pero consigue mantener el equilibrio.

—Explícate —exige Brendan—, ahora.

Eamon se endereza, recuperando el aliento.

—No mentí, Brid —Me mira—. En ese momento, él era peligroso para ti. Era un hombre de Mac. Si hubiera sabido que estabas viva, a

lo mejor su primera reacción habría sido decírselo a su jefe y habrías muerto. Necesitaba que desaparecieras de su radar para siempre. No podía correr riesgos.

—Eso es una mierda —escupe Brendan.

—Es la verdad —El policía se gira hacia él.

—Me manipulaste, Eamon. Yo confiaba en ti —digo señalándole con el dedo.

—Lo hice por ti, para salvar tu vida.

Me llevo una mano a la cabeza. Necesito tiempo para asimilar esto. Cinco años engañada. Me entran ganas de gritarle y pegarle, pero estoy demasiado nerviosa y cansada. Solo quiero que esto acabe.

—Dinos cómo sabías que estaríamos aquí —dice Brendan.

—Cuando mataste a Colm y Paddy y encontraron los cuerpos, la Guardia Civil descubrió dos irlandeses con historial delictivo. Les diste la justificación perfecta para activar a la UCO y avisarnos.

—Los cuerpos... —murmura Brendan—. Vale, ya sé lo que pasó. Identificación, cooperación internacional, y nuestras imágenes por las cámaras del aeropuerto.

—Exacto —confirma Eamon—. Te vieron en el CCTV recogiéndolos en el aeropuerto de Málaga. En ese instante, dejaste de ser un fantasma y te convertiste en su único hilo para llegar hasta Mac.

Mi mente está atando cabos a toda velocidad.

—Por eso el coche que no vigilaba —digo—. Pensábamos que eran hombres de Mac.

—No eran de Mac, sino de la UCO. Yo iba en uno de esos coches. Quería estar seguro de que seguían el rastro correcto. Os siguieron desde que saliste de la villa, Brendan. Os siguieron hasta aquí.

Brendan da un paso atrás.

—Ha sido el final que tu padre merecía, Brid —Eamon me mira ahora—. Mac Meanman cayendo no por una bala en un callejón, sino en una red policial que acabará con toda su organización. Ha sido justicia.

—Justicia, no me hagas reír —Brendan le mira con desprecio—. Nos usaste.

—Os salvé. Sé que no me perdonaréis. No lo espero, pero ella te necesita, y tú la necesitas a ella.

Eamon me mira una última vez, y su expresión se suaviza.

—Él te quiere, niña. Nunca lo dudes. Ahora cuidaos el uno al otro.

Se da la vuelta y se dirige al coche. Vemos su figura encorvada perdiéndose en la oscuridad. Quiero llamarlo, decirle algo, cualquier cosa, pero las palabras no salen.

Brendan y yo nos quedamos solos. A lo lejos, los coches de la Guardia Civil se están yendo, llevándose a Mac y al otro.

—Brendan...

Se gira hacia mí. La furia ha desaparecido de sus ojos, reemplazada por el cansancio.

—Quiero una vida —afirmo abrazándole—. Una vida contigo. Aquí, en Marbella.

—¿Estás segura?

—Sí.

—No tenemos un solo euro. La policía se ha llevado el dinero, y mis cuentas están en Irlanda.

Le guiño un ojo.

—Yo tengo una bolsa con dinero escondida en alguna parte. Mi plan C.

Brendan estalla en una carcajada.

—Siempre tienes un plan bajo la manga, amor.

EPÍLOGO

BRID

Brendan y yo estamos sentados en el despacho de la villa. Tenemos delante al Sevillano, a quien todos conocen en el mundillo por ese sobrenombre. Es un hombre de unos setenta años, y viste un impecable traje blanco.

—Bien —dice el Sevillano, con su áspero acento del sur—. Mis rutas a vuestra disposición a cambio de vuestra influencia.

—Nuestra protección —corrijo, y empujo la carpeta por la superficie de la mesa hasta que se detiene justo delante de él—. Y el veinte por ciento de los beneficios netos.

Manuel mira la carpeta con una expresión de disgusto.

—El veinte por ciento es una cifra elevada, Sra. Gallagher.

—Queremos un beneficio justo, Manuel, no pagar por protección a la antigua usanza. Esto es un negocio. O estás dentro o fuera.

Su mirada se desvía hacia Brendan, buscando una ayuda extra.

—¿Y usted, Sr. Gallagher? ¿Está de acuerdo con estos términos?

Brendan, que ha permanecido recostado en el sillón, se endereza.

—Mi mujer se encarga de las cifras —dice, y su calma es más intimidante que cualquier gesto—. Yo me encargo de que todo el mundo cumpla con su parte del trato.

Brendan se inclina hacia adelante, apenas un par de centímetros, y la atmósfera de la habitación se vuelve tensa.

—Y si alguien se interpone en el camino de nuestros socios —continúa mi marido—, nos encargaremos de que no vuelva a ser un problema.

Manuel traga saliva. Una fina capa de sudor brilla en su frente. Finalmente, asiente y una sonrisa forzada y rápida se dibuja en su cara.

—De acuerdo, acepto.

Extiende la mano por encima de la mesa. La acepto. Su piel está húmeda.

—Un placer, Sra. Gallagher.

Brendan permanece sentado, obligando a Manuel a inclinarse ligeramente para ofrecerle la mano. Se la estrecha con firmeza. Con un último asentimiento, Manuel se da la vuelta y se dirige a la puerta. Kieran, uno de nuestros hombres, lo acompaña fuera.

Brendan coge la botella de brandy, y sirve un poco más en su vaso y luego en el mío.

—¿Crees que cumplirá con su parte? —pregunto con la copa en la mano.

—Más le vale —dice—. Somos mejores que la alternativa, y mucho peores como enemigos.

—Aun así, no me fío de él.

—No tienes por qué preocuparte —dice Brendan—. Para eso estoy yo. Hagamos un brindis en la terraza.

Salimos y nos apoyamos en la barandilla. A nuestros pies, se extiende la sierra y más lejos el bello Mediterráneo, azulísimo.

—No quiero construir un reino de terror, Brendan. No es por eso que vivimos aquí.

Su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia su costado. Apoyo la cabeza en su hombro, disfrutando de la solidez de su presencia.

—Entre los dos construiremos un imperio —dice.

Justo en ese momento, oigo un suave murmullo a través del monitor para bebés que dejamos en una mesa auxiliar. Una pequeña luz roja parpadea. Una sonrisa se dibuja en mis labios, y veo que Brendan también sonríe.

Dejamos los vasos en la mesa y salimos del despacho. Entramos en la habitación de Fergus. Nos acercamos a la cuna conteniendo el

aliento. Nuestro hijo, Seamus, duerme con el puño cerrado cerca de la boca, su pequeño pecho subiendo y bajando con un ritmo sosegado. Me encanta este momento de calma.

Brendan se pone detrás de mí. Sus brazos me rodean y sus manos se posan sobre mi vientre. Apoya la barbilla en mi hombro, y su cálido aliento me roza el cuello.

—Míralo —dice en voz baja—, no tiene ni idea del mundo en el que ha nacido.

Me giro entre sus brazos hasta que quedo frente a él. Mis manos suben para acariciar su cara, sintiendo la barba de un día. Dios mío, sigue siendo tan atractivo como el primer día que lo vi en aquel bar de Dublín.

—Conocerá un mundo en el que sus padres harían cualquier cosa para mantenerlo a salvo —replico—. Eso es lo único que importa.

Sus ojos verdísimos me miran.

—Esa es mi chica. Te amo, Brid, con todo mi corazón.

—Y yo a ti, amor —digo con el corazón sonriente.

Inclina la cabeza y me besa larga, apasionadamente.

—¿Recuerdas la última vez que te prometí algo en Dublín? —pregunta—. En mi piso te di algo que simbolizaba la eternidad.

—La cruz celta —digo con una sonrisa nostálgica—. Se perdió para siempre en el fuego.

Brendan mete la mano en el bolsillo y saca una pequeña caja de terciopelo negro.

—¿Es la misma que guardaba el collar?

—Parecida. Pedí una réplica y por fin ha llegado.

Me la entrega. Mis manos tiemblan un poco al cogerla. Dentro, sobre el satén, descansa una cruz celta idéntica a la que perdí. Dios mío, tengo un nudo en la garganta. No puedo hablar.

Con lágrimas en los ojos, me doy la vuelta para que Brendan me la ponga. Jamás pensé que se acordaría. Sus dedos rozan mi piel, mientras siento el collar en mi piel. Me gira y, simplemente, nos besamos y terminamos en un abrazo lleno de amor.

Reserva ya el segundo libro de Los Gallagher. El inolvidable romance entre Seamus y Nellie. Matrimonio forzado y pasión sin límite. No podrás parar de leer. >>Haz clic aquí

Robyn Hill ©. Obra registrada en Safe Creative.